

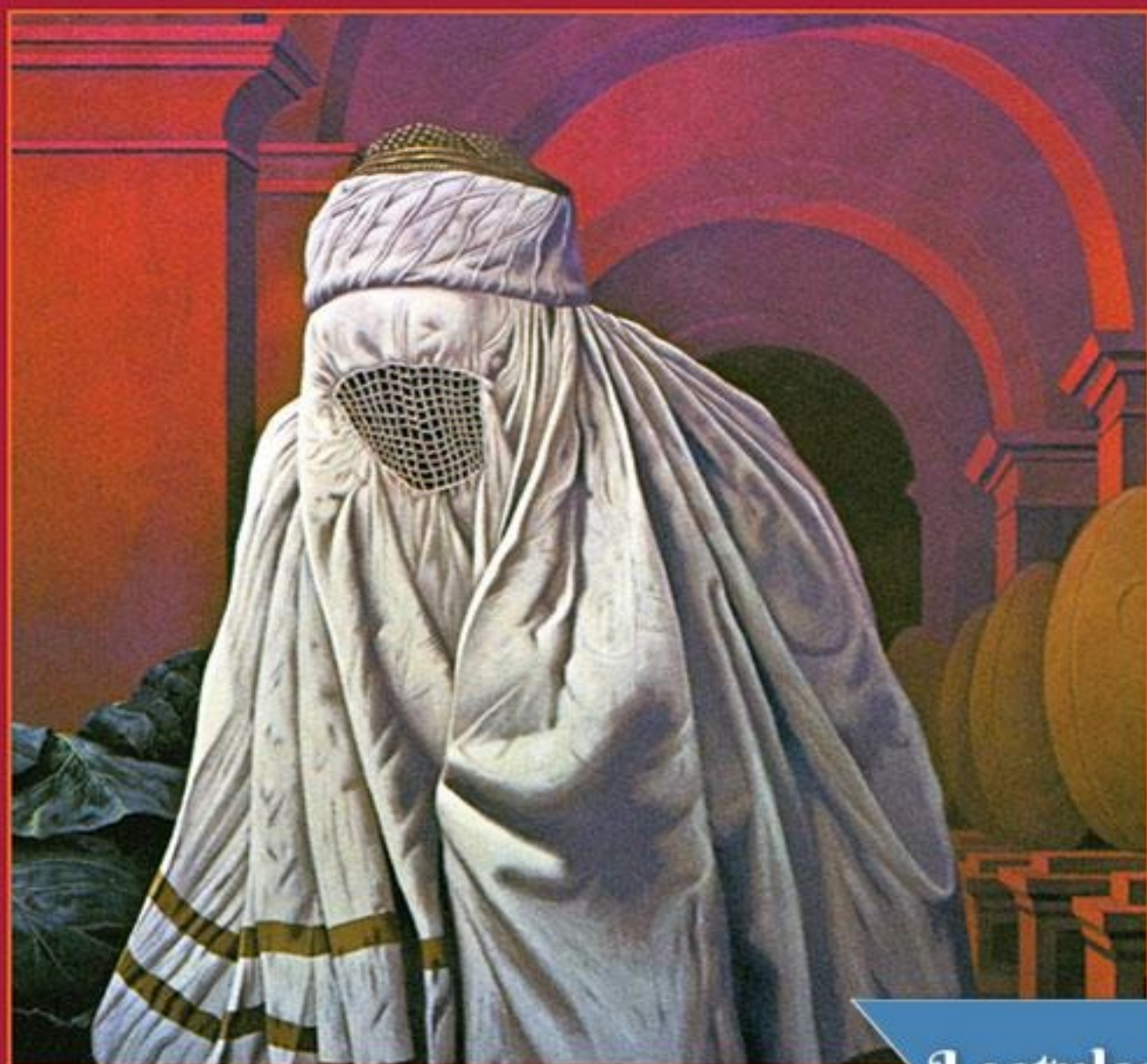
GESUALDO BUFALINO

---

*Perorata del apestado*



PRESENTACIÓN DE JORGE HERRALDE



Lectulandia

En 1946, en un sanatorio para tuberculosos de la Conca d'Oro, castillo de Atlante y campo de exterminio, unos singulares personajes, supervivientes de la guerra y presumiblemente incurables, pelean débilmente consigo mismos y con los otros, en espera de la muerte. Largos duelos de gestos y de palabras; de palabras sobre todo: febriles, tiernas, barrocas a tono con el barroco de una tierra que ama la hipérbole y el exceso. Tema dominante: la muerte que se propaga sutilmente, se disfraza, se esconde, se extravía, musicalmente reaparece. Y todo esto entre los ropajes de una escritura en equilibrio entre el desgarrar y el falsete y en un espacio siempre más acá o más allá de la historia... que podría incluso simular un escenario o la niebla de un sueño.

**Lectulandia**

Gesualdo Bufalino

# **Perorata del apestado**

ePub r1.0

Titivillus 14.08.17

Título original: *Diceria dell'untore*  
Gesualdo Bufalino, 1981  
Traducción: Joaquín Jordá  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A quien lo sabe*

# Presentación:

## BUFALINO, SCIASCIA, SELLERIO, JORDÁ

En este libro se reúnen las dos primeras novelas de Gesualdo Bufalino, unánimemente considerado uno de los mejores escritores italianos del siglo xx. Y también uno de los «casos literarios» más singulares: la conjugación de un gran escritor secreto, el propio Bufalino, y un escritor y editor excepcional, Leonardo Sciascia.

Bufalino, profesor de instituto jubilado, reticente ante el mundo editorial, escribió una introducción a un volumen de fotografías de Comiso, su ciudad natal. Sciascia leyó el texto y detectó de inmediato a un auténtico escritor y, tras una convincente tarea de persuasión, le convenció para que publicara, a sus sesenta años, en la editorial siciliana Sellerio, en 1981, *Perorata del apestado*, que fue recibido de forma entusiasta por la crítica italiana (como sucedería más tarde en España), obtuvo el prestigioso Premio Campiello y se convirtió en un *instant classic*. Su siguiente novela, *Argos el ciego*, tuvo una acogida no menos calurosa. Como señaló Lluís Bassets en su reseña en *El País*, «la nueva novela que aparece ahora en versión castellana es, en muchos aspectos, una continuación de la primera», aunque «el orden de las novelas, como todo en Bufalino, está trastocado, saludablemente trastocado».

Cuando leía *Perorata del apestado* pensé que el mejor traductor posible para Bufalino era mi gran amigo y colaborador Joaquín Jordá. También se entusiasmó, se puso a la tarea, e incluso viajó a Sicilia, con motivo de la traducción de *Argos el ciego*, para entablar una relación profesional y pronto amistosa con el autor. El resultado son dos espléndidas traducciones, muy explícitamente alabadas en su día por los entendidos.

En cuanto a Leonardo Sciascia, en 2003 apareció (naturalmente en Sellerio editore) un interesantísimo volumen, *Leonardo Sciascia escritor editor o La felicidad de hacer libros*, de Salvatore Silvano Nigro, en el que destaca su amor por el oficio de editor, que ejerció con tanta pasión y *finesse* en Sellerio. De su puño y letra Sciascia escribió que había querido desmentir así la convicción difusa de que «imprimir libros en Sicilia era como cultivar higos chumbos en Milán».

Salvatore Silvano Nigro afirma que, para Sellerio, capitaneado por la indomable Elvira Sellerio, Sciascia, además de autor fundamental de la casa, «fue una especie de socio editor sin intereses financieros, director editorial, asesor y lector, amigo, jefe de prensa y responsable de relaciones públicas, e incluso persona experta en cuestiones prácticas de todo género». Y naturalmente se deleitó en escoger títulos y crear colecciones. Entre ellas destaca «La mirada», fundada en 1979 y dedicada a la perdurabilidad y la recuperación de la memoria, con su inconfundible color azul y sus

elegantes ilustraciones, que resultó «un milagro comercial y empresarial, porque representaba la innovación de un producto. Eran años dominados por libros diametralmente diversos, en todos los sentidos, y sin embargo tuvo un éxito rápido e inesperado». En ella figuraron, naturalmente, *Perorata del apestado* y *Argos el ciego*, entre otros títulos de Bufalino, la memorable *Dama de Porto Pim* de Antonio Tabucchi, *El rey de las Dos Sicilias* (que inauguró nuestra colección «Otra vuelta de tuerca») y *La lección de lengua muerta* del polaco Andrzej Kuśniewicz, «el mayor escritor que se ha revelado en estos últimos años» (palabra de Sciascia), o los primeros títulos traducidos al italiano de Sergio Pitol, Enrique Vila-Matas y Roberto Bolaño. Poco más había que añadir respecto a la excelencia de la colección si no fuera porque, además de llevar a cabo la magnífica selección, Sciascia escribía, para muchos títulos, *i risvolti di copertina*, las contraportadas, «con su gran estilográfica, una Waterman con una enorme plumilla de oro, redactaba plácidamente sobre una hojita su comentario. Y lo hacía con una escritura lentísima y angulosa y una velocidad de composición, por el contrario, inimaginable». Entre dichas contraportadas figuraba la de *Perorata del apestado* que aparece traducida para nuestra edición.

Y quiero terminar este homenaje a Bufalino, Sciascia, Sellerio y Jordá con una cita inolvidable y esperanzada del gran don Gesualdo: «Nadie puede descartar que en este mismo momento, en un parvulario de quién sabe dónde, un nuevo Dante, un nuevo Shakespeare, esté, con sus deditos inciertos, garabateando sobre un papel en blanco las primeras sílabas de un nuevo, inaudito alfabeto».

JORGE HERRALDE

DICERIA: Discurso casi siempre no breve, dicho de viva voz; luego también escrito e impreso...

De cualquier extenso parlamento, bien con excesivo artificio, bien con demasiado poco arte...

Un excesivo discurrir en torno a persona o cosa...

TOMMASEO-BELLINI

UNTORE: Distribuidor y fabricante de los untos pestíferos, esparcidos por esta ciudad, para extinción del pueblo...

*(Actas del proceso, 1630)*



## I. SUEÑO, JUEGO Y TEATRO

O cuando todas las noches —por pereza, por avaricia— volvía a soñar el mismo sueño: un camino color ceniza, llano, que corre a andadura de río entre dos muros más altos que la estatura de un hombre; luego se quiebra, se precipita en el vacío. Al asomarse a este punto desde una balaustrada de piedra volcánica, no desprende rumor o claridad alguno, pero me sorprende una frescura de pozo, y con ella el éxtasis de que sólo un irrisorio peaje acabe por separarme... ¿de qué? No me cansaba de preguntármelo, sin que bastara, no obstante, la impaciencia para despertarme; por el contrario, en un estado de desdoblada vitalidad, cada vez más arrebujaado dentro de las maternas mucosas de las sábanas, y no por ello menos suelto y elástico, comenzaba a introducirme de gruta en gruta, teniendo por único asidero unos matorrales de hierbajos y algunas rocas resquebrajadizas, hasta el fondo del embudo, donde, entre paredes de cantera, crecían confusamente unos árboles (de los árboles sólo alcanzaba a soñar los nombres, y he tardado en aprender a incorporar las formas a los nombres).

Al pie del talud, frente a la senda que arrancaba de él, y parecía con su claro surco compensarme tanto del cobijo que había dejado a mis espaldas como del nuevo horror del aire, titubeaba un instante, en espera de que se sosegara en mi garganta la zozobra de la aventura, y los ojos conquistaran alguna familiaridad con las visiones del bajo bosque y su infantil movilidad. Amainado el viento, cuya mano en diferentes ocasiones, como la mano de un cómplice, me había retenido o empujado en el descenso, el silencio era absoluto; mis pasos, los pasos de una sombra. Sólo bastaba avanzar un poco, y he aquí, en el lugar de siempre, sentados, como en el purgatorio, uno detrás de otro, unos hombres vestidos con impermeables blancos, que intercambiaban entre sí girones de sonidos, una papilla de sílabas balbucientes rumiadas eternamente por mandíbulas seniles. Me acercaba a ellos con una turbación que la costumbre no conseguía aliviar. Alzaban tristemente la frente, todos a un tiempo insinuaban una prohibición, me gritaban con órbitas apagadas: vete de aquí. No lograba obedecer, sino que de rodillas, a unos metros de distancia, retorciéndome los dedos detrás de la espalda, esperaba a que uno se moviera, el más demacrado, el más anciano, un culebreo de arrugas entre las dos puntas de la solapa, y simplemente inclinándose a recoger una piedra, revelara detrás de sí, en la entrada de un subsuelo hasta entonces invisible, concha de apuntador o hendidura flégreca, la exhumada y fugaz nuca de ella, Eurídice, Sesta Arduini, o como diablos se llamara. «Detente», gritaba yo, «madre mía, muchacha, paloma», mientras percibía cómo la tosca yema del dedo del sueño que me sellaba los párpados se deshinchaba bruscamente, se disipaba en burbujas de espuma, en viscoso colirio de luz. Sólo en ese instante, al abrir de nuevo los ojos, entendía que una vez más había jugado a morir, una vez más

había olvidado, o confundido adrede, la contraseña que me convenía.

Se había convertido realmente en un juego querer o desquerer la muerte, en aquel verano del cuarenta y seis, en la habitación siete bis de la Rocca, adonde había llegado desde muy lejos, con un lóbulo del pulmón dañado por el hambre y por el frío, después de haber arrastrado conmigo, de estación en estación, con los dedos entumecidos en torno al metal del asa, una maleta de soldado, minúsculo ataúd de abeto para mis veinte años desjarretados. No poseía otro equipaje, ni contenía gran cosa dentro: un puñado de recuerdos secos, un revólver descargado entre un par de libros, y las cartas de una mujer que ahora estaba siendo devorada por la cal, entre Bismantova y el Cusna, bajo una mata de flores que había oído llamar aquileñas. A mí me estaban prometidas unas guirnaldas menos frías, apenas el permiso hubiera vencido y me hubiera cansado de reunir a la defensiva, como una formación de veteranos, los sentimientos supervivientes que me mantenían en vida. Ahora ya no faltaba mucho: había desaparecido la incredulidad y la vergüenza de los primeros momentos, cuando cualquier fibra sigue todavía convencida de que es inmortal y se niega a olvidarlo. Pero sobrevivía el rencor, aunque fuera bajo la especie de una locuaz piedad por mí mismo. Un rey forastero había venido a habitar bajo mis costillas, un innumerable minotauro, al que ofrendaba día tras día el tributo de una libra de mi vida. Era inútil que el corazón, que posee, no menos que la vista, un precioso poder de acomodación, se empeñara en repetirme que era yo quien había elegido aquel mal, para limpiar soberbiamente con mi sangre la sangre que ensuciaba las cosas, y curar, inmolándome en lugar de todos, el desorden del mundo. No servía. Nunca sirve, con el mero fin de consolarse de él, ennoblecer un destino que es forzoso padecer. Y por consiguiente, aunque yo me vanagloriara gustosamente de mi cristiana asunción de la culpa en unos versos escritos sobre un cuaderno de papel barato, no cesaba, en un recoveco de la mente, de estimarme un rehén provisional en manos del sanedrín, espiaba a hurtadillas los recursos de huida, alzaba los brazos sólo para fingir. Pronto acudirían a alancearme, bajo el patíbulo, unos sudorosos soldados, porque así debían hacerlo. Pero era hermoso, mientras tanto, aceptar la evidencia del día, el mandamiento de vivir que entonaban a porfía cada mañana las charangas de los cien mil gallos de la Conca d'Oro. Cualquier demora, por otra parte, servía para hacer cada vez más cavilosa y tierna la intimidad con el fin próximo, hasta el punto de asemejarla un poco a una esgrima amorosa: las mismas añagazas y negativas y astucias en la mirada y las mismas flaquezas de doncella, antes de la definitiva capitulación en la oscuridad. Así que no había día o noche, en la Rocca, en que la muerte no me exhalara encima su versátil y ubicua presencia; que yo no vislumbrara, en una rendija de luz o en una nubecilla de polvo, sus maquilladas facciones, ora de ángel ora de esbirro. Ella era el reloj de sol que dibujaba sobre el techo de mis insomnios las pantomimas del deseo; ella, el cepo que mordía mis talones; el mar de hojas que el sol transmuta en hormigueo de monedas de oro; ella, el cráter de obús, el

*in pace*, las cuatro paredes del vientre donde nadie me busca.

En una condición tan teatral, en vilo entre la jactancia y el espanto, pasé una semana tras otra, sin aprender casi ni un lugar ni una persona, viendo sólo una cara, siempre la misma, frente a mí: como quien avanza por un pasillo, y tiene detrás una luz, y al fondo un espejo. De haber conseguido resistir así hasta el final, habría evitado combatir, además de con la mía, con la condenación y salvación de todos los demás: ¡del doctor, del fraile, de la muchacha!

## II. LAS TARDES, LAS NOCHES

Mariano Grifeo Cardona di Canicarao: así, sin economizar una sílaba, solía firmar el doctor, prolongando el primero en el siguiente apellido, menos, tal vez, por derecho de nacimiento que por fidelidad a aquel prejuicio mediterráneo (o por lo menos suyo y mío) según el cual la interjección y la plétora añaden a las palabras —y a los climas, a las mímicas, a los manjares— no sólo opulencia sino también crédito, como en una vestimenta mágica, en la que máscaras y plumas, cuanto más redundantes, de mejor manera se exaltan y fortalecen recíprocamente.

Ninguno de tantos títulos le servía luego, gracias a una picardía de las cosas, de nada, pues, según recordaban los más antiguos, siempre había sido llamado el Gran Flaco, y no había camillero o monja o enfermo que, descubriendo sus larguísimas piernas acercarse por la galería, no sintiera la necesidad de divulgar el acontecimiento con un murmullo, el Gran Flaco, el Gran Flaco, cuya música siempre idéntica debía sin duda, al cabo de tantos años, de haber llegado al menos una vez al pabellón peludo de su oreja. Que después un blasón nobiliario —un nido de abejas, con el vocablo *Uberius* en el centro— ondease en la cima de su tarjeta de visita, ninguno de nosotros dejó nunca de considerarlo un abuso, pese a los avales que se apresuraba a ofrecerle la encina pintada, con unas raíces como murenas, colgada en lo alto detrás de su escritorio. ¡Singular planta, a decir verdad! No protegida por un cristal, sino por yuxtapuestas placas de archivo, cautelosamente limpiadas con agua tibia de las máculas y achaques de algún ignoto difunto; y se alzaba del suelo con tanta energía y abundancia de ramaje como para hacer presagiar que no tardaría en escaparse del fracturado marco para expandir libremente sus ornamentos por el aire. Uno de ellos, en efecto, en el caso de que lo diéramos por bueno, atestiguaba desde la punta de una rama que al menos una gota de azul, exprimida por amarquesados ijares hispánicos, había llegado hasta ella a lo largo de los siglos, para depositarle en las venas un relampagueo de antigua prosapia, si bien ahora melancólica y torva, como le corresponde a un hombre de letras.

Bien, el falso o auténtico gentilhomme Gran Flaco era el único entre los médicos de la Rocca, a excepción de algún otro a quien correspondía el turno de guardia, que se quedaba a dormir cada noche con nosotros (de la mujer se había separado años antes: una siracusana de extraordinaria belleza, sobre cuya foto escupía, decían, todas las mañanas antes de lavarse). Con frecuencia, después de la cena, cuando nos hubimos hecho amigos, me lo veía aparecer a la cabecera de la cama, sin bata, de pie, cerradas sobre el pomo del bastón las dos manos de pérvida exigüidad. Yo levantaba los ojos, escrutaba de pies a cabeza su imagen, desde las gruesas lentes verdosas hasta los borceguíes de cabritilla negra que casi le cubrían los tobillos. Un auténtico y verdadero daguerrotipo de época: Herr Virchow entre colegas y estudiantes en el

jubileo de la primera clase; Monsieur Charcot posando, en la puerta de la Salpêtrière, con las patillas despeinadas por el viento...

Aún ahora me pregunto qué buscaba en mi compañía, si necesitaba únicamente un auditor aquiescente para sus irreverencias de cada noche, o bien si obedecía a la curiosidad profesional de censar de cerca los progresos del mal dentro de mí, las grietas neonatas, las fortificaciones perdidas, recuperadas, vueltas a perder; y todo ello no sobre una de aquellas húmedas películas que detestaba, sino a través de espionajes más sutiles: una vehemencia en la tos que antes no estaba; una nota que la voz había repentinamente fallado o salvado fatigosamente a punto de fallar; una uña quebrada, una roséola en el labio, un relámpago de fiebre en el iris. A menos que no viniera para beber, beber le gustaba, estimulaba su locuacidad. Así que yo me alzaba de la cama, sacaba del armario de hierro una botella de oporto y mi copa privada (él, para evitar contagios, su vaso de bolsillo de uno de los del batín, mirándome de reojo y excusándose de la precaución con un descarado mohín de los labios). Salíamos a beber a la galería, yo espíritu, él condotiero y capitán de los diablos, entre tumbonas oscurecidas por cuerpos tendidos y susurrantes, frente al pinar que ya no murmuraba, casi, y ocultaba, allá abajo, el filo del mar.

Qué días, qué veladas. Tal vez los únicos días ricos de una existencia que, después, no ha tenido otras hipérboles, y se ha hecho inesperadamente interminable. Mientras que entonces, a fuerza de contar y recontar mis escasos años como piezas de mecano o peones capturados dispuestos a los lados de un tablero, me había acostumbrado a no ver en el tiempo venidero más que el inminentísimo *explicit* de una partida ya perdida dentro de la mente; no un poema de caballerías que ocultara hasta la penúltima página maravillas y salvamientos, sino un soneto veloz al que sólo faltaba un verso, el sello de una rima que no estaba permitido alterar.

—Es un jaque mate de manual —explicaba a mi compañero, resignadamente—. Ya está anunciado en tres jugadas y con sacrificio de la reina, a imitación de la Inmortal de Anderssen, Torneo de Londres de hace casi cien años. Sólo que me gustaría saber, antes de inclinarme y sacarme el sombrero, el nombre del vencedor.

Me divertía provocarlo de este modo, y tampoco tenía nada mejor que hacer, considerando cuán escasas eran las ocasiones de distracción en aquellas jornadas inertes, y con cuánta facilidad se podía arrancarle un apóstrofe de los suyos, dirigido con voz de fumador a su querido y sempiterno interlocutor y enemigo, el orfebre del mundo, Dios Padre o quien se haga pasar por Él. Gustaba, en efecto, al Gran Flaco, anciano como era y de lunático trato, desentenderse un poco, en las horas de ocio, de figonear las ancas de las fregonas interinas arrodilladas en el suelo, o desde la terraza, con el catalejo de la marina, las embarcaciones que doblaban Monte Pellegrino, para desahogarse y atacar el busilis de las cosas como un crucigrama dominical, de acuerdo con los modales de una cólera jocosa que no carecía de atractivo y a la que yo no sabía rehusar la sonrisa.

—Existe —gritaba—, existe: ¡no hay culpa sin culpable!

O bien:

—¡Qué cenizo, qué sacamuelas; qué inutilidad de aprendiz de mago! ¡Mira! —Y me tiraba de la manga, me mostraba con un gesto circular el universo—. ¡Mira qué mierda! ¡Pasa de largo! —exclamaba finalmente, como si tuviera delante, en forma de hidra o de cancerbero, al Altísimo, y quisiera escapar de Él asustándolo.

Pero a mí, oírle imprecuar y dolerse de esta manera, como un inquilino furioso, y atribuir a motivos de desidia del personal cualquiera de mis filosóficos atolladeros y aquella congoja del corazón que ya no me abandonaba desde que había llegado a la Rocca, no digo que me procurase medicina, pero sí distracción, tal vez también del desgaste físico, de la invisible polilla que me carcomía en silencio, debajo de la tetilla derecha, en un punto que ahora me sabía de memoria.

—¿Conoces —replicaba yo (era él quien pretendía que le tuteara, aunque nos separaran más de treinta años)— la historia del ajedrecista que no pierde jamás y que está oculto en una máquina? Pues bien, a veces me parece que alguien juega conmigo de la misma manera, con ojos que centellean detrás de un morrión de hierro.

—Le adulas —respondía, envalentonado por el alcohol—. Es posible que nosotros, me refiero a la Tierra, Casiopea, Alpha Tauri, aquella estrella fugaz, todos los demás cuerpos y astros que ves y no ves, todos nosotros, zodiácos y naturalezas, seamos sólo millones de cálculos en el riñón de un corpulento animal, su cólico interminable, los cuajos pétreos de su dificultosa y desmesurada planta depuradora y así flotamos, en el éter y orín que se le encharca por todos los meatos y le hace ulular gloriosamente de dolor en el silencio de los espacios eternos. Esto es lo que llaman la armonía de las esferas. Pero si se trata de desplazar un pedazo, él, Dios Licántropo, no sabría cómo diablos hacerlo. Es sólo una bestia que quiere desembarazarse de nosotros, y cocea y se enfurece sin ningún criterio. Necesita un remedio, un empujón o un eructo, de manos de otro, un Ur-Gott, un arquiatra más antiguo y vasto que él, que nos reduzca a granitos de polvo, y lo libere, al fin. Pero tu muerte se produce al margen de tal proyecto, si es que existe un proyecto que lo concierne...

—En el instituto ya había pensado algo parecido —me gustaba irritarlo, ahora que estaba en ello—. Una cadena de eones y de padreternos cada vez mayores, uno dentro de otro, como cajas de China. Pero, precisamente, el universo como *chinoiserie* es una idea de bachilleres. Ni Cristo...

No me dejaba terminar.

—¿Quién, Perilla de Chivo? ¡Pero si sólo es una coartada, un testafarro! Hace falta un cura como tú para caer en la trampa. Sí, un cura.

Ignoraba mis muecas, mis protestas.

—Y un jugador que busca excusas. No, no es un duelo, sino un solitario lo que estás perdiendo, y no hay ningún yelmo que arrancar de ningún rostro de guerrero o guerrera.

—*Indarno chiedi / quel che ho per uso di non far palese* —declamaba yo entonces, escarneciendo su manía por las citas—. Como Clorinda a Tancredi,

Monteverdi *sonum dedit*.

Pero él no me prestaba atención.

—No, fístulas somos, fístulas sobre el morro de Dios, excrementos de un topo tan grande como todas las cosas, excrecencias, pústulas, escrófulas, alferecías que acaban en oma, glaucomas, fibromas, blastomas...

Soltaba la risa y blandía como una moza la mano salpicada de yodo contra la Vía Láctea, de la misma manera como se amenaza a un niño; luego, cuando ya no me lo esperaba, callaba. Accesos como éste, donde había tanta ansiedad como bufonería, le duraban poco, a decir verdad, y debían de avergonzarle, si, inmediatamente después, con un seco saludo heidelberguiano (*servus*), me abandonaba, apoyado en la balaustrada, con la espalda vuelta al silencio y a los innumerables oídos de la noche.

Lo miraba mientras cruzada la galería, sorteando con destreza de saltimbanqui pies y brazos relajados, y taburetes, tumbonas, cojines. Me recordaba un grabado que había encontrado de niño en la buhardilla, *Napoleón entre los apestados de Jafa*, y gritaba a sus espaldas, aunque ya no pudiera oírme, algún improprio cuartelero, sin más, por acabar riendo. Él sí llegaba a tiempo de recoger, antes de desaparecer en su laboratorio, entre matraces y caldos de bacilos en cultivo, la llamada de alguien al paso, o bien un parte sin esperanza: «Ha desembarcado Garibaldi, doctor». Que era, en la jerga del lugar, la más frecuente, aunque no la más descarada, de las metáforas de la hemoptisis (tengo otras anotadas: *bandera roja*, *el trasiego del vino*, *la menstruación*; y recuerdo también algunas de las posteriores manipulaciones de palabras que vivir juntos nos sugería: *el hombre de las cavernas* designaba al radiólogo Vasquez, experto en trazar con lápiz el contorno de las mismas sobre los tórax impresos en la ficha clínica de cada uno de nosotros, a los pies de la cama; *el lili* era un viejo dicho de reclutas, trasladado ahora a significar finales menos agradables que el de la mili).

Mientras tanto la Rocca se iba apagando, un rectángulo tras otro; ya habían oscurecido las ventanas del pabellón femenino, después del grito ceremonial de sor Benedetta, mientras nosotros, por pura desobediencia, volvíamos a iluminarlas a los cinco minutos. Al fin, el sanatorio se sumía en las tinieblas como en una mortaja de paz; vieja tartana marítima desguazada sobre el lomo del monte, oscilaba lenta, en un sueño roto por los roncros estallidos que de una sala a otra, de una cama a otra, se respondían fraternalmente: ladridos de perros amistados por el miedo del campo; marcha fúnebre de pueblo con las trompetas del juicio obstruidas por una flema gigantesca.

Dormía, la vieja tartana, y parecía un arca sobre una cima, al final de una inundación; un arca varada, abandonada por los vivos, con el esternón corroído por la sal y maltratado por el viento, poblada sólo por los ratones, como la cineclubista nave de Nosferatu. Desde un gramófono, quién sabe dónde, un disco de pasadas vacaciones repetía palabras que durante no más de un segundo conseguían encogerme el corazón:

*Les vieux billets, chérie, qui me rappellent  
les nuits à bord du Normandie si belles...*

Otras noches las mías, otro *Normandie* el mío, con sus ojos de buey negros como pupilas cosidas, con su carga de ratas de Jafa, almacenada en las bodegas, venido a embarrancarse sobre el collado de la Rocca.

*Le parc au soir lorsque la cloche sonne,  
le vieux boudoir où ne vient plus personne...*

tarareaba al desnudarme, antes de acurrucarme en mi muda de moribundo, para soñar un camino color ceniza, una cantera abandonada, donde entre hierbas y piedras crecían confusamente unos árboles. Oh, sí, fueron días infelices, los más felices de mi vida.



### III. LOS MUCHACHOS DE LA MUCHA MUERTE

Pero ¿quién podrá olvidarse de los compañeros de cárcel, del fuego que les empujaba a bajar al jardín, en las primeras horas del alba, con el pijama puesto, para acabar llorando en solitario, con la mejilla apretada contra el respaldo de un banco? ¿Quién podrá apartar de la mente sus caras mal rasuradas, mientras las atrapa y desorienta el fulminante dorador del mundo, más allá del muro exterior?

Bastaba en ocasiones, en la duermevela, un pitido de tren endulzado por la distancia, o bien el chirrido de los carros de azufre alineados en la colina, y saltábamos con el corazón en tumulto, sentados en la cama, para espiar las envidiadas informaciones y leyendas de aquella estrella infiel en que se había convertido la tierra. ¿Qué puede contar un tren, un carro que avanza, entre paradas y lunas sobre la era, a lo largo de perfumes de naranjos y de pueblos, en una noche de verano? Nada, pero yo sé, sin embargo, de ojos desorbitados en la oscuridad que no tenían más vacación que la de sorprender, a partir de aquellas ruedas, algún rastro de vida durante el camino: un viejo que toma el fresco, dos cabezas que se hablan bajo la lámpara de la cena...

Regresábamos del inmóvil viaje más contentos, más tristes, es difícil decirlo, y, sin embargo, no desilusionados por nuestro botín de nubes, el único que la suerte carecía de la facultad de prohibirnos. De igual manera el peregrino, al que le acaece pasar bajo una ventana extranjera, suspende el paso apenas le llegan, en una pausa del canto, roncerías y amorosos susurros de mujer; y se aleja reconfortado, estrechando en el puño aquel bien, aquel pan robado, con el que alimentarse más adelante.

Y eso era hermoso: irse así de juerga con pasos de aire por montañas y llanuras, polizones sin billete, contrabandistas de la vida. Al menos hasta que la babilonia de la luz no hubiera regresado a proclamar sobre los tejados, para quien lo estaba olvidando, que otro día nos esperaba a la vuelta de la esquina, con su ración indefectible de escarnio y de dolor. Y sería un día a restar, uno de los pocos que nos quedaban.

Lo mismo, de manera más gris, expresaban los rumores del despertar, toda una pragmática sin derogaciones que, forzando el espesor del sueño, tornaba a celebrarse cada veinticuatro horas junto a nuestra almohada: era el deslizamiento vertical de la barra en el anillo de la puerta principal; era el frenazo del camión de la leche en las guijas de la avenida; el tropezón del carrito de las jeringuillas contra el antiguo saliente del rústico pavimento, frente a la enfermería... Y cada uno de estos avisos, de lo esperado que era, parecía señalar los tiempos de un desahucio sin apelación posible y reafirmar el estigma por culpa del cual nos hallábamos en el exilio. Éramos una banda de proscritos, e incapaces de amarnos entre nosotros, o al menos así creíamos, aunque el que se ha salvado comprendiera años después que era verdad lo

contrario, y que ya era amor la pasión con que nos enterábamos de la muerte de los demás como si fuera la propia. ¿Cómo olvidarse, pues, de los compañeros de entonces, si en cada uno de ellos me reconozco y me llamo, si es mío cada pecho dentro del cual un espectro en forma de hoja se oscurece solemnemente? Me basta con volver a murmurar los nombres en forma de letanía, de De Felice a Sciumè, y uno tras otro retornan a fumar a escondidas en mi habitación, a abrir al azar, para consultarlo como si fuera un mazo de arcanos del tarot, el Montale sobre la mesilla de noche. Luigi el Pensativo inventa, examinando en el fondo de una escupidera de papel los resultados de su tos, un proverbio que me impresiona: «Rojo de noche, buen tiempo nos acoge»; el otro Luigi, el Alegre, se encarama a una silla para ensalzar, con grandes manotazos en el aire, las últimas panaceas de América que nos salvarán *in extremis*:

—Llegan los nuestros —dice riendo, imitando con los labios el tatatá de la metralla—, ¡y adiós, pobres cocos!

Así llama a los bacilos de Koch, familiarmente, como un militar de carrera que se encariña con los enemigos de la trinchera de enfrente y con sus pasatiempos y requetesabidas estrategias guerreras.

—Se acumulan en el vértice —dice— pero sólo es una maniobra de diversión; apuntan al lóbulo inferior. Tú deja que llegue la penicilina...

El coronel mantiene las distancias (nuestra ala, de muchas habitaciones iguales, se compone exclusivamente de antiguos soldados y repatriados, y él sigue sintiéndose el comandante de la guarnición, aunque la guerra haya terminado hace un año y nuestro uniforme actual sea el pijama); espera que nos levantemos cuando hace su entrada en la galería, acartonado, ceniciento, con un pañuelo de seda atado a la nuez, y la manga vacía colgando a lo largo del costado derecho; pronuncia escasas palabras, rotas prontamente por un acceso de tos:

—Disculpen, señores oficiales —dice, y se va.

Hablaré también del niño Adelmo, nuestro juguete, hijo y mascota, que bajaba del piso superior para pedirnos cuentos y golosinas, en su dialecto difícil, asomando fuera del puño de una camisa demasiado grande una mano de una blancura de yeso. Vuelvo a verlo por los senderos, mientras se esfuerza, alargando el paso, en acompañar nuestro ritmo; y desfallece a la mitad de una fábula. Y vuelvo a pensar en cómo se sorprende y ríe, cuando me oye improvisarle, respecto a las estrellas por las que me pregunta, respuestas con números al azar y nombres de trabalenguas, Erebo, Eros, Erinia, solos nosotros dos en la terraza de la Rocca, como sobre una peña lamida por los oleajes de la existencia. Pasaban a la carrera las Osas sobre nuestras cabezas, abanderadas de oscuros desastres. Él buscaba, con la ayuda de mi dedo, una dorada estrella fugaz allá en lo alto, para que le condujera a salvo del mal hasta su casa de Filicudi, el arrecife donde había nacido.

Sólo en el último momento lo desilusioné. Él creía, por habérselo oído a su padre una noche de pesca, que la quinina curaba cualquier daño, y antes de morir, en voz

baja, no cesaba de pedirla, hasta que para contentarlo le dimos una pastilla cualquiera. Se dio cuenta, no quiso seguir hablando, se limitó a arrojarme, antes de volverse hacia el otro lado, una mirada de débil rencor...

Angelo afirmaba que la muerte es un biombo de humo entre los vivos y los otros. Basta introducir en él las manos para pasar al otro lado y encontrar los solidarios dedos de quien nos ama. Siempre que se dejen pistas, huellas, menudencias que conserven nuestro olor. Fue tal vez esta idea la que le impulsó a confiar a una monja un fajo de cartas con fechas ficticias, para enviar una dos veces por año. En ellas contaba la futura novela de sí mismo, se jactaba de paternidades, empleos, éxitos; anunciaba banales indisposiciones que en el episodio posterior aparecían ya curadas y remotas. Su madre —nos explicaba— viviría así más tiempo, esperando en cada fecha el mensaje postizo en el que se prolongaba indefinidamente el eco de la querida voz desaparecida. Sería para ella como tener un hijo en ultramar, en São Paulo, en Little Italy. Ella murió inmediatamente después que él, sin embargo, y sor Tarsicia, si no ha llegado a saberlo, sigue enviando sin duda estas ofrendas fúnebres de un muerto a una muerta, que ningún cartero podrá jamás devolver al remitente (pero entre nosotros, vivos que nos escribimos, ¿acaso sirven de más las palabras? ¿Y es seguro, por otra parte, que sea sonido la vida y silencio la muerte, y no en cambio lo contrario?).

Sebastiano se mató sin dejar una línea, arrojándose por el hueco de la escalera, y me había dicho inexplicablemente una mañana, con una risa sin luz:

—Cuando me roban todo, quiero sin embargo regalar algo.

Es la suya, en mi álbum de cruces, la que todavía sigue doliendo. Mientras que me provoca un acceso de cruel buen humor, aunque haya pasado tanto tiempo, la paradoja del subteniente Giovanni, un perito agrícola de Cefalú. Había estado en la Rocca, de muchacho, y se había ido casi inmediatamente, sano, o eso parecía. Hasta el punto de que le habían aceptado en el ejército, y había pasado tres años en Cirenaica, con todas las idas y venidas. Ahora formaba parte de nuevo del destacamento de la Rocca, rebotante de salud a primera vista, pero con unas excavaciones caseosas en el pecho, la vieja cicatriz todavía rezumando, como cuando un esqueje se obstina en volver a florecer sobre un tronco que ya parecía muerto. Él, sin embargo —el mal tiene estas malicias—, engordaba cada día más, a fuerza de albúminas y de yemas batidas con marsala, persuadiéndose de este modo, no sin vanidad, de que estaba a salvo. Sigo viéndole el sábado por la mañana, cuando le llegaba el turno de someterse al control de la balanza, dirigir a su alrededor miradas burlonas y avispadas, antes de posar los pies sobre la plataforma como sobre el mojón limítrofe de una finca heredada. Oyendo después pregonar el peso al enfermero, y era cada vez mayor, no llegaba a sonreír pero con manos agradecidas esbozaba un gesto acariciador a lo largo de las caderas de novia. Desconocedor de que alguien, en su arcano régimen, le había distinguido sobre todos los demás, y que sería el primero en morir.

Otro recuerdo es el de un viejo del dispensario, de hermosos ojos, azul celeste, que se cura él mismo la frente, reflejándose en el cristal de una ventana, después de haber sido golpeado por un compañero, sin motivo, por mera excitación.

Y Marta... Marta ha contado más que nadie, hablaré de ella más adelante, cuando ya no pueda dejar de hacerlo.

Así, quien desde poco tiempo y quien desde poquísimo, vivíamos en la Rocca, junto a otros que no menciono, yo que os hablo, y el coronel, Sebastiano, Luigi, Luigi, Giovanni, Angelo: desechos de la historia, restos humanos. Todos antiguos soldados, por oficio o a la fuerza; ahora igualmente heridos y con un pronóstico idéntico; custodiados, a nuestro alrededor, por una valla metálica, nosotros y ya nadie más en Europa, ahora. Y habíamos llegado aquí en tropel, bajo andrajosas capas de héroes, desde mil lugares diferentes. Nos habíamos doblegado una vez más con disciplina a los eternos protocolos y controles delante de un cuerpo de guardia. Jadeando por escaleras interminables, contando cada descansillo con una respiración cada vez menos capaz, nos habíamos instalado en la última explanada que se nos ofrecía, y entregado aquí a manos asépticas y eficientes nuestro montoncito de huesos, en los que la febrícula cotidiana introducía al principio una especie de tenue calor, pero más tarde —igual ocurre cuando se bebe— una exuberancia de palabras, un gusto en cantarse y compadecerse, del cual yo soy el primero (como os daréis cuenta) en no haber sabido curar jamás...

Que detrás de sus caballos de Frisia, cubiertos de espinas como Cristos en la cruz, había acogido moribundos diferentes de los habituales, es algo que el Flaco entendió enseguida.

—La vuestra es una generación incomparable —decía, con cierta prosopopeya en la entonación, como si fuera mérito suyo—. Nunca, desde que estoy en la Rocca, había visto tantos libros en danza y tantos rostros severos adornados con gafas. Es la cosecha de la guerra. Tiempo atrás sólo caían aquí los pordioseros de la Kalsa. Ahora hasta los señoritos enferman, con su pecho lampiño, el agua de colonia, las ironías en italiano.

El Gran Flaco juzgaba a los enfermos por años, como un entendido en vinos o un maestro jubilado. Ellos lo secundaban, resistiendo rara vez a la Rocca por más de cuatro estaciones. La duración media era ésta, de un octubre al siguiente, el tiempo de integrarse y aprender un lenguaje, unos hábitos, un decálogo que valiera para todos. Cada cual, finalmente, aspirando casi a la nobleza de una carrera de antorchas, confiaba a un sucesor, apenas se sentía próximo a caer, su pobre testigo: una reliquia, un truco, un apodo. Así desde hace veinte años el Gran Flaco seguía siendo llamado el Gran Flaco, después de que quienes habían muerto a lo largo de los veinte se lo enseñaran a otro antes de morir.

Pero yo —hasta tal punto me acobardaban estos intercambios de consignas y la espera sumisa del golpe— no sé cuántas veces al día me sentía tentado de escapar de

ello con una inconveniencia o una bravata. Ciertamente, de haber estado seguro de no ir dejando a cada paso, tras mis espaldas, mis viscosidades y poluciones de apestado, no habría seguido incubando la fiebre en el jergón, como una chinche, sino que habría descendido a consumirme entre la gente, apresuradamente, era demasiado cobarde para morir a plazos. Esto en los primeros meses, luego acabé por acostumbrarme a la existencia recortada de los demás, y ya no quise desertar de su compañía. Con ellos he repartido, a la sombra de la misma bandera, cualquier limosna del momento, todos los engaños y los desengaños de sus carreras, aunque no el final repentino que las concluyó. Pero si, entre tantos, sólo yo, sea esto un premio o un castigo, he salido adelante y todavía respiro, mayor es el remordimiento que el alivio, por haber traicionado a espaldas suyas el silencioso pacto de no sobrevivirnos.

## IV. FUGAS DETRÁS DE UNA PUERTA CERRADA

Entre la Rocca y la ciudad había pocos kilómetros, no sé cuántos, no era fácil contarlos, mientras se bajaba en tranvía por la inflexible vía Calatafimi, por la frecuencia, casi a cada manzana, con que se sucedían las paradas. La más cómoda estaba unos metros más abajo de la entrada principal, bajo una marquesina de uralita que protegía nuestra espera, embutidos en jerséis o en mangas de camisa, según el paso de las estaciones, pero siempre impacientes por embarcar hacia nuestra intermitente Citera. Procurando disimular, los viajeros habituales se apartaban un poco ante la aparición de nuestra cuadrilla de leprosos ávidos y huesudos. Llevábamos con visible embarazo —después de tanta guerrera caqui— la indumentaria de la vida civil, sobre la que habíamos experimentado poco antes, llenos de dudas, las olvidadas liturgias del acto de vestirse, soltando las lágrimas de repente en el gesto de acomodar en torno a las cavidades del cuello una corbata de otros tiempos, una blanca bufanda de baile.

No todos podían, por otra parte, conseguir el salvoconducto que se debía mostrar al guarda. Y las más de las veces nos fallaban las fuerzas. En tal caso, entre una expedición y otra, nos contentábamos con entretener los sentidos de alguna manera, con el riesgo, tal vez, de no conseguir más que hostigarlos.

Buscábamos cambalaches con la sección de las mujeres, a través del seto de hiedra y estacas que dividía el parque en dos sectores y que, por su ineficacia, llamábamos la Maginot. Primero nos entendíamos por señas, durante la misa; encontramos luego manera, desde una gárgola de la terraza, de balancear, atado a un bramante, un billete delante de una ventana amiga, con la confianza de que una mano recogiera la invitación. O bien una jabalina de madera de malaca, como las de los chicos, surcaba el aire hasta su galería y llevaba ensartada, mediante una goma o una cinta cualquiera, incluso una rosa.

Otras veces nos contentábamos con hablarlo entre nosotros, con llamarlas mediante una canción. La música era algo que no nos faltaba. Cada uno de nosotros tenía, además de los discos y de nuestras radios de galena hechas a mano, unos auriculares para escuchar los programas que el Gran Flaco emitía, siete días de cada siete, desde un profundo laboratorio, con la pretensión de amodorrarnos o avisparnos, a su antojo, según las decisiones de una lejana manivela. Un abuso. Pero era fácil desenchufar la conexión. Mientras que no era fácil eludir, en el piano de la sala de juegos, sus personales exhibiciones de eterno aprendiz, con unas escalas que ponían los pelos de punto: *Gradus ad Avernum* corregía yo, para ofenderle, la portada de su Clementi.

Era un desquite, pues, tocar y cantar nosotros mismos, de noche, apenas sentíamos que la fiebre se retiraba lentamente, y en las venas el deambular de la

sangre pasaba a ser húmedo y lento, un latido de aguas mansas contra la orilla. Entonces nos sentábamos juntos, en corro sobre el suelo, con una armónica, una mandolina, y dos o tres voces desafinadas a fuerza de perseguirse y de encabalgarse, en un esfuerzo casi siempre frustrado por alcanzar y aprisionar aquel tenue motivo evasivo que, al igual que las demás cosas, se negaba a pertenecernos.

*Begin' the beguine*, y de los balcones de larga luna seguían asomándose las muchachas, bajaban a colgarse de los galones dorados de nuestro brazo, juntos caminábamos a lo largo de un río, el Trasinaro o el Livenza, sosteniendo con la mano el manillar de una bicicleta de niebla. Inclinas bajo los besos, como arbolillos que eran, pero con un sabor de terroso carmín en los labios, y en el surco de los senos aquel olor a membrillo recién mondado. Pero nunca volveríamos a verlas, nunca volveríamos a oír mezclarse sus voces, bajo la copa del plátano, con los crujidos de la noche. Nos las había regalado la guerra; la guerra se las había llevado. Más allá de los montes y de los mares, ellas: muertas u olvidadas o enemigas. Y nosotros aquí solos, con una mancha bajo la chaqueta, una deshonra que ocultar.

La guerra quedaba a nuestras espaldas, pero sobre la chaqueta había quedado la huella de la bandolera, la acritud de la pólvora en las narices y en las manos. Manos que habían disparado, tal vez matado. Y ahora nos preguntábamos por qué. En la asfixia del sentimiento que, porfiando con la de la respiración, sofocaba nuestras fauces, cualquier palabra importante desteñía, parecía una mentira de adultos. Incluso la libertad, incluso la verdad. De tantos días de ebriedad y de dichosas carreras por los Apeninos, con los pañuelos coloreados en torno al cuello y los apodos de novela, sólo seguían flotando unos pocos garabatos y blasones de atrocidad o de amor: un silbido de entendimiento, una columna de humo crepuscular sobre una cabaña, un crepitar de *parabellum* delante de nosotros, en un sendero sin salida. Mientras tanto, por encima de cualquier otra cosa, dominando cualquier duelo o esplendor de la memoria, triunfaba bestialmente en el viento el tufo de la ciudad bombardeada, de su boca negra, de la impúdica exhibición de su pubis de muerta. El mismo tufo que ahora percibíamos salir de nuestras almohadas, nos correspondía combatir en otra guerra contra godos más capaces y feroces. ¿Qué importaba si el mundo, en otros lugares, había vuelto a tener veinte años, a murmurar las venerables palabras, a lo largo de los ríos, sobre los balcones de larga luna? Nosotros, para tener una mujer debíamos esperar a que por tres veces consecutivas en el análisis resultáramos inocuos, y a que nos fuera concedido el salvoconducto ritual, y a que los sentidos aceptaran el azar y la repulsión de un contacto comprado, y a que...

Caminar en medio de la gente, abajo en la ciudad, cargar con el pingajo del cuerpo, esta suma insuficiente de aliento y de sangre, en medio de los sanos de la calle, atléticos, limpios, inmortales... Observar los escaparates de las tiendas, reflejar en ellas hasta el último detalle de las descarnadas figuras, y percibir con gratitud que nadie se da cuenta, nadie se gira. Heme aquí en el campamento enemigo, disfrazado

de vivo, invulnerable como los demás. Las muchachas pasan en tropel, cogidas del brazo, con estribillos de carcajadas. Llevan tacones altos, piernas de bronce desnudo, una peineta entre los cabellos o una lanceta de plata. ¡Cómo me miran sin verme, cómo todas ellas abren y cierran el abanico de la falda a cada paso! De pie, en la riada de la multitud, es hermoso elegir a una mientras se aleja, y bautizarla para poderla llamar cuando haya desaparecido, y emparejarse con ella en la fantasía, sentados sobre el parapeto de un río, el Trasinaro o el Livanza... Yo acaricio la curva de su mejilla, le digo «De acuerdo, mañana», le digo «Mañana, a las siete. Frente al Café de los Porches, frente al cine Odeón», le digo «Adiós, Sesta», «Adiós, Silvia». Ella llega entre tintineos de abalorios, con paso de brujita, de gitanilla. Tiernamente pecosa. Lleva la boca demasiado pintada, un birrete de paje inclinado a un lado, el bolso en bandolera. Le gustan los secretos que se susurran al oído, las predicciones, los enfados, las mentiras. Sólo quiere de mí esto: un compañero de conspiraciones y alegrías. Recuerda los aniversarios más banales, las majaderías improvisadas y olvidadas a la mitad. Me acusa de culpas inexistentes para podérmelas perdonar al cabo de un instante. Me regala un clavel envuelto en papel de plata, un paquete de Tre Stelle, un estúpido *Toi et moi*. Es mi novia, miradla, está a punto de cruzar la calle con el semáforo en rojo...

O bien se acababa en el barrio del puerto, buscando una cualquiera, pero de carne y hueso, auténtica. De vez en cuando convenía, era también el consejo del Gran Flaco. Bastaban ya aquellas pocas escaleras para extenuarme, y la anquilosis del brazo en torno a su cintura. ¿Quién conseguía después moverse como es debido, con la magra dosis de oxígeno que me restaba? Y entonces, te pago un extra, hazlo tú... Sentía su cuerpo encrespado y lleno de lunares agigantárseme encima, penetraba en ella con su ayuda, acompañando con avaros estremecimientos los suyos, misericordiosos y exactos, hasta que se disolviera en lluvia de fuego y de miel en el fondo de su vientre la nube ciega que me hinchaba las sienes.

Más adelante, sobre la manta militar extendida a modo de protección de la dudosa limpieza de la cama, mientras ella se lavaba sin dulzura en un rincón, y una tardía gota de semen se deslizaba cansinamente por la ingle, me gustaba seguir un rato tendido, exangüe y desierto como un muerto, con los ojos prendidos en el techo, y descifrar en él, en una grieta o una mancha de salitre del enjabelgado, las emboscadas futuras de mi destino.

A mi regreso contaría todo a los compañeros, arracimados sobre el mismo colchón, contestaría riendo a sus preguntas de estudiantes, mentiría también un poco, tal vez. Diría: «Era guapísima, ha gritado, no fingía, os lo aseguro; qué mujer; id con ella, amigos...».



## V. PADRE VITTORIO Y SU NOCHE OSCURA

Del padre Vittorio, el capellán castrense, tardé bastante en hacerme amigo, aunque nos emparejara la costumbre de salir a sentarnos a la galería de madrugada, para hacer acopio de aire sano, al menos hasta que vinieran a desaconsejarnos los primeros, tradicionalmente fatales, relentes del otoño. Y ya varias veces nos habíamos descubierto escrutando de lejos los títulos de los libros que sosteníamos con tres únicos dedos fuera del montón de felpa que nos cubría. Luego comenzamos a desplazar, cada día un poco, nuestras tumbonas (la suya, extrañamente, con balancín, antirreglamentaria), como por una premeditación de ambos, una inocente conspiración, que nos llevaba la sonrisa a los ojos, el tiempo de un parpadeo, cuando se encontraban. Acabamos así un buen día por encontrarnos codo con codo, frente al mismo primer rayo sesgado de sol, ya sin un pretexto que nos impidiera hablar y decir al mismo tiempo las mismas palabras:

—¿Cómo te llamas?

Resulta extraño que, después de tanto conocernos y tantas ocasiones de intimidad, sólo recuerde de él algún rasgo del rostro, una especie de inaferrable sudario, y la mancha que ocasionaba, interponiéndose entre la luz y yo, su cuerpo de montañés en el momento de asomar del *plaid* de colores para disponerse a inclinárseme encima y estrecharme ruidosamente la mano. Y todavía menos explicable que en un lugar como aquél, donde el abandono no tolera indecisiones o diplomacias, nuestro encuentro siguiera una gramática tan retorcida y prudente. Como si ambos temiéramos y deseáramos a la vez en el otro al cómplice y enemigo que nos faltaba y sin el cual no habríamos podido jugar la partida.

Es cierto que la tómbola de nuestra vida se mueve entre contratiempos y componendas innumerables. Nunca se conoce a quien se desea, sino a quien se debe o a quien el azar favorece, según que una mano desleal nos mezcle, junte o despareje, disponiendo o rompiendo a su antojo los encuentros en los cañamazos de sus milenios. Así, aunque yo haya retornado desde hace muchísimos años, al igual que antes en la adolescencia, a una opaca negación de Cristo, es a ese encuentro imprevisto, extraído de un cálculo o azar entre los infinitos posibles, al que debo haberla pensado, por una vez, con delicadeza y espanto, hasta el día en que, en el mismo instante de la muerte de mi amigo, me encontré más seco que un guijarro, y supe que hasta entonces mi cristianismo sólo había sido un falso embarazo, una histeria de tres meses. O bien sólo el vicio de escuchar, a medio metro de distancia, conmovedor y barbudo, a un joven apóstol que me contaba en la Otra nuestra propia Pasión.

Quién sabe cómo había llegado a acabar entre nosotros, él, del norte, que hubiera podido ingresar en el sanatorio para religiosos que el Vaticano mantiene, dicen, en los

alrededores de Trento, o en una clínica para ricos, a dos pasos de su casa (era hijo único, los suyos poseían villas, barcos). Había pretendido, en cambio, bajar hasta las Madonias, sin miedo a exponer a la laica y facinerosa luz de la isla sus heridas que ya galopaban, que tal vez él mismo se había buscado. ¿Por qué?, me pregunté más de una vez, ya que había que presuponer una menor resistencia al mal en un lugar de un clima tan difícil, ¿por qué? ¿Para efectuar de algún modo el gran *tour* meridional, soñado tanto tiempo de novicio en un triste convento véneto con verjas en punta de lanza? ¿Para dejar atrás afectos y lágrimas amorosas y permanecer solo, igual que los más desamparados de nuestra familia, en el instante del desalojamiento final, del definitivo combate de boxeo con el ángel? Es posible que ni él mismo lo supiera, aunque en cierta ocasión aludió balbuceando a una misión y obediencia que él se esforzaba, incluso en cuarentena, en llevar a cabo, y para la cual le parecía que se necesitaba un escenario de cretas y olivos, una Judea llena de abrojos, como algunos cercados de por aquí, lacerados minuciosamente por un cisma de vientos.

Fantasías, exageraciones dichas para llenarse con ellas la boca, una noche. Y fue entonces, no obstante, cuando lo descubrí hermano, en el engaño de pretender atribuir un sentido de elección a una miseria privada del cuerpo: el mismo engaño por el que también yo ofrecía voluntariamente las palmas a los clavos, creyéndome que bastaba el orgullo para convertir un vergonzoso castigo en el privilegio de un dios. Hermano fue para mí, por consiguiente, y súcubo e ícubo, el padre Vittorio, durante todo el tiempo que juntos contendimos, venciendo y perdiendo ambos un poco, él para persuadirme de la Revelación, yo para contaminar como podía una u otra de sus certidumbres.

Ahora me doy cuenta de que fue un duelo de ciegos. De espadachines ciegos que se persiguen y se buscan impunemente, con alocados sablazos, sobre las tablas de un escenario. Extrayendo del desorden circundante de tantos baldaquines y tabiques polvorientos un placer desordenado; y dándose cuenta al final de que no han intercambiado golpes sino sólo contagios. Exactamente un contagio se produjo entre nosotros, entre nuestras dos barricadas paralelas y guerreras. De modo que, al mismo tiempo que yo iba acogiendo el fuego de sus esperanzas, mi duda, deshaciéndose de mí, y con ella mi cobardía, iba insinuando en la densidad de su cuerpo, allí junto al mío, una segunda y más ácida tabes que ni los rayos de Vasquez hubieran sabido desvelar. No me di cuenta plenamente de ello mientras vivió, hasta no haber descubierto por casualidad un dietario suyo escrito a lápiz, en el que cada línea propalaba las señales de una quemadura, de una caída.

Cuánto camino recorrido, pues, desde Cividale a la Rocca, para extraviar la alegre dirección de la propia senda y conseguir que le encontraran una madrugada, con un cigarrillo apagado en el puño y los dientes apretados contra el cojín de crin, en un balancín al cual el último espasmo de los músculos había impreso un movimiento que todavía, levísimamente, duraba.

Alguien, un compañero de sala, me dijo después que, en los últimos tiempos le había visto levantarse muchas veces todavía a oscuras, y que una vez le siguió y sorprendió a través de los batientes de las puertas, mientras celebraba en la capilla del hospital, él solo y sólo para él, con amito de lino y casulla roja, la misa de acción de gracias. Un intento de respuesta, tal vez, no tanto a mí como a sus propios demonios, de los cuales ahí viene alguna proposición, tal como la he descifrado, con escrúpulos de legatario, en los márgenes de una *Filotea*:

*No hay nada que Yo no pueda perdonar. Muchas graves tentaciones surgen de esta idea. ¿Seré, pues, más bueno que Él?*

*No tengo domingos, mis días fluyen con el color de los ríos y de los sueños, entre parapetos de hierro, en un silencio que maravilla. Fueron, una vez al menos, una charanga de trompetas o una derrota proclamada. Pero yo temo que mi voz caería en un aire indiferente, nadie es tan benévolo como para aceptar mis desafíos y mis blandas provocaciones, soy prisionero para siempre de la prudencia con que estudio demasiado prolongadamente los minutos sin atreverme nunca a vivíroslos de improviso.*

*Haga lo que haga, vaya a donde vaya, una idea me reconforta: soy un hombre involuntario, por tanto soy un hombre inocente.*

*El pecado: inventado por los hombres para merecer la condena de vivir, para no ser castigados sin motivo.*

*Proyecto de fábula o reliquia del sueño: desciendo en la estación de una ciudad cuya lengua no conozco. Niños con un cuchillo en la mano comienzan a reír repentinamente.*

*Cuando me dirijo solo a la ciudad me sigue una figura con un manto.*

*Igual que el ciego de aquel chiste: el cual busca un sobre negro en una habitación negra, y el sobre no está...*

*Acostumbrarse a contemplar la vida como una cosa ajena, robada por broma, a restituir mañana. Convencerse de que es una derrota para los temerarios, de que la precaución suprema es morir...*

*La muerte: ¿un exilio? ¿Una repatriación?*

*De la misma manera que se hunde un clavo en la madera, a golpecitos, la muerte...*

*Pena de tener que dejarse a medias, después de haber hecho consigo mismo tan poco camino, curiosidad por conocer el resto (en el caso de que exista en algún lugar un guión completo...).*

*Cuán difícil es, Dios.*

*Repetirse cien veces cada mañana, como tarea y sacrificio, el concepto predicable que imaginé con motivo de una clase del seminario («Oración en la muerte de Bossuet, como la hubiera escrito el propio Bossuet»): La muerte es un leñador, pero el bosque es inmortal.*

*Un bacilo de Koch se posó sobre el labio de Adelmo. Y Dios vio que eso era bueno.*

*Mi corazón ya no se me asemeja. Es de otro, ahora: una persona trágica en la que no sé reconocerme, que ha usurpado mis recuerdos, a cuya invasión llorando me niego.*

*Me despierto, a veces, y durante un minuto no sé quién soy.*

*¿Sería así la muerte? ¿Perseguir toda la noche a un yo que huye, buscándose dentro, sin encontrarlo, un nombre olvidado?*

*Señor, la avaricia y la fecundidad de la noche. Desaparecidas todas las cosas, remendado el desgarrón de los colores y de los sonidos. Y en mis ojos sólo la lava y el caos de Tu rostro, la llameante ceguera de Tu nombre.*

*Nombres de la infancia friulana, mientras duermo, exhalan un sonido en el tierno palimpsesto de la memoria. El nombre de un pueblo, de una prostituta, de una estrella...*

*¿Qué será de mí, de aquel día de lluvia del treinta y nueve, en Su cielo de querubines exangües?*

*De la gracia a la desgracia, descalzo, como en un sueño.*

*El vino de la misa es oscuro, un vino fuerte de Salaparuta que me dan en la cocina. Vino denso, de las venas de un Dios sarraceno, y que hace efecto al instante. Lo descubro en la sacristía, cuando lo vomito, después de un acceso de tos, entre los dobleces del pañuelo.*

*De repente, esta mañana, un rumor de alas de alondra en el corazón. Como un presagio de inesperado rescate.*

*Rezar, otro vicio solitario.*

*Un soldado por error, de acuerdo. Pero ¿y si correspondiera a un desertor, a un francotirador salvaje, herir en la frente al Condestable?*

*Sólo la infelicidad pertenece a los hombres, la desesperación a Dios.*

*Dios, gigantesco eufemismo.*

*Ángel arpía, tu vuelo desmañado y pesado, tu picotazo en el pecho.*

*Con la mano en el interruptor, de noche, en mi habitación, juego al Fiat lux, juego a ser Dios: apago y enciendo, vuelvo a apagar y vuelvo a encender. Finalmente la bombilla se funde silenciosamente.*

*En sueños he husmeado la muerte. Qué hedor de mala cocina. Qué necesidad, después, de lavarse incesantemente las manos.*

*Contemplo cómo dos moscas se aman sobre mi palma izquierda. Levanto la otra poco a poco, luego la dejo caer, la lanzo a traición. Me disgusta fallar el golpe.*

*Una penosa sospecha sobre la Pasión: ha venido para salvarse, más aún que para salvarnos (hablar de ello con mis superiores).*

*¿Y si fuéramos sólo Su pecado original, su infracción, la manzana que no debía comer?*

*La muerte natural no existe: cualquier muerte es un asesinato. Y si no se protesta, significa que se consiente.*

*Bajo a la sala común, a confesar a los pobres, a los viejos. No comprendo sus jergas cerradas, pero los absuelvo de igual manera, claro. Pobres, la cara de Dios.*

*¿De modo que éste es el buen uso de las enfermedades que, siguiendo el ejemplo de aquel otro, había pedido suplicante al Señor? Lágrimas, sí, pero de rabia y rencor, blasfemia totale et douce. Y salvajes onanismos bajo las sábanas.*

*Yo desconfiaría aun con el dedo en Su llaga.*

*Una vez más en sueños una mujer me monta. Agresión funesta y sagrada, zarzal que no se apaga.*

*De creer al carcelero, basta un cordón del zapato.*

*Et ecce cecinerunt tubae cataractarum Tuarum.*

*Déjate ver, Tú que me espías.*

## VI. APARECE LA BAILARINA

El Ucciardone, Monte Athos, la fortaleza de La Rochelle... A cuántas clausuras y soledades me gustaba comparar nuestra situación en la Rocca. Tampoco me olvidaba del castillo de Atlante. Es decir, un lugar de visiones destinadas a no durar. Una de éstas fue Marta.

Sucedió el día de Santa Rosalía, que era también el día de mi quincenal aprovisionamiento de aire, llamado asimismo pneumotórax, más brevemente PNX, sigla heráldica de la esperanza. Se trata de una inyección de aire bajo la axila, realizada mediante una aguja que parece un puñal, con el fin de comprimir el pulmón y permitir, conteniéndolo, que los bordes de las heridas se recosan por sí solos. Pero conviene, después de la intervención, quedarse en cama y no moverse. Sólo que aquella noche había revista de gala en la sala de actos del lazareto, todo un programa con sorpresas, con actores y actrices de los nuestros: director único, sastre y regidor, el Gran Flaco. Éste, en efecto, y yo lo había descubierto nada más llegar, en aquel lugar no sólo era el muy poderoso pontífice de cuyo labio leporino, de cuyo puño cerrado en torno al cetro del estetoscopio, nos tocaba esperar cada mañana la confirmación o el viático; también era, en las festividades del año, el procurador de colectivos festejos: iluminaciones, cuadros animados, belenes, misterios bufos. Un desahogo como cualquier otro, para nosotros; para él, tal vez el intempestivo desquite de una vocación, en aras de la cual no vacilaba ahora en descuidar a los pacientes, a menos que no le sirvieran también en la barraca de los ensayos, entre las malvas del jardín, disfrazados de númenes o de paladines. Yo no era de la compañía, entre ellos era un recién llegado, un novato. Pero, si no a ésta, me proponía no faltar a la siguiente pasarela; al precio de exhibirme de cartomántico o payaso. El Flaco me entendió. La espera de la muerte es un tedio como cualquier otro, y que se alimenta de pompas mucho más que la misma muerte. Así que él, como solía hacer, prometió a más no poder: para Nochevieja, para Carnaval, para Pascua; para el otro verano, si llegaba a él. De prestarle atención, tenía ya en la mente el proyecto, una trama de drama antiguo (a él sólo le gustaban los clásicos) adaptada en versículos burlescos y que hablase de nosotros entre líneas: un Alceste, un Filoctetes con sombrero hongo, golpes de efecto, quidproquos, y tartas sobre la pintada jeta de Tánatos. A este argumento, yo, que sabía de letras, me encargaría de darle jugo, y servirle de pasada de acólito en la elección y en el adiestramiento de los personajes de la obra.

A dicha idea, mezcla de goliardía, presunción y malignidad, yo no había objetado nada. Se podría sacar de él algún efecto de escarnio y bilis, con un gemido detrás, afilado como un cuchillo. Y, a fin de cuentas, ¿qué me importaba? Un cálculo diferente, si debo ser completamente sincero, sugerido por aquella parte de zorro y de

granuja que hay en mí, me había convencido de que dijera que sí. Y este cálculo era que los preparativos del espectáculo pudieran ofrecerme una posibilidad de promiscuidad, la salvaguardia para acercarme a las desconocidas del Ala Sur, entre las cuales, sin lugar a dudas, a alguna sabría inducir, con una perorata de las mías, a satisfacerme las necesidades de la sangre, de infectada a infectado, evitándome los remordimientos y el sabor a tierra que me dejaban en los labios, cada domingo, mis descensos al barrio malfamado de la ciudad. En suma, no podía faltar de ningún modo a la fiesta de aquella noche si quería contemplar en secreto, sin necesidad de decisión, las actitudes y las caras de las teatreras que necesitaría mañana para mi doble necesidad. Me deslicé de la cama, volví a vestirme, me encaminé apresuradamente hacia la sala.

El espectáculo ya había comenzado cuando conseguí entrar, después de haber palpado a ciegas, en busca de la hendidura, las cortinas de terciopelo carmesí que colgaban de la sobrepuerta como los ornamentos de un catafalco. Inmediatamente me sorprendieron las frases del Romeo que esparcía por el aire un acento de Trapani, de un alfeñique con las rodillas en el suelo, cuyas mallas, obsequio de un director del Politeama, debían de haber albergado en otros tiempos pulpas más rollizas: «Era la alondra, mensajera de la mañana, no el ruiseñor: contempla, amor, cómo aquellas cintas de luz, envidiosas de nuestra alegría, ciñen con una franja radiante las nubes en fuga, allá en el oriente. Yo debo partir y vivir, o quedarme y morir...».

Reconocí, no sin fastidio, las huellas digitales del Flaco en la decisión de imponer a un rústico debutante sublimidades tan arriesgadas, a fin de provocar una sonrisa en la sombra de una butaca, y sin embargo me agradó la compunción con que todos se inclinaban hacia el escenario como a una tribuna o a un púlpito en los que estuviera a punto de descender una verdad, un germen de salvación, tal vez, para todos. Pero ya otra voz daba la réplica a la primera, una juvenil y teatral voz de mujer con imprevistas inflexiones lombardas: «¿Cómo te has ido así? ¡Amor mío, mi señor, ah, marido mío, amigo mío!». Y a estas palabras seguían otras, improvisadas me pareció, e incongruentes entre sí, sin otra cosa en común sino que todas proponían amor y en los labios de ella se revestían, aunque pronunciadas con distanciamiento, de un significado de invitación, difundían a su alrededor un impetuoso aroma carnal.

Me adelanté, alcancé junto al Flaco la silla de primera fila que, en contradicción con sus propias prohibiciones de médico (un segundo Cottard, sonreí para mis adentros, la naturaleza imita al arte), había reservado para mí, y me senté a tiempo de incrementar con los míos los aplausos de todos y de recoger de un duro rostro de muchacha inclinada para agradecerlos una especie de sofocada sonrisa, un pasajero y húmedo resplandor de sol surgido de una rendija de las nubes. «¿Quién es?», pregunté a mi anfitrión, sin recibir otra respuesta que dos sílabas, Marta, aliñadas con un aliento despiadado y prontamente disueltas en el renovado granizo de aplausos que acogía el anuncio del número siguiente. Marta, también, Marta Blundo, estaba

escrito en el programa de mano que el viejo me ofreció después, cuando se encendieron las luces del descanso y pude volverme a contemplar la población de la Rocca, alineada por entero en formación de batalla frente a un telón bajado, con los rostros relucientes de fiebre y sin embargo inevitablemente felices. Qué platea de pijamas a rayas se apretujaba en la sala, es posible que también nosotros, los de este lado, fuéramos actores, pintados de rosa en los pómulos y dispuestos a entonar a coro nuestro réquiem cantable, y los auténticos espectadores permanecieran ocultos, nos contemplaran en silencio desde un palco proscénico que parecía vacío.

Pero de repente comenzó algo en el escenario, en un silencio absoluto. Era ella otra vez, la muchacha de antes. Ahora, en un número de danza. Yo, por el momento, sólo conseguía ver sus miembros diminutos, vestidos de muchos colores y tendidos en el suelo como en una viñeta de libro: una Arlequina, tal vez, falsa muerta en su deslumbrante casaca. No permaneció así largo tiempo, sino que a la primera escaramuza que intentaron los instrumentos entre bastidores —no se trataba más que de un disco difundido por un altavoz, la *Sílfide* o qué sé yo— comenzó a liberarse del suelo lentamente, a fuerza de gestos meditados y cerrados, interrogando al aire con una prudencia de ciega. Se enderezó finalmente de golpe, saltó hacia el techo.

Un escalofrío en la cabeza me advirtió que se trataba del comienzo de un desafío muy serio, quién sabe cuál era la apuesta, en aquel cono de aire que perfilaban los reflectores. Era un juego serio, con algún abyecto sobreentendido, del cual yo era mantenido al margen. Extremé mi atención: la bailarina se desmadejaba y deslizaba por el cielo con presunción y fiereza, acompañando cada salto con un gemido de incitación; y la coalición de elipsis y torbellinos a través de los cuales sus miembros comentaban el violento discurso de la música; las pausas en las que súbitamente se abolía, sin necesidad en ocasiones, aquella aérea escritura; todo esto creaba una confusión, tratárase de invocación o de burla, a la que sentía, con un hilo negro, coserse inextricablemente la propia trama de mi destino.

En una pausa de la música, mientras permanecía un instante erguida e inmóvil en el centro del escenario, conseguí, al fin, verla mejor. La garganta se le había teñido de arrebol, por una irradiación epidérmica de la sangre.

—Como de luz detrás del alabastro —citó docta y odiosamente el Flaco a mi lado—. Así son los serafines.

¡Oh, sí, era un serafín, con el talle delgado y las alas encendidas, con ojos como chinas de ébano en el orgulloso óvalo amansado por una corta melena luminosa!

Pero ya de nuevo giraba a lo lejos, y con tanta insistencia parecía reclamar a las paredes una brecha para escaparse que me sorprendí buscando detrás de ella la figura indispensable de un perseguidor. Cuando volvió a desplomarse, fue por un tiempo más prolongado. Ahora, después de tanto movimiento, al retornar a la tierra, alzarse de nuevo le costaba trabajo. Sobre el pavimento, bajo el veredicto de las lámparas, con un rostro que había comenzado insensiblemente a perder color, yacía inmóvil,



respiraba profundamente, recuperaba una tras otra las líneas de fuerza de su ser para recomponerlas de nuevo en un proyecto alado («¡Animal!», susurré indignado al oído del médico. «¿Cómo puedes tolerar esto? La matará»).

Cerré los ojos cuando, al cabo de un intento que fracasó una vez más, ella saltó y fue como si se hubiera arrojado de una ventana. Estaba claro para todos que se había producido una división, o la derogación de una ley, en el umbral de un reino que sólo ella alcanzaba a ver. Jadeante intentó de nuevo, pero sin confianza, los preliminares de la ascensión, ahora ya no era más que un cuerpecito de luciérnaga, partido en dos por una rueda en un sendero. En aquel momento fue cuando irrumpió en su ayuda la orquesta con su conjuro más poderoso: maderas y cobres se inclinaron sobre ella como sobre una ahogada, revoloteó en torno a su frente un lienzo de sonidos amigos, todo un preocupado pandemónium de notas. Ella levantó los brazos, como si quisiera amansarlo, luego permaneció inmóvil un instante, recogida en sí misma. Yo rezaba internamente para que venciera una vez más, y con tanta pasión que tuve después la certeza de que era yo quien la había salvado, y en mi mente me vanaglorié de ello.

Ahora se irguió sin esfuerzo, daba la impresión de ser más alta, más fuerte. Sólo la vimos un instante, mientras saltaba hacia arriba, con el impulso de talón del marinero que reaparece: nítida, inexplicable: un ángel de la anunciación que se va.

Ya no reapareció y tampoco yo conseguí permanecer allí mucho tiempo, sino que apenas los muñecos Pulicane y Buovo d'Antona se hubieron enfrentado a muerte por las miradas de una bella de Trebisonda, y los hube visto caer a ambos con las corazas despedazadas a los pies de un sicomoro pintado, me levanté para salir, aunque mi vecino me mirara con una antipatía cuya razón se me escapaba. No fue fácil abrirse paso entre el público de los rezagados que se apiñaba entre fila y fila, mientras en el escenario aparecía el enfermero Panzera, disfrazado de rey de la magia, haciendo girar entre las manos, vertiginosamente, una profusión de pelotitas que me habría gustado contar.

En la pequeña pieza que servía de vestuario, detrás del escenario, ella estaba sentada modestamente en una esquina, junto a un espejo de pared, todavía con el disfraz multicolor de antes. Sin él no la habría reconocido, hasta tal punto me pareció infantil y esparcido de nunca vistos hoyuelos el rostro que ofrecía al amarillo huevo de luz colgado del techo. Un rostro diferente, incluso más hermoso que el ceño de matahari que había creído descubrir desde mi garita de primera fila, y al cual se habrían adecuado mucho mejor los meloheroicos furores de mi impulso afectivo. El que había preparado antes de entrar y que no fui capaz de convertir en un *approche* más cotidiano cuando me detuve delante de ella.

—Marta —dije, y puse ruborizándome la mano sobre su hombro—. Tienes que salir conmigo —le ordené—. Te queda poco tiempo, nos queda poco tiempo. Y tenemos veinte años.

Alzó la frente, sin asombro, por lo que pude entender, ni enfado. Era como si no me hubiera oído y mis palabras se hubieran mezclado en su interior con las de la canción que venía del escenario contiguo y hablaban de septiembre y de lluvia. No, no me contestó, pero con un perezoso desplazamiento sus ojos me esquivaron, fueron más allá, parecieron agarrarse a algo que no estaba en la habitación, se entornaron finalmente en el instante en que un acceso de tos, seco como un disparo, la dobló en dos, la estremeció, hincándole en la cara una máscara desgarrada de anciana. Se levantó y escapó, con la boca cubierta por un pañuelo, pero, antes de empujar la puerta con el codo, se volvió un momento hacia mí, sonriéndome, pidiéndome con la mirada no sé si que la salvara o que la dejara en paz, que me olvidara de ella.

Pero el Gran Flaco, surgido bruscamente a mi lado, me había cogido el brazo y me arrastraba tras él, insultándome a su manera.

—¡Ésa, *strichten verboten!* —murmuró—. Y no me eches el aliento encima, Almaviva tosedor.

No añadió más, salvo un gruñido de felicidad cuando, retornando por el pasillo, oyó estallar de nuevo, aunque atenuado por los cortinajes, un estruendo de aplausos, a cuyos invisibles ejecutantes dedicó, una y hasta dos veces, una rígida inclinación de marioneta.

## VII. DUELO DE DÉBILES ESPADAS

La noche siguiente no supe resistir y pedí al más joven y desenfrenado de mis compañeros, a Luigi llamado el Alegre, o también el Pachá de Patrasso, gracias a una alardeada borrachera de amor en un prostíbulo griego, que me dejara bajar con él a escondidas, pasada la medianoche, al jardín. Estaba citado, y no era la primera vez, con Adelina, una flacucha ya casi curada, atormentada, sin embargo, por deseos que ni el sueño era capaz de apaciguar. Se manoseaban como podían a través del seto de separación, se contaban mentiras, indecencias, concertaban estratagemas innumerables para encontrarse fuera el domingo. A ella quería yo pedirle noticias de Marta, una identidad lo más mezquina posible, que la sustrayera de la atmósfera de milagro con que me había parecido natural rodearla en el transcurso de mi extraviada velada, y mediante alguna revelación de manías, medias rotas y sudores la hiciera respirar junto a mí como una criatura cotidiana. Porque, en suma, no se acomodaba con la economía de mi tiempo la prolongación de un estado de éxtasis y arrobamiento; a mí, por el contrario, me servía únicamente un cuerpo para consumir inmediatamente, antes de que nuestro vagón sellado se detuviera en el depósito de la estación de llegada... Y, además..., además yo soy así: de la misma manera que me enciendo, me apago. Espiando cada vez con ansiedad en el vientre del fuego el gris oculto de la futura ceniza. Así ahora, respecto a Marta. Mientras estaba apenas en sus primeras frases el gran andante dorado de mi enamoramiento por ella, ya en mi interior la deseaba refractaria cuando no indigna, para prepararme a disponer de antemano los pretextos y las desvinculaciones de la fuga de mañana.

Pues bien, como si lo hiciera adrede, Adelina me colmó hasta las heces de satisfacción respecto a lo que tácitamente esperaba.

—¿Te refieres a la Petacci? Pero si es una de las más podridas —susurró a través de los setos y del alambre de espino que nos separaba—. Ya casi no la medican, le dejan hacer lo que quiere, hasta bailar, ya lo viste.

—¿De dónde es? —pregunté—. ¿Cómo ha llegado a la Rocca? ¿Y por qué la llamáis así?

—No lo sé muy bien —contestó—, y ella apenas suelta prenda, la princesa. Dicen que es del norte, y que estaba en Sondalo pero que los demás enfermos no la quisieron. Y que antes bailaba en la Scala. A mí me parece una cupletista. Por otra parte, se dicen tantas cosas...

La voz de la joven se apagó hasta el susurro, y se tiñó de un sorprendente pudor.

—Se habla de un capitán de la SS, de una villa en el lago. Y cosas peores. Lo que sí es verdad es que hace poco que el pelo le ha crecido en la cabeza rapada...

*Prosit*, hasta demasiado bien servido. Dos veces intocable, un récord. Había conseguido impresionarme, a mí, que por los del otro bando alimentaba hasta ayer,

exclusivo como un amor, un odio de muchacho, más allá de cualquier condescendencia, duda o perdón. No quedaba más que decir basta, borrarlo con la mano y largo. Y pese a todo, hasta tal punto se contradice en mí el embrollo de los sentimientos, precisamente por aquel exceso de informaciones hostiles, en aquel mismo instante, casi bajo el azote de una fusta o de una brisa salada, comenzó a nacer y a crecer dentro de mí una pasión, no pareciéndome cierto haber encontrado en lugar de un elfo un pájaro desplumado y sucio, y poder mezclar las indiscreciones del deseo con una onza de empedernida piedad. ¿Y quién, pues, conseguiría ahora sacarme de la mente, pese a cualquier subterfugio de los míos, el resplandor de aquella tenue sonrisa, si sonrisa era, vislumbrada en el instante en que se había vuelto a mirarme y el bosquecillo de los renacidos cabellos; y su paso, mientras se iba?

Me despedí, ya era hora. Pero antes, y sin remordimiento, cedí a las seducciones del Alegre que con la mano y con la mirada me indicaba, en la densa tiniebla del Ala Sur, un minúsculo recorte de ventana todavía iluminada, frente a nosotros. A través de la mirilla del follaje, agrandada a fuerza de brazos, no pude ver gran cosa, una fugaz aparición, no sé si de carne o de ropa, pero suficiente para percibir en los oídos el habitual molino de viento de la sangre y para tener que apoyarme un momento en mi compañero, que reía. Luego le dejé con Adele, con sus ansias, y regresé a casa a través de una sucesión secreta de escaleras y puertas ocultas, desde la lavandería hasta mi habitación, deslizándome a lo largo de las penumbras de los pasillos, como cuentan en los libros que hacen los camareros de hotel, calzados con chanclos de fieltro.

A partir de entonces se convirtió en una fábula, en la Rocca, mi amor por Marta. Se lo contaba a todos, quién sabe lo que me había atrapado. Las muchachas en bata que cruzaban el umbral del locutorio se me reían a la cara, amenazándome con el dedo; bromeaba sobre ello el doctor Vasquez, mientras me garrapateaba con lápiz, como flores de lises de Francia, sus círculos en el costado; una frase se burlaba de mí en la pared de las letrinas colectivas... La excepción: el Gran Flaco, ni una sola vez volvió a pronunciar aquel nombre. Pero ahora me trataba como a un cliente, con arrogancia y pedantería; ya no venía a buscarme si no era para la visita que me debía, como a los demás, a las horas precisas; acompañado de monjas, ayudantes, y mirándome apenas, con los bulbos de los ojos hinchados como bubones. Todo ello señales de un despecho y unos celos que no llegaba realmente a explicarme en un hombre irónico. No me turbó gran cosa, sino que atribuí aquella actitud a los altibajos de una naturaleza torcida, cuyo fondo de fúnebre neurastenia, removido por la edad, borboteaba y asomaba sin resistencia a la luz. Por otra parte, después de aquel encuentro detrás de las bambalinas, no había vuelto a ver a la bailarina, hartamente contento de disfrutar por mi cuenta, antes de dormirme, un desahogo de la fantasía, en el que ambos, curados, nos besábamos delante de un mar. No es que me impidiera buscarla el pensamiento de su pasado. Éste, lo comprobé con asombro, sólo llegaba a

inspirarme un blando horror, perfumado por la lejanía. Igual que la noticia de un naufragio, en una vieja botella, a un solitario guardián de faro. ¿Qué otra cosa éramos, además, nosotros aquí, los de la Rocca, cada uno de nosotros, si no un farero olvidado por los hombres sobre un escollo de Mala Esperanza? No habían transcurrido muchos meses, pocos para ser preciso, pero ya, tanto de los monstruos de la guerra como de la nueva ansiedad de vida que espumeaba en torno a nosotros, un canal de aguas muertas nos había separado para siempre. E inútilmente a la alegre pelea por el mundo que renacía —aquel hervidero de esperanzas y certidumbres en el que tantos pensarían después como en la estación más plena de su vida— nos convocaban arrojando estrepitosamente libros y periódicos sobre las sábanas: el rey de nuestras barajas era más auténtico que el jovencito Humberto en busca de votos, llegado hasta allí a estrecharnos con atemorizado coraje la mano, algún día antes del dos de junio. No existía héroe de ningún tipo en nuestros discursos, a no ser un homúnculo llamado Robic, que escalaba, bailando sobre los pedales, las pendientes del Tourmalet. Debo confesarlo: mortificados tanto los odios como los entusiasmos por el horóscopo irrefutable de mi respiración, otra cosa y no sus culpas me turbaba al pensar en Marta. Era, más bien, la incertidumbre de si creer en la visión de ligereza y vigor que me había dejado en los ojos, pese a todo, la noche del baile o en las palabras desesperanzadas escuchadas en el jardín, que parecían excluirla de cualquier práctica amorosa. Palabras de las cuales, por soberbia o por miedo, no me atrevía a pedir confirmación a nadie capaz de dárme la.

Hasta que un día, en la Sala de Rayos, el azar me empujó a saber. Acababa de vestirme y permanecía con los demás, una manada de tórax macilentos encima del banco, cuando he aquí que de fuera reclamaron a Vasquez, que dejó sin custodia el cuartito de revelado, con todas las urnas de cristal al alcance de mis manos. Escudriñé en su interior sin titubear, seguía disfrutando a los ojos de todos de algún derecho suplementario, no se habían dado cuenta de que el Flaco había dejado de distinguirme con sus favores; y en cualquier caso no habrían dicho nada, cual una masonería de forzados. Los centenares de radiografías estaban a la vista, con los nombres escritos por orden alfabético en el exterior de cada sobre. Me apresuré a elegir dos.

Cuando volví a mi habitación, las levanté contra la luz. Hábil como había llegado a ser en descifrar las más mínimas apostillas del mal, bastó una mirada para horrorizarme.

Aquel mediodía no bajé al refectorio sino que me arrojé de bruces sobre la cama para comparar prolongadamente, emparejados sobre la misma almohada, mis abscesos y los suyos, y para medir, como un geógrafo de Escandinavia, cada sinuosidad y cada laguna en cualquier lugar donde sintiera latir una ráfaga más negra y venida de más lejos. Pero mientras estaba absorto de este modo en celebrar, no sin una funesta delicia, aquella cópula de larvas entre nosotros, y un grito de misericordia me henchía inútilmente los labios, la voz del padre Vittorio detrás de la puerta: «*Mister Livingstone, I suppose?*», me golpeó en la espalda como una pedrada.

Era absolutamente inhabitual una visita en una hora de piedra como la de la siesta, y la fingida desenvoltura de su entrada no auguraba nada bueno. Era imposible dejar de ver que el fraile sufría, pero simulé no darme cuenta de ello, eludí de algún modo las exigencias de su mirada, y esperé. Llevaba en la mano un libro, con el dedo medio dentro, a modo de punto. Se sentó en el borde de la cama, y permaneció largo rato así.

—He intentado rezar —comenzó a decir— pero se me ha quedado en la garganta un sabor de hiel. Tal vez ya no sé rezar solo.

Llegaba en pésimo momento y me irritó.

—¡La oración! —exclamé—. ¡Tu caliente cubil, el portal donde protegerte cuando cambia el tiempo! Me repugna este Dios con el que te revistes como un pesado suéter sobre nuestras pleuras de papel de seda. A mí siempre me ha gustado mojarme.

Sonrió.

—Será por eso por lo que has terminado entre nosotros.

Y añadió apresuradamente:

—Ayúdame. Sálvate. Salvándote me salvarás a mí. Y no permanezcas demasiado tiempo bajo la tormenta.

Abrió el libro, comenzó a leer, luego lo dejó y prosiguió de memoria.

—Igual que los pájaros construyen nidos sobre los árboles para refugiarse en ellos cuando lo necesitan; igual que los ciervos preparan capas de hierba y madrigueras en la espesura en las que se ocultan y amparan, disfrutando así, en el verano, el frescor de la sombra; así, oh, Filotea, nuestros corazones deben tomar y elegir cada día un lugar, en el Monte Calvario, en las llagas de Nuestro Señor, o en algún paraje cerca de Él, para convertirlo en el propio abrigo en cualquier ocasión, y allí alegrarse y recrearse al margen de las cosas del mundo, y construir en él una fortaleza, en defensa de las tentaciones. Dichosa el alma que pueda decir en verdad a Nuestro Señor: Tú eres mi albergue y mi segura trinchera, Tú el techo contra la lluvia, la sombra contra la canícula.

Yo apenas lo escuchaba. Marta, alguien seguía diciéndome al oído, Marta. Y sobre la almohada aquella desplegada constelación de fiordos y de líquenes, aquella galaxia de medusas muertas, repetía Marta, se llamaba Marta.

—Los alciones construyen sus nidos en forma de bola y sólo dejan en ellos una pequeña hendidura, en la parte superior; los depositan en la playa del mar, y los hacen tan sólidos e impermeables que, aun cuando sean sorprendidos por las olas, no se dejan penetrar por el agua; al contrario, estando siempre a flote, permanecen en medio del mar, sobre el mar y dueños del mar. Así debe ser tu corazón...

Se interrumpió, abandonó el libro.

—Así debe ser tu corazón —repitió dos veces, y parecía decírselo a sí mismo—. Tiempo atrás yo amaba estas palabras.

Luego, estremeciéndose:

—No, Dios no sólo es, como temes, una casa de paz. Es también un depredador, un lebrél celeste que nos persigue y nos domina y nos ama.

—Extraño amor —repliqué, mientras iba enrollando ostentosamente los mapas robados, para alejármelos de la vista y arrinconar por un momento en la oscuridad las miserias y los aullidos—. Yo estaba en la nada, infinitamente nulo y tranquilo... Mis textos le acusan de eso.

—Por amor te ha extraído de la nada —dijo quedo.

Y yo:

—De Sí, no de mí. O bien por cansancio de Su propia impecable soledad...

Ahora intercambiábamos estas frases sin ninguna cólera, sino más bien con un afecto en la voz, como adversarios que saben, cada cual por su cuenta, que sólo llevan razón a medias.

—Al crearnos se ha comprometido —proseguí, copiando no sin malestar un argumento del viejo—. Y, en fin..., si el Suyo sólo hubiera sido un conato amoroso, si consiguiera imaginármelo inclinado, con lágrimas y compasión, sobre la inmensa errata del universo, dispuesto a borrarlo todo para probar de nuevo otra vez...

Vittorio me cogió del brazo. Jamás olvidaría la precoz canicie de su barba, que los labios, al moverse, hacían temblar, ni podría sacarme la espina del remordimiento por no haberle sabido inventar el yo que esperaba.

—¿Le perdonarías? ¿Eso es lo que quieres decir? —dijo—. ¿Te atreves a decir eso? ¿No entiendes que en el crear consiste precisamente la belleza de Su muerte, el escándalo de Su muerte, la estupenda ironía de Su morir? Para que tú te hagas Él, Él consiente cada día en hacerse tú, en que muera cada día en ti la propia infectada divinidad. Puesto que la creación se produce cada día, entiendes, al igual que Su muerte, Jesús estará agonizando hasta el fin del mundo...

Su celo confuso me conmovió. Y sólo con el objetivo de provocarle para que siguiera hablando murmuré:

—Palabras, Pascal de seminario...

Y él:

—Pobre amigo. Tú eres quien vive en una telaraña de palabras y te envuelves dentro de ellas, cuando bastaría una sola, pronunciada en silencio, aquí de rodillas, junto a mí. Necesitas sucumbir para vencer. Cerrar los ojos para poder despertarte. Debes perderte en la noche de tu corazón si quieres recuperar la luz. Dios no es el asesino que tú imaginas. Tú supones que lo persigues, te empeñas en leer a cuatro patas, como los detectives de las novelas, las oscuras pistas de su fuga, interrogas las huellas de sus índices uncidos. Mientras que es Él quien vela constantemente sobre ti, Su sombra está encima de ti y tú no la descubres, Su aliento te muerde la nuca y tú lo confundes con el viento...

Me ruboricé violentamente apenas se dio cuenta, al cabo de unos minutos, de que ya no le respondería. Cuando volvió a hablar, su tono era de disculpa, inerme:

—No soy feliz —dijo— y me pregunto por qué. Es posible que la consunción que

llevo en la carne me vaya estropeando también el alma. Y cada vez dudo con mayor frecuencia y me asusto y me siento un falso sacerdote. Sin embargo, no grito en contra de Él. Cae la noche, pero yo no sé encontrarlo a mi lado, ni le hablo más que en sueños, con los labios del renegado. Ojalá pudiera sentir como antaño Su herida en el corazón, Su dulcísimo rayo...

Cerré el libro que había dejado abierto sobre la almohada, se lo tendí.

—Mister Stanley —le dije—, usted ha recorrido muchas millas, pero ahora el viaje ha llegado a su fin. Una de estas madrugadas Alguien vendrá del mar, del lado de Sferracavallo. Usted se irá con Él, se lo aseguro, con las sandalias ligeras sobre el agua.

—Quiera el cielo que hables en serio —me dijo.

—Pero no ves que estoy llorando —mentí.



## VIII. EL REGRESO DEL CLANDESTINO

Los días que siguieron a la muerte del fraile fueron de fuego. Y yo, aunque en muchos aspectos nos parezcamos, no consigo amar el verano. Es un tiempo de úlceras y quemaduras, colérico, presuntuoso; el tiempo que más daña a quien siente aproximarse el final y preferiría moverse en la penumbra de los decentes, cómplices y solidarios entendimientos, con un orden en los pensamientos, y la sangre, finalmente, en paz. Mientras que, aquel verano, no había brida que contuviera mi sangre, y la sentía latir en las venas con un ritmo incorrecto, unas veces furioso y otras lánguido, de la misma manera que cuando te haces adolescente y te gusta espiar, con un dedo en la carótida, sus misteriosas mareas. Así pues, una nueva pubertad, más difícil que la primera, me había sorprendido, o ¿qué significaban, si no, aquellos redobles de tambor desde los cuales se esparcía sobre cada uno de mis despertares un familiar hedor de juicio final? Las horas corrían sobre el cuadrante, granos de lenta e insostenible luz. Esperé inútilmente un obstáculo en el camino de las estrellas. Demasiado límpido se destacaba el azul sobre las gárgolas de la Rocca, con un halcón solitario debajo, y no había ningún escudo de nubes que desviara el advenimiento del día de Dios. Porque hay un día en la isla, sólo uno, un día de julio, que se destaca de los restantes y ya no se olvida. Los otros eran únicamente verano, el belvedere color caqui de que tratan las postales. Pero éste es una rabia de Dios, el ejemplo de una estación que no existe.

Comienza con las primeras claridades del alba y a través del sueño se oye cómo los perros se lamentan en los olivares. Luego el sol desemboca de los tejados, chorreante yema de huevo, horrible menstruación del cielo. El soplo que nace de él ni siquiera provoca el sudor, sino que aprieta el corazón dentro de un puño, empuja a las golondrinas a estrellarse contra los campos de lava, por todas partes reverbera, y las engaña, una inexistente palpitación de agua. Y así la una, las dos. Ahora gorgotea lentamente y se apaga la cola de viento que se había alzado del mar, sembrando de arena africana cada uno de los pliegues de la piel y del suelo; junto a los pozos están secos los áridos agujeros donde se acovacha la víbora, en los dinteles duermen los pobres, y parecen muertos, con una venda oscura puesta sobre los párpados.

En la Rocca no fue diferente, claro. Y el alcalde de Caccamo, que desde un periódico imploraba ayuda contra una plaga de langostas, no tardó en parecer un faraón aterrorizado. Pero:

—Es el *ghibli* de Túnez —le quitaban importancia las monjas, valerosas en sus tocas de lana, pasando entre cama y cama para poner un pañuelo empapado en las sienes de los más afectados—. Se calmará, ya veréis. Mañana estaremos mejor.

Los enfermos asentían, qué remedio. Pero los que no tenían fiebre bajaban al

jardín sin pedir permiso a nadie: consumidos, con el torso desnudo, por una desobediencia o error de vaya usted a saber quién, avanzaban jadeando en medio de la zumbante calígne. Idénticos, sin duda, a los demás del año anterior y de los años futuros: la misma urgencia superflua de los gestos, los estupores de alguno, estúpido o joven, y aquellos exabruptos de reclutas asediados en un fortín sin agua, que se exhiben sobre las almenas y gritan, mientras el enemigo debajo de las palmeras se ríe de ellos, y ni siquiera dispara.

En cuanto a mí, ¿de qué serviría imitarles? Mejor procurar obligarse a un descanso de los sentimientos, a una especie de flema o miopía, frente a tanta enemistad del tiempo, y a la injuria de aquellas muertes que el calor dibujaba de antemano, aguzando las mandíbulas hasta que parecieran bocetos de cráneos. Así que me quedé en cama, aquel día y los siguientes, desnudo bajo la sábana, y con los ojos cerrados las más de las veces, pero otras contemplando las fotos de actores pegadas a la pared de enfrente y fantaseando historias entre ellos, mentiras que hacían saltar las lágrimas, tan inverosímiles como las mías. Ya que no cabe duda de que mi historia era un cuento de aquellos de «érase una vez», bastaba dormirse para dejar de creer en él y restablecer la equidad de la vida, al otro lado del telón. Sí, ahí estaba el secreto: escapar dentro del sueño y alojarse en él, anidar dentro de él, como quien se pone un jersey viejo. Que permanecieran fuera los demás, así como su salud, sus encías rojas, los pasos que van no se sabe adónde y quieren no se sabe qué. Y que dejara de una vez el corazón de percutir como un martillo, el metrónomo de la gota de torturar, en el lavabo, al zángano caído patas arriba del marco de porcelana. En suma, ¿qué quieren los demás?; la luz, ¿qué quiere? Yo tengo mi pared, ahí enfrente, con una mentira pintada. Y mis sueños de oro de ley, antes de cerrar los ojos. Y el sueño, finalmente: sepulcro profanado, placenta de madre antigua, nave solar para irme como un rey.

No era cierto. O al menos ya no lo era. Desde el momento en que aquella muchacha me había anunciado su existencia, que ocupaba una irrisoria concavidad de aire en medio de nosotros, a pocos metros de mis brazos. Ella, con los hoyuelos de la risa, y la tos, y las valvas secretas del sexo debajo de la corteza de la túnica infantil. Una excluida, un alma perdida: justo la socia que me convenía. Una socia, sí. Porque, en contra de cualquier creencia y realidad, yo me obstinaba en presumir que había firmado tácitamente un pacto con ella, y que poseía una paga y señal en la radiografía robada que conservaba debajo de la almohada. Me bastaba acariciarla con un dedo, por la noche, y experimentaba un agridulce retorcimiento de los nervios, como le produce a algunas personas la seda de un paraguas, si le roza por casualidad el pelo. Hasta el punto de que aquel tenue celuloide, contra el cual se había apretado con fuerza su pecho, más que seguir pareciéndome, como al inicio, la telaraña tejida por una tarántula oscura, se había ido transformando, no menos que un guante o un botín, en una especie de inaudito fetiche amoroso...

Esto no duró mucho tiempo, mis defensas naturales se despertaron; y al temor del ridículo, y a los abrojos de todo tipo que me alejaban de la mujer, se añadió, y venció, el temor de cuán pronto se rompería un vínculo cuyos dos cabos estaban sostenidos por unas manos de tan pobre y débil presa. Me acordé de una película de muchos años atrás, de la graciosa quejumbrosidad de su título: *Amantes sin mañana*. Vi de nuevo a los dos en el puente de un transatlántico: él, William Powell, un villano elegante al que espera la silla eléctrica al término de la travesía; Kay Francis, ella, desahuciada por los médicos, que cada noche, para olvidarlo, luce unas pieles más hermosas. Se encuentran, y cada uno de ellos sabe la condena del otro, pero finge ignorarla. Y bailan juntos en un gran salón desierto, y se dicen cosas bajo la luna... ¡Fáciles mis lágrimas de muchacho, altiva y tierna Kay! ¿Quién iba a pensar que podía tocarme a mi vez, a la sombra de los mismos húmedos sauces, bailar una misma danza de amor y de muerte, al son de una desfalleciente pianola?

En un sobresalto de la razón intenté sustraerme a aquella delicuescencia, pedí regresar a casa unos días. No estaba peor de lo habitual, no tosía, me fue concedido.

Salí en el primer tren de la mañana y estaba contento. Volvería a ver a los míos, recuperaría mi habitación, mis libros, los paseos con los amigos, de medianoche a las dos. Con menos basta, en ocasiones, para apartar de la mente a una mujer.

Mi pueblo: ya ni me acordaba de él, o sólo me quedaba en la memoria un chasquido de lonas estrepitosas como velas, y asnos en celo, y una figura de farándula: una muchacha morena, con una rosa. Fue en cambio un lugar sin remisión, comenzando por el pelotón de árboles rígidos en la avenida de la estación, semejantes a fusileros en espera de un pasajero vendado, y terminando por las osamentas de las casas sobre el saliente marino, donde golpeaba la tramontana. «No debería haber vuelto, me he equivocado», me dije apenas descubrí desde la ventanilla, entre dos túneles, su descarnado perfil.

A solas me encontré en el andén, cuando hube descendido del convoy parado, y a solas me encaminé hacia casa, cada vez más convencido, poco a poco, de que, aunque llegaba sin preaviso y hubiera transcurrido tanto tiempo desde mi exilio, quedaban en el pueblo mil enemigos, astutos, atentos, feroces, que me esperaban a la vuelta de una esquina. Bien cierto, mil y mil recuerdos intentaban sorprenderme, disfrazados de mendigos o de sicarios, y no había manera de librarse de ellos. Frente a la puerta de conocido color, mientras mi mano titubeaba, manteniendo en alto un picaporte de hierro oscurecido por el tiempo, helos aquí, primero uno, después otro, luego todos a la vez: desbordante chusma, cuyas voces, suplicando, insultando, se metían por mis oídos, esperando una respuesta que no sabía encontrar.

Después, entre mi padre y yo, toda aquella penosa contienda: yo que no quiero abrazarlo, rozarlo con mis labios nocivos; él que insiste, mientras el mentón se le hunde y en el iris aparece y desaparece una alarma de presa sorprendida. Pero ¿quién es ahora este hombre canoso, menudo, con una camiseta lisa colgada de los garfios de

los omoplatos? ¿Dónde está enterrado, por quién me han sustituido, mi fuliginoso cíclope de risa de trueno? Yo veo a un viejo que tiembla, y repite mi nombre, y me empuja sin fuerzas hacia mi cuarto de estudiante.

—Todo está como antes —murmura—. No hemos tocado nada.

Cierto, cierto, todo estaba como antes, no habían tocado nada: un nido de serpientes, un pozo de terror. Con todas las serpientes en su sitio. Está el calendario de entonces, la guitarra, la cama de hierro. Las tres piedras calizas, esculpidas por el viento, sobre el escritorio que no ha dejado de gemir. En el fondo de un cajón, siempre el mismo, llenos hasta los bordes de una inflexible tinta, sin mirarlos reconozco al tacto mis sublimes cuadernos de cadete de Brienne. Cuánto tiempo he creído en mí, y cuán erróneamente, delante de esta escribanía de falso cuero, junto a esta puertaventana, desde la cual sigue viéndose la misma minúscula plazoleta, un pañuelito de sol deshabitado e inmóvil. Ya no está la menuda acacia que crecía en ella, pero siguen los bancos de enfrente, tan largos como el cuerpo de un adolescente tendido. Aquí, cada noche, dos hermanas gemelas venían riendo a descubrir en un agujero de la corteza el ojo de una lechuza. Al asomarme, ponía en desbandada irremisiblemente sus vestidos de muselina rosa. Una vez les dije palabras de amor. ¿Dónde están ahora, qué torbellino se las ha llevado?

Todas las serpientes estaban en su sitio, y me gustó volver a tocarlas. Empecé a vivir de nuevo en la casa, casi siempre en la cama, como a merced de un vapor de la mente que me prohibía levantarme. Sólo contemplaba aquellos bancos, desde mi lecho, y no leía, no hablaba casi, sólo fumaba muchísimo, otra vez, sin reparos. Había humo en el cuarto, humo, hojas de afeitar usadas, pelos entre las púas del peine. Y una incandescencia que no cambiaba, como en un lago de sal. Pero a mí no me afectaba, estaba demasiado absorbido por una preocupación. Sólo en ocasiones me distraía, desde la calle, una desconsolada voz de mujer que llamaba a un aguador, a un afilador. Oh, hubiera deseado realmente que todo a mi alrededor se desplomara en una barahúnda de polvo, horas, criaturas, palabras: cada instante era un afilado cuchillo de luz al que ofrecía pacientemente las manos. Un tiempo, ésta fue mi tierra, conocía los escondrijos de los tesoros, las profecías de las hierbas, hablaba con una cabra de negras ubres. Ahora ya no me atrevo a caminar con la cabeza desnuda entre tantas murallas enemigas; atravesar sin un vértigo las despobladas explanadas donde se ha producido un milagro o matarán a alguien. Permanezco dentro y no hago nada, sólo me lavo muchísimo, pero no sirve de nada; el cuerpo no para de ensuciarse, inmediatamente, siento que se me pega a lo largo de la piel una pátina de posos y se me apelmaza el pelo, detrás de la semiluna pálida de la uña crece una mancha negra minuto a minuto, sin motivo. Cuán difícil es estar muerto entre los vivos: vivir se ha convertido en un abstruso juego de niños, y a mí me toca aprenderlo de mayor.

Me desenterraron los amigos, finalmente, enterados de mi regreso. Hablamos, no tardaron en despreciarme. Despreciaron mi voz, las evasiones de mis ojos, los

recuerdos de mis manos: manos que venían de la muerte, manos soberbias, ricas de un capital que, sin envidiarlo, no sabían perdonarme. En ocasiones me acusaban: «Qué has hecho con estas manos, por qué permaneces encerrado todo el día, cuánto has cambiado». O bien: «¿Por qué no contestas cuando te hablamos, por qué no vienes a la sección esta tarde, por qué no vienes de serenata esta noche?».

Dejé de verlos, los cambié por una banda de jóvenes ladrones, por un dulcísimo borracho, con ellos me gustaba sentarme en las escaleras del muelle, al amparo de las mangueras que cada dos horas inundaban inútilmente los adoquines de la plaza. Fueron éstas mis compañías, en el pueblo, especialmente de noche, y no es que me gustaran cada noche, pero no podía estar hablando siempre conmigo mismo, en mi habitación. Me faltaba además la mujer, una con la que dormir, murmurándole cosas entre los racimos de las tetas.

Salía al alba a buscarla, cansado de la noche como de una batalla librada para nada. Me adentraba a grandes pasos por las calles, sintiendo con un rechazo del estómago nacer en los hornos todavía iluminados el hedor del pan caliente, reconociendo en cada esquina, por su ladrido de perro fiel, por la fetidez de su sudor, mi viejo miedo dándome los buenos días. Acababa en el barrio de Santa Venera, en callejuelas sin salida, donde, surgiendo de un bosque de ropa tendida, mi cara de desconocido provocaba aquí la curiosidad de una puerta, allí la de otra, se convertía en la fiesta del día.

Pero una mañana no salí, esperé a Cristina, la sirvienta de cuarenta años, fea, que ayudaba en casa y me limpiaba la habitación. Aguardé, con un escalofrío que no sabía reprimir, su paso detrás de la puerta, me mantuve torpemente a su lado mientras hacía la cama, la tocaba con cualquier excusa. Ella me miraba asombrada y contenta, sin hablar. De repente le dije que se fuera:

—Vete, vete —le gritaba mientras escapaba—. Lárgate, lárgate de una vez.

Ella escapaba, llorando, y no comprendía, no consiguió abrir, se quedó ante la puerta con la mano turbada sobre el pomo, y los hombros estrechos y enjutos temblando, hasta que fui detrás de ella, la obligué a volverse, a echarse sobre el suelo, le tapé la cara con la falda, como si fuera un babero.

Más tarde me asomé a respirar el cielo de fuera, veía pasar aves marinas por una rendija entre los listones, bastó su grito sobre mi cabeza para hacerme florecer en el corazón un sollozo de tormenta abortada, absurdo gemido de niño que se revuelve en sueños.

Era como un turno de guardia, entre barreras de enemigos que esperan, cuando los ojos pesan, pero uno sabe que si los cierra es el final, aunque la luna se disuelva en torno, hecha polvo de luz, en una móvil niebla en la que el cuerpo quisiera sumergirse amorosamente.

—Basta, basta —dije en voz alta—. Tengo que volver a la Rocca, mi sitio no está aquí.

## IX. SOPRANO Y TENOR

Decir, chasqueando los dedos: *Go, Stop*, cuando un ascensor está a punto de arrancar o de detenerse, y yo estoy solo en la cabina; dirigir con ambas manos la entrada de una orquesta invisible que se escucha delante de la radio... son debilidades que tengo desde la infancia, siempre me ha gustado, por broma o revancha, simular que conduzco a quien me arrastra. Y ahora en cambio, devuelto a la Rocca, ¡qué sensación de delegación total y de irresponsabilidad feliz me había invadido! Se trataba tal vez, a imitación del tiempo que poco a poco iba refrescando, de una necesidad de suavizar de algún modo las quemaduras a las que en las últimas semanas había expuesto, sin darme cuenta, mente y sentidos. Es cierto que ahora me atraía cualquier atalaya desde la cual se pudiera observar pasivamente el desbarajuste del mundo y reírme y llorar con medida, como corresponde cuando se acompaña la risa y las lágrimas de los demás. Ya no pensaba en el futuro ni en gobernar sus intrigas en la fantasía. O bien eso era un cielo cerrado sobre mi cabeza por una cremallera atascada; un disco que no avanza y repite bajo la aguja la misma respuesta inerte. En cuanto a Marta, me bastaba con saberla a dos pasos, ya volveríamos a hablar de ella mañana, de acuerdo con los sobresaltos de mi terciana de amor. Más hermoso era, por ahora, seguir reposando detrás de la balaustrada de la galería, en la mecedora que había heredado del fraile, contemplando en el jardín los trabajos del jardinero o los juegos que los niños enfermos improvisaban debajo de una planta.

A ellos les gustaba sobre todo jugar en las horas prohibidas, aquellas que de acuerdo con la legislación del lugar debían ser destinadas al ocio en las salas: impuesto allí como en otras partes el trabajo (pero «cómo conseguirlo» suspiraba sor Casimira, buscando mi alianza con una sonrisa de toda la prótesis, en la cual insinuaba vanamente la indulgencia de una madre carnal).

Los chiquillos, por su parte, desde el momento en que se habían dado cuenta confusamente de que vivían en el reverso de la vida, y de que en el cuerpo sólo poseían un criado torcido e infiel, habían pensado en inventar un juego en el que importara correr poco y sin vehemencia, una especie de desfile y gavota angelical, que bailaban cogiéndose de la mano, casi inmóviles, en torno a los troncos de los pinos umbelíferos. Sin embargo, incluso así, alguno de ellos no tardaba en cansarse, se soltaba de las manos de los demás, iba a echarse aparte. Al final se rendían todos, y juntos, en voz baja, hablaban de misterios.

Así les observaba desde arriba, un tiempo después de mi regreso, esforzándome por reconocer en medio de tantas la figurita de Adelmo, aunque fuera la suya la voz que de vez en cuando me enviaba un sonido agudo, no diferente del chillido de una golondrina en un corro de hojas. Pensaba confiarle la carta que había escrito a la mujer la noche antes, en una cavilación de insomnio, para romper el armisticio y

provocarla. No hubiera podido procurarme un mensajero más cómodo, habiéndosele dado ya bula, y no hay ni que preguntarse por qué, para corretear por donde más le pluguiera, desde la clausura de las monjas hasta la celda de la cámara fúnebre, entre madre selvas y laureles, al fondo de la avenida central.

Le entusiasmó una misión tan furtiva, poder interpretar el papel de conjurado al lado de un adulto. Tampoco, por otra parte, eran tan frecuentes en la Rocca las ocasiones de desobedecer una norma para un niño desahuciado ¡al que ya nadie prohibía nada!

Se encaminó pues con el puño apretado en el bolsillo, donde había sumergido religiosamente el sobre, pronto a engullirlo y comérselo si un piel roja o un guardia del cardenal, como prometían los libros que leía, le pillaba de sorpresa y le torturaba para apoderarse de él.

Cuando regresó, y regresó casi inmediatamente, comenzó a revolotear el brazo desde lejos, haciéndome casi sonrojar, ahora que el coronel, con las cintitas de las condecoraciones de las campañas extravagantemente cosidas en las solapas del pijama, había operado una salida de su cámara, y lo oía toser rítmicamente detrás de mí, riguroso como una máquina.

Fue después, mientras los demás se habían instalado con los naipes en los cuatro lados de una mesa, cuando pude apartarme a leer, al pie de mis grandiosas palabras, las dos líneas de la respuesta. Decían: *«Gracias, pero qué carta de antes de la guerra. Domingo bajo a la ciudad, en el primer tranvía de la tarde. Iremos al cine, si quieres»*.

Al cine no fuimos. En la entrada del cine Biondo, cuando ya estábamos bajo la cúpula, nos disuadió un requerimiento, gritado a nuestras espaldas por un megáfono, desde un jeep a paso de hombre. Sería el primer mitin de nuestra vida, y Piazza Castelnuovo no quedaba lejos. Allí nos encaminamos pues, cogidos del brazo, en la actitud de dos jóvenes esposos, deteniéndonos sólo de vez en cuando, más para vernos juntos en los escaparates de los joyeros que para anhelar sus inservibles magnificencias.

Me mortificó descubrir, junto a sus modales de ciudadana, las rudezas de mi rostro y de mi ropa. Y sin embargo me encantaba contemplar con qué noble y operístico garbo, reflejándose en el cristal, se engarzaba en la cavidad exacta de una panoplia de gemas el enjuto talle de su cuello, surgiendo de la golilla de puntillas, fuera de la blusa desabotonada a medias. La voz, luego... Y las continentales malicias, el no sé qué del gesto que enriquecía, como una lámina de oro, el recuerdo almizclado de las antiguas veladas de gala, de los damascos, de los abanicos, de las Isolebelle sobre el lago...

Me hubiera intimidado hasta la parálisis, de no haber percibido de vez en cuando una arruga, plebeya y ávida, que le desfiguraba la boca y me permitía suponer una connivencia con mis sentidos alertados. Aunque luego llegara una posterior

reverberación de indecisión sobre el personaje, complicando su comportamiento en una comedia interminable de equívocos y estratagemas. Yo no decía casi nada, frente a las visiones tumultuosas y diferentes que ella me iba ofreciendo: a veces, con la presión sobre mi mano de su mano, una pluma de paloma algo acalorada por la fiebre; otras, con la melaza de las palabras y la gesticulación vistosa, de farandulera; pero sobre todo a través del temor en los ojos cada vez que la miraba.

Titubeando pues entre desconfianza y pasión, caminaba con ella entre la multitud. Orgullosa, también: puesto que llevaba, finalmente, una mujer conmigo, que me hablaba, a la que hablaba. Y tanto peor para la queda voz que desde un escondite en el fondo de mi interior preguntaba monótonamente: «¿Hasta cuándo?».

Escuchamos sólo durante un momento al abogadillo con gafas y camisa que peroraba en torno al futuro del mundo encima de un mar de gorras atentas. Aunque llegaban a conmover, junto al luto de las indumentarias, el flamear de las banderas a los pies del podio, y las caras sudorosas, desnudas y graves, y todo aquel vistoso fervor de mentes niñas que se sentían crecer. A mí, para mi instrucción, sin duda, pero mucho más por remordimiento, me hubiera gustado quedarme, olisquear durante más rato aquella magnificencia cochambrosa e ingenua, una fuerza de la tierra que me halagaba creer que llegaría a salvarse. Pero ella no quiso, seguía pensando en la deformación de sí misma vislumbrada en el espejo un poco antes, en aquella pizca de hueso y carne marcada de la que sus ojos estaban ansiosos de renegar.

—No soy yo, digamos que es mi hermana perversa —se disculpó, mirándome de abajo arriba, y dirigiendo inmediatamente después la mirada a otro lugar, como aquella noche en el camerino, después del espectáculo.

Luego añadió:

—Al conversar conmigo, no utilices esa cara. Sírvete de esta otra.

Y sacó del bolso, y me mostró, una foto en la que contenta, semidesnuda, con un muslo sucio de arena, sonreía a nadie, mirando ante sí.

—Así era —precisó—. Así de hermosa. Con mi sonrisa del cuarenta y dos. Mi mejor año.

—La prefiero envejecida. Como es ahora —manifesté heroicamente, y para dar tintes de verdad a las palabras declamé de inmediato—: La enfermedad confiere a los rostros un presentimiento, una luz que falta en las mejillas de los sanos; un enfermo no es menos hermoso que un santo.

Me embrollé, me corregí apresuradamente:

—Oh, claro que preferiría prescindir de esto, estar bien, ser contigo una pareja cualquiera, en un banco de la Favorita...

—Esto no es posible —dijo ella, moviendo apenas los hombros.

Y yo:

—En tal caso intentemos dar un sentido a nuestra sentencia.

—¿Un sentido? —exclamó—. ¿Un sentido a una violencia? Yo sólo sé que sufro



una violencia que peor no hay. Tenía una vida, un rostro. Me quitan éste y aquélla. Mi rostro era mi juguete favorito. Y jugaba con los cabellos, con los coloretes. Incluso ahora me paso horas maquillándolo, aunque ya no lo sienta como mío, sino de una que me quiere mal, como a los trece años, cuando me vino la sangre por vez primera, qué historia de hemorragias mi historia... Me lo maquillo, cómo no, y me siento en la galería, a contemplar, más allá de la verja del parque, la carretera por donde pasan hombres. Si tú vieras, en mi armario, cuántos trajes de noche, que tiendo sobre la cama cuando estoy sola. Flácidas armaduras vacías en las que se oye a veces crujir el espectro de la Marta que las habitó.

—No —insistí—. Me gustas más como eres. Con este rosa en los pómulos, tan auténtico que parece falso. Un rosa de *primadonna*, Violetta o Mimì; un rosa de teatro de ópera. —Y la miré intencionadamente.

Se rió.

—Qué mente tortuosa tienes. Sí, he estado en la Scala. Pero no cantaba, bailaba. Comencé de niña, delante de un espejo que abarcaba todo mi cuerpo. Me ayudaba con un gramófono de bocina. La canción se llamaba *Missouri waltz*...

Tarareó suavemente el tema. Luego, inopinadamente, sobre la acera donde estábamos inmóviles intercambiando estas frases, describió una pirueta sobre sí misma, un elegantísimo torbellino que le descubrió un poco las rodillas y suscitó en los transeúntes próximos un gesto que no entendí si era de deseo o de hilaridad.

Yo estaba desconcertado.

—Vamos, vamos —la reprendí—, no busques aplausos también aquí.

—¿Qué dices? —exclamó ella—. Sólo es un impulso para gustar, que sigue bullendo dentro de mí como la cola de una gata caprichosa. Nosotras, las mujeres, muchas veces somos así: narcisas y coquetas. Piensa —y me puso la mano en el brazo— que hasta sor Crocifissa, la más anciana de nuestras guardianas, quiso que le prestara una noche un jersey de cuatro cuartos, rojo cereza, con la excusa de estudiar sus puntos y sus nudos (ella hace media, en los turnos de reposo). Pues bien, después la vi meterse a escondidas en el baño y permanecer encerrada en él durante dos horas. Para probárselo, claro. Una monja de sesenta años con más arrugas que un elefante.

Se calló un instante para cruzar la calle.

—A mí siempre me ha gustado disfrazarme y mentir —me informó lealmente—. Todo lo que contiene una hipocresía me seduce.

Y añadió algo más, pero en voz tan baja que me obligó a adivinar las palabras que perdía o a pedirle a cada momento, no sin embarazo, que las repitiera. Cuando se dio cuenta:

—En parte es por culpa de esto —y se señaló el pecho con el pulgar—, de este fuelle estropeado. Pero también es un vicio de la adolescencia que adquirí a fuerza de hablar a solas, en susurros, delante de la caseta de guardabarreras donde vivía, mientras esperaba los trenes, de noche. Era como huérfana, los míos vivían al otro lado del mar, yo habitaba con un pariente viudo y anciano, que, cuando bebía, me

tocaba tímidamente. Luego yo lo metía en la cama, y hacía la guardia en su lugar, en las barreras del paso a nivel.

—¿Dónde era? —pregunté.

Vaciló un instante, el tiempo suficiente para hacerme sospechar que se disponía a borrar una huella.

—Al otro lado del Po —dijo después vagamente, y prosiguió a continuación—: Para no dejarme vencer por el sueño, me hablaba ininterrumpidamente, me contaba a mí misma un cuento que ya sabía, o inventaba otro nuevo, hasta que me faltaban los nombres y las palabras. Si cierro los ojos, vuelvo a oír los rumores de entonces, grillos, hojas al viento, pitidos de convoyes lejanos, toda una nana, no he tenido otra, para acunar mi júbilo de estar sola y de ser reina de una noche tan larga. Otras veces, de día, pasaba las horas echada a los pies del terraplén, en una cuneta mía, entre la hierba, a lo largo de la vía férrea, jugando con la tierra y con sus habitantes, ¿te lo imaginas?, hormigas, amapolas, latas vacías caídas de un vagón de tercera clase y llegadas hasta allí, inmóviles ahora, sólo cadáveres de cosas. Una vez, en un trozo de periódico vi el retrato de un tipo con ojos de salvaje y me enamoré de él, si aquello se llamaba amor. Me hubiera gustado irme una mañana en uno de aquellos trenes, a la ventura. Sabía que más allá de los montes había un jardín con una rotonda donde él me esperaba, y llevaba espuelas de húsar y una fusta en la mano. Lo soñaba también, y no eran sueños hermosos. Moría más de una vez en aquellos sueños, con los tobillos y las muñecas atados a los barrotes de la cama, sucia, pisoteada por grandes zuecos, como la hierba a lo largo de las vías, yo con mi vientrecito blanco, mi perversa virginidad de niña...

Marta hablaba y hablaba, pero yo no adelantaba un paso hacia el corazón de la nebulosa que era ella. O bien, si por un instante me parecía entender, retrocedía inmediatamente como frente a una trampa. Aquellas palabras viscosas, aliñadas con una emponzoñada dulzura, me parecían, eran realmente, señales y migajas de Pulgarcito, sembradas adrede en las encrucijadas de un laberinto. ¿Para desorientarme? ¿Para ayudarme? Recordé algo que había oído a un asistente mío, veterano de África, respecto a ciertos ríos de allí que desaparecen de repente en la arena y renacen donde les parece, ríos sin orígenes, sin desembocadura... Sí, también ella era un *uadi*, Marta, un simulacro de mujer, tan alejada de mí como una muñeca sin ojos, y sin embargo el único ser que me quedaba en mi deshabitado universo.

Ahora ella se había colgado con más fuerza de mi brazo, mientras con la mano libre columpiaba arriba y abajo, siguiendo el uno dos tres de una canción que canturreaba en voz baja, un bolso recamado con rombos. Desenvoltura de colegiala, espectáculo inventado para simular una vida auténtica, pensé. Y mientras tanto encaminaba nuestros pasos, mediante giros astutos y aparentemente fortuitos, hacia el mar y Santa Zita, el barrio más bombardeado, donde la sombra de las ruinas sería más propicia a nuestras efusiones, que presentía inminentes, si podía interpretarse como deseo, tal como yo hacía, su provocativa manera de apretarse contra mí. No me

equivocaba: al adentrarnos por la vía Squarcialupo, apenas nos hubo sorprendido un insólito montón de escombros —de un edificio de cuatro pisos, con la fachada descarnada y los interiores a la vista—, Marta se soltó de mi brazo, caminó sola y decidida hacia un resto de muro, apoyó en él la espalda y me ordenó en silencio que la besara.

Bebí, antes que sus labios, el tufo y el olor de su morbo, lo acogí dentro de mis pulmones con un júbilo y un grito silencioso, el mismo que acompaña, mientras cae, el puño del matricida. Y una voluntad de destruir, impía y alegre, me hormigueaba en las manos, mientras buscaba los salientes y las flacas dunas de sus miembros. La oía abrasarse y gemir contra mí. Como una gavilla que se consume sin llamas, por un fuego interior, y se retuerce humanamente en el aire.

Nos estremeció una carcajada, seguida de una avalancha de obscenidades y de gritos. Abrimos los ojos y los alzamos, y sobre los cascotes del edificio, donde antes no habíamos visto a nadie, a horcajadas sobre las pocas vigas respetadas por los hundimientos, se nos apareció una turba de miserables y sin embargo cordiales presencias: niños, alcahuetas, ancianos, un soldado solitario. Y nos invitaban riendo a unirnos a ellos, había una alcoba sobre nuestras cabezas. Escapamos, caminamos sin rumbo, nos evadimos en un taxi del ovillo de callejuelas, evitando, nunca se sabe, lo que quedaba del Palazzo Sclàfani, con su fresco que hablaba de nosotros, si había sobrevivido a las bombas, con la amazona desnarigada, armada con flechas, triunfalmente galopante sobre una hecatombe de famosos y de desconocidos.

Al atardecer, junto al mar, sentada frente a un helado, dominando dificultosamente con la voz las ráfagas de una orquestina, Marta volvió a hablar.

—Sabes, después encontré a aquel hombre.

Me pidió un cigarrillo, no me atreví a negárselo, ambos comenzamos a fumar con amplias bocanadas, entre un acceso y otro de tos, como si cada inhalación fuera un ultimátum de los carbonarios al tirano. Ella me tocó el brazo, me rozó el brazo con un dedo, del codo a la muñeca.

—Recuerdo su brazo moreno, un verano como éste, en una barca. Se mece adelante y atrás, frente a mis ojos, acompañando un ramo que no veo. Yo soy hermosa, delgada, limpia; estoy recostada en la quilla de la canoa, pero con los pies en la estela de la corriente. Contemplo una nube encima de mí, y ese brazo que se acerca y que se aleja. No sé dónde estamos ni adónde vamos, pero el lago es bueno en torno a mis talones, un animal con mil dedos buenos que me acaricia. Llevo un traje negro, con un áncora de hilo dorado en el pecho. Y él me llama Garance...

Se interrumpió.

—Pero quién eres tú, quién sabe por qué te cuento esto, ni siquiera sé cómo te llamas.

Y añadió inmediatamente, balbuceando un poco y protegiéndose con una mano la cara contra un golpe imaginario:

—No importa, discúlpame, si es verdad que debemos morir.

Una chiquilla que hace muecas ante el espejo, no era otra cosa.

—Pero ¿es cierto, por otra parte, que debemos morir? —preguntó, y me miraba como si un velillo de gasa se hubiera interpuesto entre nosotros—. Yo no siempre lo creo —se contestó a sí misma—, especialmente de noche, antes de dormirme, cuando me reconcilio con el mundo y lo saludo: buenas noches, trajes, sillas, manchas en la pared; buenas noches, todas las cosas. Sé que en ese momento estoy a salvo, sé que mañana despertaré, infaliblemente, con los pulmones nuevos, limpios, sin los gusanos que me habéis metido dentro para comerme.

Sonrió, y yo sonreí con ella, me sentí atrapado por un acceso de intrépido y fulminante amor hacia ella, tanto que poco faltó para que me arrodillara sobre la tarima del baile, para darle las gracias por aquella belleza de arabesco y de falsete que ella, sin temor al ridículo, conseguía seguir dando, en el antepecho de la oscuridad, a las lamentaciones de su personaje. Mientras que yo... Pero yo había leído más libros que días vivido, en mi tan fugitivo, tan ineficaz paso a lo largo de los caminos de los hombres.

—Lo amaba, quién sabe si lo amaba —gorjeó ahora, y tenía en la voz espejismos y mohínes, como seguía dictándole la antigua costumbre de fascinar.

»Era un rey, y ya no existe. Con frecuencia por la mañana juego a un juego. Voy a la ventana y, mientras me arreglo las manos, le espero. Cuento hasta cincuenta, hasta cien. Él no acude y yo comienzo de nuevo. Al final me canso, y no obstante me digo: vendrá mañana. Aunque sé que es un juego, y que no vendrá. Algunas veces, sin embargo, se me ocurre una idea tonta y hermosa, contemplando la noche sobre mi cabeza. Pienso que si alguien pudiera correr más deprisa que la luz y adelantarla y detenerse a esperarla en alguna estación de la estrella, vería repetirse por entero todo el pergamino del pasado. Me consuela pensar que en un rayo que todavía no ha llegado está él que me besa y me habla, y que alguien encima del cielo todavía no sabe que ha muerto.

Era tarde, debíamos regresar. Sentados uno junto al otro, en el tranvía, acordamos sin decírnoslo que fingiríamos ser dos desconocidos. Pero cuando, en la parada, en el momento de llamar conjuntamente a la puerta de la Rocca, percibimos que nos perseguía a nuestras espaldas, aguja compasiva y cruel, la mirada de los pasajeros que seguían el viaje, nos encogimos como adúlteros atrapados in fraganti.

Entonces me dijo de sopetón, riendo:

—Sabes, nada de lo que te he dicho es cierto. Te he contado un recuerdo inventado, te he contado la vida de otra.

## X. SEBASTIANO: UN INTERMEDIO

Había prometido ir a verle los días de visita bajo la apariencia de falsa pariente, pero ya no volvimos a ver a la Adele desde que le dieron el alta y se fue a vivir del mercado negro —leche en polvo UNRRA y harina blanca—, por la parte de la Olivella. El Pachá no se resignaba, la maldecía cada cuarto de hora:

—*Caiorda, panzaiarsa, malacunnutta* —la insultaba a distancia.

Y a mí, que blandamente intentaba disculparla, me hacía callar:

—Eso, dale la razón. Como si con sus patrañas no te hubiera engatusado también a ti.

Yo inmediatamente enderezaba las orejas, esperando saber respecto a Marta algún más grato añadido o corrección del testimonio, y me precipitaba a preguntarle, si bien no tardaba en quedar claro que había hablado a tontas y a locas, un poco por despecho y otro poco por alegría, de acuerdo con el apodo que se había puesto a sí mismo. Por otra parte el despecho le duró más o menos una semana, luego volvimos a verlo chalaneando con otra jovencita, y después aún con una tercera; volvimos a oírlo en el refectorio, puesto en pie, arrojarnos encima, antes de las comidas, jaculatorias de risa, o bien, de vuelta del día de salida, ilustrar a la vieja cocinera, asomada a escuchar desde la ventanilla del montaplatos, acerca de sus ciclópeas turgencias de la tarde, en el tranvía, encima de una desventurada dependienta de Bellanca y Amalfi. Nosotros reíamos, sin preocuparnos demasiado del rubor en las mejillas de Adelmo, luego subíamos a las habitaciones para acabar la velada con un licor alpino, que antes habíamos hecho flamear durante mucho rato en la oscuridad, en una pantomima de los excesos de los tiempos de paz. Al final un cigarrillo, un solitario, el silencio y el sueño, cuando venía. Puesto que yo, desde que había conocido a la bailarina, me obstinaba puntillosamente en conciliar el sueño lo más tarde posible, complaciéndome en pensar en ella, con los ojos cerrados, y en hacerle preguntas y recibir respuestas. Ahora me había aficionado a estas vigiliadas, llamémoslas de amor, de rumias y fantasías de amor. Horas de una lentitud y suspensión que no sabría explicar, con aquel rostro y aquel cuerpo ininterrumpidamente grabado bajo los párpados. Y yo que lo asedio, lo invado, con caricias atropelladas, de acuerdo con los modales recién aprendidos, en los amores de guerra, con Sesta, Silvia, las demás. Quién sabe dónde paraban éstas. De una, demasiado lo sabía, había visto cerrar en una caja, con algunas prendas de ropa, el montón de carbón y de cal en que se había convertido, después del incendio de la Bettola, y me había anotado el lugar, a la sombra de una mata de aguileñas, si así se llamaban, mientras contaba las paladas. Destino mío y de los míos avanzar siempre en una atmósfera de catástrofes: fajas negras en el brazo y mal de ojo detrás de la nuca; obstinándonos inútilmente con cabezazos de jóvenes atunes contra las mallas

de la red, mientras a su alrededor cada lanzamiento de arpón levanta salpicaduras de espuma bermellona. ¿Marta? Bien, la amaba, no menos sin duda de cuanto hubiese amado nunca. Pero esta vez con una veta de terror en la entrega: como de quien lleva los animales a pacer un mediodía de verano, y no sabe qué lo turba, y quisiera correr a las casas, pedir ayuda, pero nadie abre, nadie se apiada de quien llama a esta hora de ladrones.

Luego fue aquel paseo con Sebastiano. Sebastiano era un estudiante de medicina por libre, de veintiocho años, pero parecía incluso más viejo, y me inspiraba un temeroso respeto, con su nariz pronunciada, y el acero de la barba en el mentón, y los accesos de siniestro humor después de inercias de piedra. Me trataba, y trataba a todos, por otra parte, con una brusquedad que casi era enemistad, y esto servía para singularizarlo entre nosotros, y para revestirlo de una tácita soberanía. Sobre todo a partir del momento en que descubrimos que ya no tenía a nadie, la consunción era una herencia de familia, la última hermana había muerto un mes antes, en la Rocca, al otro lado de la empalizada.

Ahora, desde hace unos cuantos días, alguna dudosa frase que se le había escapado, y la indecisión del paso, y la vítrea determinación con que nos miraba sin vernos y algunos indicios más, que ni siquiera eran indicios sino sólo halos y auras de la preocupación que parecía acompañarlo; todo esto, digo, había inducido a los compañeros y a mí a temer que madurara en él algo de amenazador y soberbio; y a pensar que se debía, que yo debía, puesto que le quería más que los otros, medicarlo de algún modo, aunque sólo fuera con palabras. Así, por encargo de todos, cuando lo sorprendí solo, a última hora de la mañana, y milagrosamente amable, me apoderé de su brazo y me dirigí hacia el rincón más descuidado del parque, en el que ciruelos salvajes y matojos de hierbajos habían invadido la avenida, dificultando el paso pero prometiendo, si no comodidad, soledad.

El día se había cubierto, finalmente, y se respiraba, pero no convenía confiarse, el bochorno volvería inmediatamente, con los ardores de las primeras horas de la tarde. Yo, ante esta espera y temor, me había vendado la cabeza con una especie de turbante y, tal vez por culpa de la fiebre, había comenzado a sudar de antemano, ya sentía pegárseme a la piel las ventosas de la camisa. ¿De qué servía beber de la cantimplora de mi antiguo equipo de soldado, colgada en banderola? Inmediatamente hubiera sudado más. Y quizás por todo esto me molestó que Sebastiano, soltándose de mí y precediéndome, como si ya nos hubiéramos puesto de acuerdo respecto a nuestro destino, se encaminara deportivamente por donde el sendero se empinaba hacia un túmulo color ocre, a mitad de camino entre el cobertizo de los ensayos y la celda mortuoria, desde el cual se podía descubrir el mar. Él caminaba delante de mí, pues, y se abría paso con la ayuda de una rama en forma de horquilla, pisando con los talones —los buscaba, lo hacía adrede— los restos fúnebres de la canícula: piñas desgranadas, pajas chamuscadas, langostas muertas, espinos como espadas. Un

camposanto abandonado, representaciones de nuestro mañana. Tan evidentes como para inducirme a esquivar, dando un rodeo de varios metros, al hombre con delantal de cuero, ocupado en segar con una guadaña el terreno, y del cual, pese a saber que se habría limitado a pedirme, como de costumbre, tabaco y lumbre, me asustaba la sombra encorvada y la rapidez de carnicero.

Me di cuenta de que era la segunda vez en pocos días que una escena o figura, rozada por casualidad, se me coloreaba de presagio y me intimidaba, obligándome al sortilegio de escapar; sólo que en el otro caso, para soslayar la caballeriza, había bastado con confiarse a la docilidad del conductor y a un taxímetro vertiginoso; mientras que ahora la desviación costaba aliento y pasos de más y abría un nuevo vacío entre mi compañero y yo. Vacío y silencio: en efecto, Sebastiano y yo no nos habíamos dirigido hasta entonces ni una frase; él no sé por qué, yo a consecuencia de un malhumor por haberme dejado convertir poco a poco de guía en guiado, pero sobre todo por una escasez, la habitual, de valor y de fuerzas. Así que fue él quien habló primero, cuando le hube alcanzado en la cima del cerro y nos agazapamos al amparo de un murete que permitía confiar en un poco de sombra en cuanto volvieran a enfocarnos, como parecía inminente, las lentes abrasadoras del cielo.

—En fin —me interpeló Sebastiano—, ¿por qué me has hecho subir hasta aquí?

Ante una acusación tan inicua no me sentí con ánimos de responder, sino que humildemente le pregunté cómo estaba, y le dije que estábamos preocupados por él, y que se desahogara, etcétera, etcétera. Despreció mis palabras, sin salvar una sola de ellas, pero me mostró con el dedo la mole del Monte Pellegrino al fondo, y en sus raíces un horizonte marino que, golpeado por el sol (se había finalmente liberado de las nubes y desde el cenit le hacía la guerra crudamente, con intención), despedía destellos de enigmática luz, más o menos como un telégrafo de espejos cuando los soldados del cuerpo de ingenieros se hablan de una colina a otra.

—Allí me bañaba de chico —dijo—. Tenía los pulmones de un buzo. Y conservo en los ojos la pez de los fondos marinos cuando, al descender a ellos, sientes de repente que se te cortan las piernas, y no sabes si es un remolino helado o las pinzas de un cangrejo. Piensa por un momento qué ataúd de sultanes, allí, en un féretro de agua, lejos de estos pedernales y micas y temblores de tierras movedizas... ¿Cómo? —concluyó interrogativamente.

Era una de sus maneras de hablar, aunque yo no le hubiera interrumpido, sino únicamente sonreído. El hecho es que Sebastiano tenía una voz desagradable. Con tonos rústicos y roncós, entre los cuales, a quemarropa, precisamente en los momentos de mayor emoción, estallaba un temblor, una duda, que se propagaba a las últimas sílabas, haciéndolas encabritarse como caballos en la Cruz de San Andrés, hasta el punto de suscitar en quien le escuchaba la sonrisa, y en él, parlante, una obstrucción que se convertía en pregunta, cuando no se liberaba en una erupción de blasfemias grandiosas. Para ahorrármelas, le di la espalda, me desplazé unos pasos y, de bruces en el suelo, recuperando en aquella adhesión la dichosa corporeidad de

tantas pausas en las marchas de la infantería, en la época de la salud, le señalé a mi vez, frente a nosotros, desde los bajos hasta los tejadillos, la silueta de la Rocca.

—Fea, ¿no? —dijo él y, sacándose los anteojos, añadió—: Es mi casa, me la sé de memoria. Hoy hace precisamente cuatro años que llegué, yo soy un crónico lento. Vine directamente del frente, estaba aquí el día en que una fortaleza volante la bombardeó, suponiendo que era falsa, quiero creerlo, la cruz roja pintada en la terraza. O bien precisamente para hacer limpieza; también desde arriba debe ser fea: una caca de vaca sobre la colina.

—Bonita rima —ironicé, sin convicción. Puesto que realmente la Rocca, vista así surgiendo del suelo, obesa y enana detrás de una hilera de palmeras, parecía muy distinta al escorial inflamado que se me había aparecido entre los barrotes de la verja aquel atardecer en que un coche me había dejado delante; hacía pensar en una carroña de animal o de monumento, de cuya epidermis goteaba una evacuación dorada, dejando que, debajo, todos los desperfectos y las caries del esqueleto se desnudaran progresivamente. Los mismos salientes de las galerías, si alguna vez habían conseguido pasar por jardines colgantes o paseos de ronda, afloraban ahora de la rutilancia de la piedra pómez y de la mica como balconajes ruinosos, en los que unos galeotes a rayas, apoyados en las otras rayas de unos barrotes verticales y negros, se asomaban.

Mientras saludaba con el pañuelo, sin esperar respuesta, y sólo por extravagancia, las siluetas empequeñecidas, Sebastiano prosiguió:

—Cuatro velitas, ¿no es una ocasión a celebrar? Banquete de cumpleaños para el concilio de bacilos. En honor de su Decano y Papa, Su Santidad Gusano Número Uno. De un quingentésimo de milímetro de tamaño, pero mórbido y vital cuando lo respiré por primera vez. Quién sabe cómo llegó hasta mí, con qué esputo de viejo o beso de puta o fecundación anemófila... ¡Qué vuelo, sin embargo, del polvo de la carretera a mi glotis complaciente!

Bien, se estaba deshelandó, y el discurso era lo bastante peregrino como para no disgustarme. Tampoco me molestó que en su voz resonara lleno de mayúsculas. Siempre he sentido una debilidad por las mayúsculas. Me gustó menos la risa a chorros que lo siguió, y que acompañé a destiempo, por mera conveniencia. Y, mientras, lo miraba. Debía de haber sufrido una subida de fiebre, tenía los ojos excitados y negros, de cría de escorpión. O tal vez era un aflojamiento de los nervios, Sebastiano era propenso a ello, tampoco excluía una gota de hipocondría en su sangre desde que había leído, antes de que me la arrancara de las manos, la introducción justificatoria de su tesis de doctorado, inconclusa, sobre las llagas del decúbito.

—He dicho un beso —prosiguió, alterándose— sólo por fanfarronería y jactancia. Para decirte exactamente cómo están las cosas, yo soy virgen.

—Para lo que te pierdes —intenté consolarlo, impulsivamente, y mientras tanto me sorprendí pensando si aquella confesión que para él, podía jurarlo, resultaba trágica, no lo era tanto en el fondo, y si dolía más, teniendo que morir, la pizca de



nostalgia que yo sentía de los pocos placeres disfrutados, o bien su pena de haberse limitado a soñarlos.

Así que cuando añadió, dividido entre el embarazo y la insolencia: «Que quede claro, no quiero tu amistad; si te hablo, no es para oírte hablar, sino para impedírtelo», yo no le contesté, como me habría gustado, que incluso había esperado demasiado a sentir piedad de sí mismo, sino que me callé y me turbé, pensando a través de qué fases de degradación nos encontrábamos allí, a la luz, nosotros dos, tan jóvenes, convertidos en espectadores ineptos de nosotros mismos, sin tener la fuerza de oponer otra cosa que vendas de vanidad a la agresión de la idea de final. Y me brotó, hacia ambos, una especie de rabiosa ternura, como un escozor que me subía del fondo de la garganta y era, incomprensiblemente, parecida a la felicidad.

—Lástima —dijo más adelante Sebastiano, y con los ojos me mostró la luz.

Me encogí de hombros. Volvió a empezar:

—Me gustaría tener un hijo. ¿Un hijo? Una memoria cualquiera que me sobreviviera. Pero no tengo a nadie. Vosotros mismos, tú, es cuestión de meses. Quiero buscar uno, un niño de la calle, para dejarle una extensa huella en los ojos. Le daré una bofetada, le diré una obscenidad, una blasfemia de las que no se olvidan. Quiero durar cincuenta años más dentro de él.

Conocía esa canción, estaba de moda en la Rocca acudir a llorar sobre mis hombros, pero de él no me lo esperaba, y, por tanto, con cierta brutalidad, le dije:

—Lo que necesitas es una mujer. —Y me jacté—: Yo tengo una, no es difícil.

Y al cabo de un instante:

—Es Marta, sabes, aquella tan guapa que bailaba.

Y dije eso porque en la Rocca todos sabían que me había encaprichado de Marta, pero nadie que hubiera salido con ella, y, en suma, quería decírselo a alguien.

Me miró curiosamente.

—Era amiga de Assunta, le sostenía las manos cuando murió. Assunta era mi hermana y estaba loca por mí. También Assunta decía que una mujer podía ayudarme, y cada vez que iba a verla me ofrecía una de sus amigas. A Marta nunca. Me decía que me mantuviera alejado de ella.

—¿Y tú?

—Oh, yo sólo quería una gorda, una sana, que me enseñara antes de morir. No una como yo, para toser juntos. Por otra parte, siempre me faltó el valor. Y ahora es demasiado tarde. Pero ¿qué le importa todo esto a un hombre cuya mujer es viuda? —concluyó, con la broma habitual entre nosotros, para reírnos de quienes caían en el tópico de discutir acerca de nuestro futuro como si estuviéramos vivos.

En este momento se me ocurrió que hasta entonces había traicionado mi misión de samaritano, y me acaloré:

—¡Pero estamos vivos! En este instante estás vivo. Mira cómo te grita la luz en las pupilas. Estás vivo ¿y no es maravilloso? Aquí y ahora, en el agujero de aire que

llenas con el volumen de tu cuerpo, y que tú eres el único en poseer en el universo de los universos, ¿no eres acaso Dios? ¡Éste es el milagro, éste es el misterio!...

Me había pasado de la raya y me castigó al instante:

—*Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza!* —entonó a media voz, y añadió —: No conocía estas otras estrofas. Escríbeme la letra, quiero cantarla en Navidad, en el micrófono de la revista, ¡vestido de Soldado Desconocido!

Entonces callé de nuevo, bastante ofendido, y cansado, también, de verlo jugar a cara y cruz con las dos mitades de sí mismo, la fatua y la condenada, artificiosas ambas, al igual que todo era artificioso, hasta el silencio, en aquella especie de sala de vigilia y de espera donde la suerte nos había llevado a encontrarnos. Así permanecimos un rato, hasta que lo oí reír a solas, obtusamente, y me di cuenta de que le estaba ocurriendo algo. Se había arrodillado y, agachado sobre un hormiguero, había comenzado a interpretar para las hormigas no sé qué personaje de la Fortuna o del Destino, haciéndolas unas veces enloquecer y otras calmar y recomponerse en ejército, y todo esto sólo con la punta de una aguja de pino.

—Tú lo has dicho, soy Dios —dijo, y con el puño cerrado, hundido en el terreno, derrumbó criptas y cráteres, dejando en su lugar una fístula negra, en cuyo fondo un exterminio de patitas y de antenas se retorció miserablemente.

—Dresde o Nagasaki, *voilà* —me dijo, volviéndose mientras tanto a una lombriz oscura que capturó y apretujó bajo una uña, y le pinchaba el abdomen, la levantaba sobre la cima de un tocón para después dejarla caer de golpe. Finalmente, con un raptó imprevisto, sacó una cerilla, le prendió fuego.

No pude dejar de darle un puñetazo, al oír el chasquido de los anillos que se chamuscaban, sin tener, no obstante, ni las fuerzas ni el deseo de enfrentarme a él, cuando se me echó encima obligándome a pelear en la hierba. Fue él quien me soltó, para seguir, mientras yo me sacudía la ropa, haciendo gestos de desconuelo, golpeando cabeza y puños contra el suelo y gimiendo guturalmente. Una escena penosa.

Fue una suerte que en aquel momento, inopinadamente, unas gotas gruesas y espaciadas de lluvia, cálidas como gotas de pez, comenzaran a caer sobre nuestras cabezas, obligándonos a descender y a buscar cobijo juntos bajo el techado del depósito de cadáveres, primero, y después, cuando nos expulsó de él la tufarada de miel podrida que despedía, incluso sepultado bajo barras de hielo, el último muerto de la noche, a la otra vertiente de la colina, debajo del pabellón-teatro donde el Flaco preparaba en secreto a los figurantes de sus espectáculos. La carrerilla bajo la lluvia había acabado de extenuarme y, resoplando, como un sonido de claxon que me resonaba dentro de los oídos, me apoyé contra la puerta. Fue Sebastiano quien se dio cuenta de que cedía bajo el peso de nuestras espaldas, sólo estaba cerrada a medias. No hubo, pues, más que entrar, de nuevo unidos, y en cierto modo reconciliados, por el cansancio de un momento antes y por nuestros comunes impulsos de exploración, a los que el espacioso ambiente ofrecía equitativamente sus penumbras, pilas de

decorados y cajas de trajes y sacos de yute e instrumentos de jardinero. Ninguna presencia humana, por otra parte. Salvo que en un rincón oculto, detrás de una pirámide de cuerdas, un jergón en el suelo nos hizo sospechar, marcado ligeramente por una reciente presión de los miembros, y lleno además de mucílago y pelos, como un lecho de bodas abandonado al amanecer. Guiñé un ojo a Sebastiano, para infundirme ánimos. Pero mientras tanto miraba a uno y otro lado, desordenadamente, a la vez que un picotazo —una sospecha, yo qué sé, unos celos— me iba mordiendo el corazón. Para Sebastiano fue peor. La cara se le convirtió en una máscara torva, como de un niño que no tardará en llorar, me dio la espalda y murmuró:

—Cuando me roban todo, yo también quiero regalar algo.

No entendí qué quería decir, pero no por ello dejé de ponerle la mano en el hombro y compasivamente le dije:

—Se te pasará.

A la vuelta, en la puerta del refectorio, estaba Adelmo esperándome, con una carta de Marta. Había decidido verme otra vez, la cita era para el domingo siguiente.

## XI. AQUEL DOMINGO 18 DE AGOSTO...

Aquel domingo 18 de agosto es, entre los días de mi vida, uno de los tres o cuatro que me recito de cabo a rabo cuando intento buscar el éxtasis de revivirme. Me explico: yo con el pasado tengo relaciones de tipo vicioso, y lo embalsamo en mí mismo, lo acaricio sin reposo, como hacen algunos con los cadáveres amados. Las estrategias para poseerlo son las habituales, y utilizo las dos. Al principio me visito como un turista forastero, cómodamente, deteniéndome delante de cada baratija, de cada antigualla regia; cazador furtivo de recuerdos, no quiero asustar a la caza. Luego dejo a un lado las lisonjas, los buenos modales, me dirijo a mí mismo la mirada cruel de Parto, pronta a atrapar y escapar. De los instantes que desentierro —¡cuántos de ellos los he vivido adrede para poder recordarlos!— no sé extraer pensamientos, yo no tengo una mente vigorosa, y el pensamiento o me asusta o me cansa. Pero resplandores, en cambio..., resplandores de luz y sombra, y ese aroma de lo acaecido, permanecido oculto con millones de otros durante años y años en un engaste invisible, aquí arriba, detrás de la frente... Siento a veces que bastaría nada, una pizca de fuerza de más o un demonio sugeridor..., y derrumbaría el muro, obtendría, yo a quien el No Ser indigna y el Ser intimida, el milagro del Bis, el bellísimo Reexistir...

Reexistir, *this is the question*. Puesto que no hay gesto o conjuro que no desilusione, y ese poco que consigue repetirse bajo los párpados, en el acto mismo en que ilumina, ciega. Al final me deja sólo palabras. Y tanto peor si son siempre las mismas, grasas, húmedas, cálidas, con las que me relleno ahora y me rellenaba entonces la boca, indeciso entre la náusea y la glotonería, como quien actúa por primera vez. Apoyándome con ambos codos sobre la reja de mi secuestro, asomándome a mirar hacia abajo el hormigueo, el azogue, la chirriante y seductora jauría de la vida. Alegrías, faustos, estandartes, lágrimas, infamias, y las impunidades inesperadas, las penas desmedidas, todas las guerras y los procesos del dolor contra dolor... Metáforas, tal vez, pero no sabía de qué, y casuales, si ninguna divinidad las había preparado o previsto, si de cualquier accidente o sustancia el cinema se borraba a ojos vistas, llovizna de aguacero tan pronta en caer como en secarse... Sólo me restaba abrir la subasta, ofrecerme a cualquiera en venta, como charlatán elocuente y magnánimo: *madamina*, el catálogo es éste... (Pese a todo, capaz todavía de desear, desvariar, actuar. Dispuesto siempre a distanciarme, incluso con un pie o dos en la sepultura, perseverando en el movimiento con peligro de uncirme al cuello, desde otro punto, el yugo que me habían impuesto...).

Me afeitaba, pues, en camiseta, aquella mañana de un hermoso domingo, reflejándome aproximadamente en la ventana de la galería, y silbando al mismo tiempo, para molestia de todos, un Verdi de broma o de locura. No había evitado, a lo largo de la noche, despertarme diez veces para consultar el despertador fosforescente

sobre la mesilla de noche, y soñarla a ella, en los intervalos del sueño, como la había visto la noche del espectáculo, en aquella figura de elevación que los bailarines llaman *ballon*, es decir un globo que salta al aire y asciende. Visión que había acabado fácilmente por confundirse con otras mías, de pascuas infantiles en el pueblo: cuando, desde el hombro de mi padre, veía alzarse ondeando en el cielo camellos de colores, mujeres embarazadas, botas panzudas, un escuadrón de papeles de seda velívolos, alimentados de fuego, que un débil viento sorbía hacia una nube, como cometas...

Me rasuré, decía, no sin derramamiento de sangre y gloriosos tafetanes viriles; luego me dispuse a irme, dedicando apenas un escalofrío despiadado al voluminoso féretro con asas de cobre que sobre una camilla empujaban, a lo largo del pasillo, las suaves manos de sor Casimira. El muerto que tenía que ocuparlo no era de mi pandilla, y lo más rápidamente posible me dispuse, pues, a alcanzar en el pie de la escalinata al grupito con permiso de salida. Demasiado rápido: hasta el punto de chocar de pleno contra los descarnados huesos del Flaco y hacerle caer al suelo las lentes que estaba limpiando con el pañuelo.

—¿Tienes prisa? —me preguntó, mientras recogía la patilla suelta, insistiendo luego, después de mi confuso gruñido—: ¿Sí o no?

Atrapado en la tenaza de los dos monosílabos, opté por el más cortés, de mala gana por otra parte, y con la reserva mental de que no permitiría que el médico me retuviera más de unos pocos minutos.

—¿Puedes hacerme —me dijo— un favor en la ciudad? Basta con bajar al puerto. —Y se ajustaba mientras tanto en la cabeza el bonete de usurero, de seda, desequilibrado por el choque.

—Siempre que no me lleve demasiado tiempo —respondí frío y sin embargo engallado por aquella especie de olivo que parecía tenderme, después de tantas semanas de reserva y de frialdad, y lleno de curiosidad, asimismo, por la petición, dado que, en el caso de mi precedente permiso, el encargo había sido de los más raros: hacer de espía, abajo en la Martorana, a la salida de la misa de mediodía, para contarle después acerca de su mujer, cómo iba vestida, y si reía, si daba el brazo al amante.

Esta vez no, la voz que me introdujo en el oído, cuando le pregunté «¿Qué?», no hizo más que ordenar «Échate al mar», con tan idiota mofa y rencorosa avidez de pelea que no me dejó más remedio, puesto que corría a una asamblea amorosa, que replicarle sin fantasía «Échate tú», escapando así de sus manos.

En la puerta, Carabillò, el viejo portero, a quien le gustaba pronunciar proverbios a la antigua, me dijo:

—*Petra smossa nun pigghia lippu.*

Y yo me fui sonriendo, diciéndome que el fuerte musgo que me había crecido sobre la piedra del alma quería algo más que una carrera semanal a la ciudad para desprenderse. Pero mientras me dirigía a la parada del tranvía, no pude dejar de

enternecerme a la vista de un jovencito, recién bajado de un coche, que titubeaba, y sin duda era un recluta de nuestro convento, venido a suplir aquel ataúd que salía, tan considerable era la tortura con la que sostenía una maleta absolutamente igual a la mía, y sobre los hombros el peso de su juventud careada, el estorbo de una montaña que se desploma.

—¿Se entra por aquí? —me dijo con voz meliflua y ansiosa, y yo asentí con la barbilla, le dejé delante de la verja, con su equipaje colgado de una mano, y en la otra, ingenuamente, la carta de admisión, un sobre amarillento, lleno de anamnesis, diagnósticos, prognosis...

Esperar a una mujer... Hay un placer en la agonía de esperar al que no llega, una pasión hartamente cautivadora, que se parece al gusto de perder en el juego, una ficha tras otra, un minuto tras otro. Y con este placer aliñaba ahora mis fantasías, apoyándome en un murete del ¿QUIÉN LO HA VISTO?, con fotos de militares, mientras el tiempo pasaba y Marta no se veía, allí, junto al quiosco de bebidas y granizados, adonde según la promesa hubiera debido llegar.

No la veía, y yo pensaba, con un ácido y hórrido aguijón de deseo, en sus miembros emisarios de humores, en sus esputos, cerúmenes, sudores, lágrimas, exudados, en sus flujos de hemorróidica condenada, en sus hemoptisis triunfales. Qué extraño enamorarse de un cuerpo que come, segrega, se vacía: denso de vellos, papilas, islas de Malpighi... Nombres de mi instituto de antes de la guerra, que ahora me repetía, recuperándolos por encima del estruendo de los años, sirviéndome de ellos para investigar la geología del aquel húmedo sepulcro de carne, con la destreza de un general que se inclina, en la vigilia de la invasión, sobre un mapa del territorio enemigo...

Así absorto, hasta me sorprendió verla cruzar de repente la calle, y no sólo por los gestos cautos del paso, y por volverse dos veces a mirar a sus espaldas, sino sobre todo porque parecía desembocar de una dirección inesperada, de un callejón lateral que no se acababa de entender de qué itinerario constituía la salida.

—He dado una larga vuelta —se disculpó—. Me ha tocado *buscar el levante por el poniente*<sup>[1]</sup> —bromeó—. Estaba en el tranvía Panzera, el alma negra del doctor Grifeo, y me observaba, he tenido la impresión de que me seguía.

Noté de pasada que no había llamado Flaco al Gran Flaco, mientras prestaba mucha mayor atención al trajecito de organdí color violeta pálido, con *pois* blancos, del que surgían los bracitos exangües y desnudos, y el chorrillo del cuello, y el rostro, no sé si más orgulloso que sonámbulo, con las pupilas como temerosas mariposas, y los labios en forma de hoz, hinchados, en los que, dijera lo que dijera, parecía oírse una música de antigua pavana.

Qué portada tan elegante, pensé, sobre semejante cuaderno de excrementales y sucios estanques, cuánto me repele, cuánto la amo. Y la cogí por la mano, la arrastré casi a correr conmigo por la acera. Ella protestaba, reía, durante un rato se dejó llevar,

finalmente la invadió un acceso de tos, y me obligó a pararme, a sentarme a su lado, como hacen los chicos, sobre un peldaño de la iglesia.

Se dio cuenta en aquel momento de que estaba a punto de partirse un tacón, y se enfadó conmigo, me insultó por ello, sin dejar de toser y de reír, y apretándose en todo momento la boca con un pañuelo de batista con una letra bordada que no era seguramente una Eme. No te fíes, demasiados indicios y demasiado evidentes, me dije, en tanto que lector habitual de novelas policíacas. Olfateando que, con el fin de una burla o de un oscuro proyecto, pero tal vez tan sólo para suscitar mi dominación, ella intentaba confirmarse ante mis ojos como heroína de perversiones y misterios, de la misma manera que tal vez hasta ayer se había preferido envuelta en un humo de fantasía. Menos que en nada creí en el grano de polvo blanco que se introdujo disimuladamente en la nariz, sacándolo de un sobrecito del bolso. No me lo creía, pero en cualquier caso estaba bien: serviría para empujarla a dar el salto...

Urgía mientras tanto repararle el zapato; aunque ella se vanagloriara inmediatamente de ir descalza por los aires, levitando sobre el lago de asfalto, como Titania o como Peri, lo que yo prefiriera.

—Camino sobre las aguas, vuelo —proclamó—. ¡Estoy acostumbrada a hacer milagros!

En cuanto a mí, más prosaico, me alejé a pie, la dejé sentada los pocos minutos que necesité para ir a buscar al zapatero remendón del barrio, en la casita siniestrada donde tenía cama y tienda, contentísimo de ganarse, aunque fuera en día festivo, la escasa remuneración del trabajo. Ofreciendo gratis, mientras trabajaba al aire libre, la propina de sus monólogos de filósofo barato, ensalivados con la vanidad de verterlos en los oídos de una extranjera tan atractiva. Uno de ellos la divirtió, una historia del Firrazzano u otro pillo, no recuerdo cuál, cuando quería echar la sal sobre la cola de la muerte y la obligó a escapar. Pero frunció el entrecejo, apenas le pregunté al hombre si tenía un puñado de sal para regalarnos. Luego quiso que fuéramos a ver —aunque estaban lejos— el Teatro Massimo y el Politeama, cuyo portal acarició con la mano como se acaricia una mejilla.

Le mostré las columnas superiores.

—Están esculpidas con la piedra de mi pueblo —le conté—. Mi abuelo, que poseía una cantera famosa en toda la isla, fue quien trajo aquí los bloques blancos. Recorrió toda la isla, de punta a punta, en un carromato para pirámides, con cuerdas y rodillos, arrastrado por diez caballos. Y se abrieron todas las ventanas...

También esta historia le gustó, pero, volublemente, dijo:

—No me seduzcas, he tenido cicerones mejores, delante de teatros más hermosos. Y no mostraban el brillo que tú muestras de impaciencia y de deseo negro en los ojos. Se dio cuenta de que me había ofendido y me cogió del brazo.

Así deambulábamos, y ella parecía resistir, aunque tuviera alguna fiebre, el cansancio del paseo. Del cual, más bien, sacaba estímulos de mero entretenimiento,

cuando no ocasiones para forzar (era una de sus manías) cualquier objeto o acontecimiento hasta convertirlo en un símbolo. Como cuando de un puesto de libros eligió y me regaló dos volúmenes que le parecieron adecuados para nosotros: uno, desencuadernado y pringoso, de un tal Mattia Naldi, que hablaba de la peste y de los modos de preservarse de ella en el año Domini mil seiscientos y pico; el otro, que conservo y tengo delante de mí, de un anónimo de comienzos del XIX: *Guida per la Real Casa dei Matti in Palermo, scritta da un frenetico nella sua convalescenza, Stamperia degli Antichi Muratori...*

Se hizo así mediodía y buscamos una *trattoria*, donde, inmóvil sobre el plato y contemplando la cuchara que tenía en la mano, Marta volvió a hablar, lentamente, entre dos amagos de tos:

—Sí, el análisis me tranquiliza, dicen que sólo dejan salir a los limpios. Sin embargo, yo siento, yo sé, que cada uno de mis alientos es un veneno, que todo cuanto toco o me toca se infecta. Hasta aquella jamba del Politeama, hace poco. Hasta este plato. Y siento, sé, que esparzo y contagio por todas partes la muerte, en las superficies de las paredes, en las servilletas, en los bordes del plato. A veces se me ocurre una idea: utilizar adrede dicho omnipotente poder de incubación y de siembra; me imagino entrando en una casa; y que sea una casa feliz; me imagino escupiendo cuidadosamente sobre las cuatro paredes de cada habitación, sobre una funda de almohada, sobre un biberón... Quién sabe qué simientes han alimentado dentro de mí una idea semejante, con su mezcla de infantilismo y perversidad hasta hacerla salir a la luz; de qué catacumbas y desconocidos Piombi se ha escapado... Cada vez siento mayor curiosidad por mí misma.

La interrumpí:

—¿Sabes cómo se dice, en mi dialecto, contagiar? Se dice *ammiscari*. O sea mezclarse, mezclarse con alguien. Significa que hay un trasvase de uno al otro, no menos místico, acaso, que el de otras dos muy diferentes solemnidades: quiero decir la comunión con la hostia sagrada y la confusión, en una cama, de dos cuerpos amigos.

Hablando de esta guisa la besé delante de todos, intenté transformar en risa y en invitación los antojos de remordimiento que le turbaban el pensamiento: al fin y al cabo estábamos allí juntos para dar cumplimiento a un asunto amoroso.

—De amigos nada, para mí es cada vez una lucha que me hace daño, y cuyo resultado preveo de antemano —me contestó, secándose decidida los labios con la servilleta—. Desde los tiempos de la caseta, desde aquellas noches. Y, sin embargo, me gusta, ¡oh, cómo me gusta! —exclamó con las pupilas iluminadas por un recuerdo o qué sé yo—. Después se levantó de repente, me prometió:

—Más adelante, lo haremos más adelante. ¡Y no te pediré, como piden aquí, ninguna cartilla de racionamiento! De momento déjame jugar, quiero jugar en tu compañía un solitario mío de ciudad, no es un solitario de mesa, se hace caminando. Lo inventé en los primeros meses que estaba en la ciudad y no tenía a nadie, ni



amigos ni amigas. Salía de casa el domingo, me metía entre la multitud, me fijaba en una persona, sólo con que me gustaran sus hombros o el cansancio de su paso. Mejor si era un pobre, un viejo. Lo seguía sin hacerme notar, aumentando poco a poco mi conocimiento de él, de su destino, contenta de mi privilegio de espectadora no vista, ensoberbecida de poderlo dirigir desde lejos, inerme e ignorante entre dos alas de sordomudos transeúntes. De uno de ellos llegué a saber dónde vivía, era un ferroviario jubilado, subí a su casa, haciéndome pasar por una vagabunda que lee la mano, tal vez era uno de los maquinistas que veía pasar de noche, como un rayo, en el tren de la una... ¿Te creerás que su habitación era idéntica (papeles pintados con rayas rosas desvaídas, pavimento calafateado, platos sucios en la pila) a la que, sólo con seguirle y observarle, me había imaginado?...

Así que tuve que contentarla, jugué con ella a seguir a un hombre. Y nos condujo, por calles y callejuelas, hasta el puerto, casi como si quisiera recordarme la malvada exhortación del Flaco, si bien yo no pensara ni mucho menos obedecerla, ni el hombre pudiera aparecérseme bajo ningún aspecto como un embajador enviado por él para tentarme. Se trataba evidentemente, por el contrario, de un corredor portuario, con un aire mitad despreocupado y mitad belicoso, y llevaba una camiseta marinera, pantalones arremangados sobre unos tobillos marrones de sol, caminaba a pequeños saltos animales, lo perdimos nada más iniciarse la llegada de la pesca. Por otra parte ella ya se había cansado, se sentó sobre un noray del muelle, sin dejar por ello de hablar, hablaba como quien cuenta sus sueños o las peripecias de una visión.

Ahora bien, yo, que sin embargo caigo con tanta frecuencia en el mismo vicio, soporto con dificultad a quien cuenta sus sueños. Pero con ella era diferente, y la escuchaba amorosamente. Era como si delirara a mi lado, cronista o espía de un más allá, disipando en el expandido delirio una avalancha de monólogos pegadizos y adulterados, los mismos que nos gustan en los discos de los canzonetistas o en las lamentaciones de los poetas. Virutas eran sus discursos, virutas de oro falso, un plumaje que se despluma, un polvillo de perlitas y minucias de una destronada reina de corazones, bajo el cual se entreveía —mal, pero se entreveía— el implacable hueso de la muerte. Aquel al que quería llegar, no pudiendo de otra forma, con la espada curiosa del sexo...

¿Es preciso añadir que eran sobre todo sus movimientos los que me seducían? ¿Y que, adivinándolos obedientes a una música a la que brindaba inútilmente el oído, se me ocurría espontáneamente titularlos con el título de un ballet imaginario? El hecho es que, con la ayuda del mar, que era de un azul mitológico, enmarcando sus espaldas, se me ocurrió Sirena, la mujer pez, la mujer pájaro, oculta bajo los escollos, cuya historia había contado en el barco a los campesinos compañeros de quinta. Encontrándoles con la credulidad suficiente para llegar a inventar que ahora ya había sido capturada y estaba en Nápoles, en un gran acuario...

¿Sirena, Siren, o no más bien Caribdis, la orca de escamas y espinas, la homicida orca marina? No, tal vez únicamente una pobrecilla marginada, una famélica soledad

que me tosía al lado. Levanté los ojos: la furgoneta de la policía aduanera avanzaba lentamente a lo largo del muelle, como para esquivar un montón de adoquines; cuando nos adelantó, vi sobre la cabeza de un hombre de pie, allí encima, esposado, un increíble sombrero de paja roto, un solecismo entre los quepis de los otros, pero que poseía la enérgica existencia y la leticia de una flor. Marta lo acompañó con una especie de envidia en los ojos y el prisionero devolvió la mirada, se volvió no sin descaro e intención a mirarla, hasta que el vehículo desapareció en la curva de los silos, dejando detrás un hedor a gasolina barata.

—Han apresado a un contrabandista —comentó ella—. Y a nosotros que vivimos de contrabando, y que transportamos de contrabando una muerte, nadie nos persigue.

Y volvió, por culpa de aquel olor, a toser, pero aceptó que en cualquier caso era mejor que el tufo a emulsión y a cripta, allá en la Rocca, cuando nos desnudamos detrás del biombo, en el Gabinete de Rayos.

## XII. UN RELATO, TAL VEZ UNA FÁBULA

Finalmente fuimos a una habitación por horas.

Tendidos uno junto al otro, después del placer (sólo mío, no de ambos, me pareció), una luz sin fuerza, goteando del cucurucho de papel de periódico que rodeaba a la bombilla, nos envolvía en temblorosas madejas y garabatos, con efectos de linterna mágica que bastaba mi mano para turbar.

Cautamente me levanté, pasé por encima de la imperceptible envoltura de su cuerpo, alcancé entre cama y pared la radio militar, dejada tal vez como prenda a la propietaria por algún cabo americano de permiso. La canción que salió de ella —el indicador de emisoras estaba detenido en Túnez— hablaba en francés; una voz de muchacha, a bajísimo volumen, sonaba dichosa frente a nosotros, más allá del estrecho brazo de mar, y surgiendo del rectángulo de luz, todo números y nombres, nos llamaba a compartir juventud, salud y esperanza:

*Un monsieur que je ne connais pas  
me prendra un soir dans ses bras...*

Miré a Marta. Yacía con la sábana sobre los ojos: enemiga o ausente. Y entonces volví a tenderme a su lado, me adormilé, la oí en la duermevela incorporarse un momento para toser; luego echárame encima con un asma maternal, que hacía pensar que quería decirme algo y no osaba, mientras estaba claro que no tenía otra carta, aquélla era la última que le quedaba.

Soporté sobre la frente aquel aliento como una tibia y apresurada invasión que, si bien me despejó un poco, no bastó para arrancarme del fondo del barranco donde un primer plano de viejo me contemplaba; un culebreo de arrugas entre las dos puntas de la solapa; y me indicaba que me fuera, se agachaba a recoger a sus pies con mano perezosa una piedra. «¿Quién eres, qué quieres?», le pregunté mentalmente, mientras, sin esperar a que me respondiera, abría de nuevo los ojos, recuperaba ni nombre, mi peso, mi tiempo, mi volumen de aire dentro de la habitación. Pero la música decía sus últimas frases, sólo había pasado un minuto, pues.

Ahora ella se había puesto en posición supina y parecía contemplar con obstinación un punto de la sábana, a sus pies, donde por un desgarrón de la tela asomaba infantilmente un pulgar de cera, única desnudez visible, junto con el rostro y el cuello y los brazos abiertos en forma de cruz.

—Besémonos sin miedo en los labios —dijo después—. Podemos hacerlo.

Pero yo me limité a estrecharme más contra ella, insinué una mano sobre su piel,

busqué la pelusilla de la ingle, las tímidas prominencias del regazo y del seno, por si podían abrirme el camino hasta desalojar la pulpa del mal que ocultaban debajo.

—Cuánto tiempo hacía que no me tocaba un hombre. Sólo recuerdo una oreja fría sobre mis costillas, la mañana en que llegué a la Rocca.

¿Era sincera? ¿Había permanecido alejada de los hombres durante todos aquellos meses, ella que había cedido a mí, a fin de cuentas, con indiferencia? Me costó creerlo, pero no perdí demasiado tiempo en pensarlo, ahora que ella parecía decidida a hablar y me sentía tan bien dispuesto a escucharla.

Estaba en ese estado de abandono y confianza de los sentidos que suele seguir al abrazo amoroso: cuando se quisiera acompañar sobre una barca la lenta fluidez de un río, oyendo disminuir poco a poco, bajo la camisa, las intemperancias del corazón. Y me gustaba dejarme prender por el halago de su voz, aunque me diera pena el lugar, tan lleno de presencias intrusas, desde canteranos de madera vil, gastados por los años, hasta espejos y grabados prostibularios o el sillón de esparto trenzado, donde se movía bajo el viento de un ventilador nuestra ropa amontonada, como si quisiera simular la silueta de un espantajo de tela, revoloteando en el centro de un campo.

—Por este motivo —dijo Marta— he venido contigo esta tarde. Quería irme del mundo con el recuerdo de una caricia joven encima, después de tantas caricias de viejo.

Ay de mí, cuán poco se esforzaba en no contradecirse. Pero yo, de la misma manera como poco antes había dudado para mis adentros de su declaración de abstinencia, tampoco me sorprendí ahora al oírla admitir, aunque fuera mediante enigmas, algo de lo que estaba persuadido desde el comienzo: que había estado con el Flaco, por debilidad o por cálculo, en aquel jergón del almacén o en algún otro lugar... Bueno, no me importaba. Ya no me importaba la Rocca, mis pobres compañeros, cada cual con la cabeza en el cepo, a la espera; o bien entregados, con hojas de afeitar y ligas, a intentar en las letrinas rudimentarios suicidios. Ni tampoco él, aquel ciego e iracundo Geronte, un antipapa con la mitra de cenizas, acampado en el vientre de la Rocca, igual que sus cultivos de gérmenes en las papillas de gelatina. Por el contrario, la idea de que tal vez lo había traicionado me procuró un estremecimiento de satisfacción, mientras pasaba lentamente la mano por los cabellos demasiado cortos de Marta.

—¿Y esto? —pregunté.

—Oh —exclamó—, me llegaban hasta los hombros cuando llegué a la ciudad, con el frío. Inmediatamente odié la ciudad, los mostradores de zinc de las lecherías, las escaleras de caracol de las pensiones, los cristales empañados por la humedad, como pizarras que la uña llena de señales y la palma pacientemente borra. Todavía hoy, escribir sobre la niebla es una gimnasia que me gusta. Sólo que aquí falta la materia prima, y debo preocuparme por suscitar yo misma, con mi escaso aliento, aquella infinidad de nubes y de velas, si quiero trazar dentro de ella mi nombre y rodearlo de crucecitas.

Era evidente que le gustaba compadecerse. Sin que eso le impidiera intentar despistarme con sus divagaciones. Así que me puse en guardia, convencido de que seguiría inventando, pero sin que eso me disgustara, puesto que, al contrario, me iban enamorando cada vez más sus cantilenas, sus hipótesis de vidas inexistentes.

—No me gusta mi nombre —dijo a continuación—. Mejor Isadora o Fanny. Como la Elssler, mi diosa. O Berta. Es el nombre de una señora de una novela que saqué de la Biblioteca Circular. Yo había nacido para un destino semejante. Con tristeza y decoro. Un marido austrohúngaro con cuello de nutria, los sábados al concierto, los domingos al Prater. Lo traicionaría, me sentiría desgraciada. De Kúrmendi —proclamó con tanta autoridad que no tuve ánimos para corregirla, y menos ahora que se había puesto a llorar, efusivamente—. Morir, Dios mío, irme. Sin más veranos ni bailes de verano. Y los pasos detrás de la puerta del camerino, los ramos de flores, los besos, los secretos que yo sólo conozco, nada más, nada más... Discúlpame, es la canción de antes: un señor todavía desconocido me tendrá entre sus brazos, una noche... Palabras que para mí ya no significan nada, o bien quieren decir un señor vestido de negro.

Me levanté a apagar la radio, donde a la música había sucedido un indignado monólogo en árabe, y al regresar:

—La muerte —quise bromear— no es un señor, sino una dama desnarigada, y está muerta, las bombas de los bombarderos ingleses la han enterrado en el patio de un viejo palacio, frente a Villa Bonanno, donde una mano desconocida la pintó sobre una pared hace cinco siglos.

Movió la cabeza.

—Sabes perfectamente que no es verdad, el fresco se ha salvado. Lo leí en el periódico, se veían las fotos. Ella no, es Marta la que ha muerto. Marta muere, elemental cambio de letras, por Angolino de la Esfinge, en la página de los pasatiempos. Estoy muerta, un trocito cada vez. Lo que queda es un aliento, una brisa glacial, un poco de aire remoto, como aquel que los cruzados traían del Santo Sepulcro dentro de una ampolla de cristal: una nada envuelta de nada. ¿Quieres saber a qué me parezco en estos días que sobrevivo? A una avutarda herida con perdigones, con muñones cerúleos que no paran de sangrar. Y sin embargo sabré resignarme, ya verás. Acababa siempre por levantarme, las mañana de invierno, en la caseta.

—Pero ¿y esto? —volví a preguntar, testarudamente.

—Le vi morir —exclamó, y tardé en comprender de quién hablaba—. Nos atraparon juntos en un subterráneo campestre, excavado en el establo para destilar a escondidas la grapa. Y ellos buscaban en el depósito la grapa del año anterior, gracias a eso nos encontraron. Le hicieron salir con los brazos en alto, él arrastraba un poco el pie, por culpa de un viejo reuma o un accidente de caza, no me acuerdo. Me dio tiempo a mirarlo mientras subía la escalera de tierra batida, y yo lo acompañaba a sus espaldas. Con los pantalones de paisano, atados bajo la rodilla, el cuello cerrado por

un camisón de tela tosca, los pelos sudorosos pegados a la nuca, subía hacia la luz, derrengado, asustado y fanfarrón como un héroe. Era tan alto que tuvo que agacharse al salir de la madriguera, tantear con el brazo para apoyarse en la bóveda, midiendo casi el aire sobre su cabeza. Recuerdo, a partir de la axila, la huella blancuzca de su sudor sobre el blusón, el olor zorruno de su miedo. Era él, ahora, la zorra rodeada entre los fusiles y los perros, y no le restaba más que morir. Caminaba erguido y cansado, pareció de repente que sólo tenía sueño y que buscaba un lugar adecuado en la hierba para su cuerpo demasiado largo. Yo iba detrás, entre los dos que antes me habían agarrado las muñecas y luego me soltaron, se separaron cada vez más de mí, hasta que uno se volvió a gritarme furiosamente que me fuera, que no les tocara más los cojones. Pero yo era esclava de mi irracional paciencia, y del crujido que hacían, a cada segundo, en la mies que ya espigaba, aquellos pasos de hombre que me precedía. Y seguí pues, aunque de lejos.

»Cruzamos el Puente del Viejo Molino. Me vino y se perdió en la mente la idea de que no le gustaría que lo viera mientras moría, así como no le gustaba desnudarse si le miraba. Y mientras tanto el grupo aumentaba: salía gente de las casas de campo y le insultaba. Una niña con sayas se me acercó, ávida y ligera. Me preguntó quién era no sé cuántas veces, luego se desanimó y calló, caminando a mi lado con aire ofendido, como una anciana con medias largas. Sudábamos bajo el sol, en nuestras prendas todavía pesadas. Me dije que era como en todos los cortejos fúnebres de los pobres (aunque esta vez el muerto estuviera allí, delante de todos, alto y tembloroso), cuando se apresura el paso y alguien se queda atrás, lo perdemos para siempre.

»Nos acompañó un ladrido desde una fosa, un carro estaba parado junto al talud, con las varas apuntadas al cielo y, debajo, en el pequeño estuche de sombra, un hombre que dormía abrió los ojos y los cerró. No se turbó el caballo al vernos pasar, atado a una planta, cerca de allí. Seguíamos. Él se volvió, pero no me vio. Había en cada uno de sus actos, ahora, una huella de airada solicitud, ya no de miedo. Como si hubiera olvidado un objeto y regresara apresuradamente a un lugar inútil. Mientras el tren ya silba, y el alba ha llegado, y hay que irse.

»Pensé que me gustaría estar a su lado, al fin y al cabo, agarrada a su mano, y esperar junto a él la llamarada entre los ojos, y la oscuridad después, el bálsamo frío en la sangre, para siempre. Qué inteligentes y malvados son todos los que le rodean, pensé. No, no son malvados, son falsos, llevan escopetas de juguete, sólo pueden disparar salvas. Y mientras tanto seguimos, y nadie se para, nadie dice que no. Él es un hombre, qué saben ellos. Tienen el paladar de papel esmerilado, tienen el sueño que se les come los ojos, tienen que acabar y dormir, y mañana empezar otra vez. Tienen pies de Cristo, cansados, sucios, este zapato muerde, esta uña se descarna y se llena de pus, pincha la barba contra la nuca. Y caminan, caminan. Y he aquí que me he quedado sola, primero diez después veinte metros detrás de ellos, con esta niña ávida que trota a mi lado. ¿Qué quiere ver? ¿Un hombre muerto, un hombre desnudo? ¿No sabe que ver morir a un hombre es más importante que dormir con él?

»Se detuvieron al comienzo del bosque. Vi que el comandante daba el alto, se desplazaba para aprovechar la sombra de un castaño de Indias, le vi de cara, esta vez. Era joven pero con barba y melenas de viejo, en las que se descubrían amplios claros, una enfermedad tal vez o un sello, una solemne tonsura. Paseaba sin mirar a nadie, frente al pelotón, y movía los labios pero no hablaba. Ahora Andrea estaba de pie e inmóvil, lo habían vendado. Una venda inmaculada, la única cosa limpia que llevaba encima. No un pañuelo, exactamente una venda de hospital, fresca, limpia, tranquila, para taparle la vista como se tapa una llaga que supura.

»Se levantó viento, movió la hierba en torno a sus zapatos de ciudad, él debió de sentir su ternura en las manos y se besó apenas, para beberlo, labio contra labio. Pasó algún minuto. Ya no se oía nada, ni al perro de antes, desde la fosa. Él pareció ponerse nervioso, levantaba la cabeza como la levantan los ciegos, no veía nada debajo de la venda. El comandante al fin se decidió, se dirigió a los demás con un gesto que parecía cansado, y ellos alzaron los fusiles, apuntaron los cañones relucientes. Sus anchas caras obreras, golpeadas por el mediodía, sólo mostraban ahora aburrimiento y compasión.

Llamaron, una y dos veces: el tiempo se había acabado. Marta prosiguió, mientras se vestía, con voz cada vez más desvaída:

—Sí, el pelo me lo raparon por ese motivo, unos días después, en la ciudad. Por haber estado con él hasta el final. Y dijeron que él había hecho algo. Y que si yo me había salvado del lager, algún motivo debía de haber. Tú no me preguntes si era verdad, podría decir que sí. Ahora ya no sé nada, una infinita puerta metálica ha caído entre aquellos días y yo. Sólo me acuerdo de después, del mes que siguió. Vivía en una pensión de lujo, dinero no me faltaba. Pero salir se convirtió en una aventura mortal, desde que pegada a una columna de los porches, en una primera página abierta, reconocí mi foto de teatro, Giselle o Coppelia, y por la voz de los vendedores de periódicos supe que habían vuelto a buscarme, que lo habían vuelto a pensar. Entonces comencé a huir, es la cosa que más me fascina del mundo. Cambié de ropa, de dirección, de costumbres. Iba confusamente de una pensión a otra, sin permanecer en cada sitio más de una noche, como suele ocurrir al principio, cuando el peligro es nuevo y la maleta flamante. Luego, y sentí un alivio, comprendí que nunca conseguiría salvarme y que entre aquella puerta que era la libertad y yo se multiplicaban a cada paso distancias deshabitadas, inhabitables, un Ártico sin objetos. Y que para atravesarlo necesitaba movimientos imperiosos y alegres, una bravura que había perdido. Proseguí de igual manera, como es natural, buscando gente que me ayudara a cruzar la frontera, aduaneros, guías alpinos, pescadores del lago, y pese a los pasos y a las barcas que me prometían, sólo conseguían existir en voz baja, en una trastienda, una noche, dentro de un juego de fechas y de cifras inútilmente preciso. Como precarios fantasmas que más adelante, saliendo a la calle, me ocuparía de

rechazar con la mano hacia un horizonte dudoso de días, un imposible domingo del futuro. A decir verdad, ya no sabía prescindir del aire de trampa en que vivía, de los cerrojos que me esperaban en casa, de las llamadas del teléfono semejantes a relinchos del apocalipsis. Hasta tal punto es cierto que todo, incluso la desesperación, acaba por transmutarse en vicio dentro de mí.

»Ir entre la gente fue entonces como exponerse a una picota terrible y dulce. Caminaba furtiva, torpe, obligada a escatimar mis gestos como un prestidigitador envejecido. A veces, mientras esperaba a que el semáforo cambiara de color, me bastaba con permanecer encerrada entre codos y dorsos, y he aquí que comenzaba a temblar, aunque fueran inocentes los ojos que sentía posarse sobre mi escasa cabellera, mi impúdica fragancia. Hasta que después, al regresar a casa por la noche, él, Andrea, me esperaba en la escalera, sentado sobre un peldaño, y se besaba, como aquel día en el bosque, labio con labio. Se hacía a un lado, ciñéndose al muro, para dejarme pasar, pero titubeando, como si justo en el último instante, por un pudor imprevisto, hubiese renunciado a hablar. Sólo en el momento de girar la llave en la cerradura me dejaba convencer de que no lo había visto, sin por eso volverme a buscar la prueba en el rellano vacío. Aquellas veces tardaba en dormirme y con una cierta sórdida mansedumbre, segura de que me atraparían en el sueño, segura y feliz de que durante el sueño vería abrirse lentamente la puerta, como había visto en tantas películas, y entrar en silencio hombres como cocineros, con una hachuela en las manos enguantadas de goma roja. Nadie venía, pero al despertarme pensaba: basta; al día siguiente saldría temprano, me arrojaría al suelo gritando mi nombre. A no ser que fuera mejor matarse en silencio, sin ensuciar, sin tarjetas en el bolso, después de haber abandonado las maletas en una consigna. Y sería el modo más sencillo de esconderse y dejarlos a todos con un palmo de narices.

»Finalmente escupí sangre, y el epílogo se escribió por sí solo.



### XIII. PARTIDA DE AJEDREZ CON UN DIOS VENDADO

Éstas fueron, más o menos, las palabras de Marta. Y puedo haberles añadido algún adorno de más, suele ocurrirme. Pero la entonación era ésa: febril, tierna, pomposa. Un solo de ópera, que parecía invocar al mismo tiempo aplausos y misericordia. No de manera diferente en la isla, los días de feria, un coplero vestido de terciopelo, de pie frente a un telón pintado, notifica al pueblo que le rodea las tristes vicisitudes de la baronesa de Carini; o bien en la iglesia, con motivo del luto más amargo, un tenor intrépido llora una tras otra todas las llagas de Nuestra Señora de los Siete Dolores, y nos hunde la espada siete veces en el seno.

Sólo que ella, la enferma, mientras se dejaba mover por una parecida redundancia de sentimientos, en la que participaban por igual congojas y teatro, no por eso daba menos la impresión de haber preparado cualquier abandono con previsión y pedantería; hasta el punto de provocar la sospecha de que, en sus vuelos de un trapecio al otro, daba por descontado que no corría ningún riesgo de caída mortal, salvo el de inducirme a creer hasta el final que iba a caer.

Ahora yo sé —ahora que Marta ha desaparecido y su nombre sólo es una cicatriz en mi mente— que, juzgándola de este modo, la calumniaba en buena medida, y que en su manera de esconderse tras disfraces y pelucas el interés personal intervenía en una parte muy escasa. Más cierto es que ella recortaba de su pasado (único bien que no tenía hipotecado y deteriorado), sin hacerlo adrede, algunas secuencias privilegiadas, mientras arrinconaba con ambas manos, en una alacena de la conciencia, el antes, el después, el porqué. Se derivaba de ahí un perpetuo juego del escondite entre mentiras y omisiones y admisiones imperfectas, lo justo para dar a sus confidencias un resplandor intermitente y maligno, como de un faro en un banco de arena, manipulado por un traidor. Y, por consiguiente, yo, que ya un poco por mi cuenta me había sentido enaltecido a protagonista de casos no menos nobles, escuchaba ávidamente, pero no sin una curiosidad policíaca, los recitativos y los *apartes* de su simultáneo libreto, destinado con toda verosimilitud a mezclarse y concluirse junto con el mío.

Es cierto, y lo he experimentado al envejecer, que en cada existencia, incluso la más secreta, se esconde un germen de ficción y de alegoría. Pero entonces yo sabía esto sólo por los libros, era poco más que un muchacho, y en la vida me movía a tientas, con las manos ciegas de quien, cuando se produce una avería de la luz, busca inútilmente en los muchos cajones de un mueble un pedazo de vela olvidado. Y, por tanto, cada vez con mayor embarazo le prestaba atención, no perdonándole en mi interior ninguna de las tantas incongruencias de casos y estaciones; y preguntándome en todo momento en virtud de qué mitologías de educanda ella se obstinaba en decorar con medallas, además de con piedad, a aquel barbarroja Caravadossi, detrás

de cuyo martirio profano se ocultaban dificultosamente una cruel patria y misión; y si había dolor auténtico o sólo engaño debajo de aquella palabra, lager, surgida y sumergida inmediatamente en el río de las otras mil restantes.

Rechacé en mi interior, y fue tal vez un error, las preguntas prácticas, meticolosas y crueles que me habían venido a los labios. Humillarla, me dije, significaba perderla. Y callé, por consiguiente: pero de ahora en adelante estaría más atento; observaría las manipulaciones de la mujer con suspicacia y respeto a la vez. Como las jugadas de una partida que me urgía al menos empatar.

Ocurrió en este punto, sin saber nunca el motivo, que ella se negó a seguir viéndome. Un regalo de perfume francés que cometí la locura de comprarle en la ciudad y le mandé por el chico, me fue devuelto sin abrir. Y de igual manera permanecieron sin respuesta los sucesivos mensajes. Finalmente murió Adelmo, ya he hablado de ello, y se extinguió cualquier medio de comunicación.

Supe, interrogando con astucia a la jefa de enfermeras, que no estaba peor de lo habitual y que, sin embargo, ya no salía de su habitación. Me intrigó la idea de aquel nuevo confinamiento, si bien en cierto modo me hacía sentirme menos mortificado, al poder atribuir su desinterés por mí a un propósito más vasto de negarse al mundo y a las míseras fiestas de nuestra vida común, de todos nosotros, digo, allí en la Rocca.

Por añadidura, en aquellas semanas yo era presa de una excitación diferente. Se había ausentado sin preaviso la fiebre, aquel calor tibio, ofensa y memento de cada minuto, y extrañamente me sentía florecer de nuevo, aunque el Gran Flaco, cada vez que me golpeaba con los nudillos sobre el tórax, se cubriera el rostro con una celada de bronce, especulando perversamente (así comenzaba yo a creer) sobre las tantas añagazas del silencio, con la única intención de asustarme. Desde el momento en que, después de la noche de la representación, había cesado cualquier atención hacia mí, buscaba hacerme daño como podía, aunque sus represalias de coetáneo me resultaran inexplicables. En contra de toda apariencia me negaba a atribuir al viejo un móvil tan frívolo como los celos. ¿De qué, además? Si su pupila (o compañera de cama, o lo que fuera) y yo habíamos evitado diligentemente que nada de nuestras reuniones llegara a sus oídos; si ella estaba allí recluida, cuatro huesos en un sudario de percal, entre toses y jarabes, agostándose. ¿Qué contrariedad podía ocasionarle mi pregonado y probablemente platónico enamoramiento de la muchacha? ¿No entendía que era para mí una manera de llenar la pompa vacía de los días; de vivirlos con fuerza, tensando cada cuerda de los nervios en un acto absoluto? Era, de modo metafórico, un no a la muerte lo que yo gritaba a través de aquellas fogosas indisciplinas; buscaba toda una suprema farmacia en la química de los sentimientos, dado que de la otra ya no me atrevía a esperar ayuda. Sin contar, pero esto a él desgraciadamente no tenía manera de hacérselo creer o saber, con que, a consecuencia de la actual lejanía, y con el transcurso de los días, mi calor por Marta se había ido degradando un poco en una mezcla de conmiseración y resentimiento: en parte, por aquel rechazo suyo sin

ninguna excusa; en parte, por su forma de aparecérseme, después del último encuentro, como un icono artificioso y fanático, que parecía encarnar en sí toda la supuración e insensatez de los tiempos. ¿Debo decirlo? A medida que me iba apegando de nuevo a la vida y germinaban en mí subterráneas y laxas esperanzas, sentía elevarse en mí hacia ella como un desamor y casi una sombra de tedio, si así puedo interpretar aquel conato de higiene que me impulsaba a desalojar la mente de cualquier expansión y a dejarla inmóvil y blanca. Vaya usted a saber después por qué, estando así las cosas, me dolía tanto no verla, no haber podido dar una continuación a aquellas tardes nuestras en la ciudad: horas tampoco totalmente felices, de las que me había quedado un recuerdo entre melifluo y ahíto, como cuando se huele demasiado tiempo una rosa. Siendo así de incongruente y para mí mismo problemático mi teatrillo de afectos, tuvo necesariamente que sorprenderme, y más aún irritarme, encontrar un día, al regresar de la sala de juegos, escritas a mano sobre una hoja del recetario y retenidas con un vaso boca abajo sobre el tablero de cristal de la mesa, las palabras que inmediatamente paso a copiar:

Oh desgraciado Giufà, recupera la razón ahora.  
y si una cosa está perdida, no te quedes esperando a que vuelva.  
Días hermosos tuviste, y, se supone, también noches.  
Ahora ella ya no quiere. Tú haz lo mismo,  
ocúpate de tus cosas, no vivas en la desgracia.  
Lesbia empeora, pero tú no estás mejor,  
ni entre los vivos eres otra cosa que únicamente un rehén.  
Atiende: el placer del amor a las flexiones de pecho  
no favorece, ni te ampara de la lombriz homicida,  
¿me entiendes?, el homicida liliputiense vagabundo.  
(Cfr. RE ORSO, *passim*, *Universale Caddeo*).  
Basta, déjala en paz. Que, si me impaciento,  
*pedicabo te atque inrumabo*.

No llevaba firma, y la cabecera estaba arrancada, pero la caligrafía, y el mal condimentado galimatías, tenían forzosamente que pertenecerle, de modo que, sin que me retuviera la conminación de una monja que custodiaba el suelo recién fregado, crucé el corredor y me dirigí con pasos veloces y vindicativos hacia la habitación del Gran Flaco, olorosa a lisoformo.

Le encontré, con señales de abandono, echado en una butaca, y eso, conociendo sus hábitos de andarín, me sorprendió. Así como también la libertad de su indumentaria, el morado de las ojeras debajo de las gafas, el alineamiento de los frasquitos sobre la mesa de juego que le servía de escritorio. Todo, a decir verdad, en su aspecto de enfurruñado y prébite lemur, parecía poner en dificultades al visitante

indiscreto. Hasta el punto de que a su «Salud», pronunciado con hostilidad, no contrapuse la bocanada de improperios que llevaba en los labios, sino un paralelo y casi servil «Salud».

—Oh —comenzó él aburridamente, sin alterar el oxímoron que era en cada ocasión su exordio—, oh, mi impaciente paciente. Vamos, no te enfades tanto por unos ripios sin pies ni cabeza. No era una advertencia mafiosa, sino una broma de las mías; un pretexto para inaugurar el verso libre. Y sobre todo para hacer las paces. Pero, además, ¿estás seguro de ser tú el bobo Giufà? ¿No podría tratarse más bien de mí? Escucha:

Oh mísero Mariano, deja de hacer el tonto,  
y si una cosa es *kaputt*, convéncete de que es *kaputt*...

Soltó una risotada.

—¿No es una variante más graciosa?

Y añadió, en voz más baja:

—Mariano *kaputt*, *K.O.*, por culpa de Lesbia *kapo*...

Evité contestar, con él convenía esperar. Por otra parte, incluso en el caso de que no hubiera otro motivo, siempre he desconfiado de los viejos.

Pero él:

—Podrías al menos sonreír, ¿no? —exclamó—. ¿No te divierto?

Y al cabo de un rato:

—Vamos, se te pasará jugando, aparta esas medicinas, prepara el tablero. Y empieza el juego, te regalo la salida.

Obedecí, la cólera se me había evaporado, dejando en su lugar únicamente la amargura de intentar descubrir qué significaba esa puesta en escena y qué relación mantenía con nuestro triángulo escaleno, yo, él y Marta. Lo imprescindible para que me distrajera de la partida; y me diese a los mil demonios, viendo a su Reina, con la ayuda de un Alfil a las espaldas, penetrar dentro de los plácidos tabernáculos de mi enroque y acabar por ofrecerse impudicamente a una triple presa en G uno, inmolándose, sí, pero no sin establecer en torno a mi Rey un sofocante cimiento de piezas. Hasta el punto de permitir al rápido Caballo infligirme el más irónico y doloroso de los mates: el mate ahogado.

Pero mientras derribaba mi Rey, como es costumbre, «*Uberius*» proclamó mi adversario, y añadió, repentinamente meditabundo:

—¿Quién sabe por qué el sacrificio de la Reina proporciona a quien lo realiza un tan equívoco orgasmo, no lejano del amoroso? Tal vez es un placer gatuno —se contestó a sí mismo un poco después—. De gato jesuita y verdugo. Que se divierte en prestar al ratón una momentánea hilaridad de salvación, y lo desengaña después de repente, lanzando el zarpazo mortal. Finge actos de piedad y mientras tanto se enfunda la capucha negra.

—Es algo más que eso, supongo —le interrumpí, y pensaba en mí, en el padre Vittorio, en nuestra triunfante, fracasada, intentada imitación de la Pasión—. Está el prestigio y la idea antigua del holocausto, aquella según la cual el Hijo de Dios ha bajado a la tierra para pagar por todos, Él solo; y todavía hoy algún laico vidente promete en los periódicos la redención perpetua a la humanidad venidera, a condición de que una sola generación, la nuestra, se condene y perezca por todas.

La risa intentó forzar sus labios, sus mandíbulas contraídas. Y consiguió aflorar, aunque en forma de guiño, y por poco tiempo.

—¿Hijo de Dios? —exclamó—. De un centurión romano, querrás decir. Ya sabes cómo entran inmediatamente en celo las indígenas con los soldados coloniales.

Y silbó *Ziki Paki*.

Ya estaba acostumbrado a obscenidades semejantes, flores sueltas de lo que llamaban el Evangelio según Mariano, y me avergüenza confesar que lo adulé con una incauta risita. Inmediatamente la vanidad alegró sus ojos, hizo muecas, y aumentó la dosis con «Un día se verá». Luego:

—Oh, sí —prosiguió—. No es más que uno de los nuestros, un perillán piadoso, el vástago de un pesebre mestizo. Y te concedo que ha muerto bien, sin lloriquear demasiado. Glorificando el gesto de la muerte altruista. Se le podría dedicar un complejo, como me enseñaban en Viena. El complejo de Cristo. *Der Christuscomplex*, suena estupendamente, parece el nombre de una vitamina. Sea, pues, santificado el Cordero pascual, tanto en el cielo como en el bosque, donde, atado a un poste, espera el trinchante del sacerdote. Pero dime, ¿conoces la historia de los tres ladrones y de los cinco sombreros?

—No —contesté, aunque era la tercera vez que me proponía el abracadabra, y, casi para intentar que no prosiguiera, coloqué al azar un disco en el gramófono. Pero él, mientras múltiples voces conjugaban gallardamente *Peccantem me cotidie*, sin prestarles atención o, como máximo, concediendo subrepticamente algún guiño y relámpago de connivencia, dijo:

—Los tres están condenados a muerte. Por un poderoso, en una época antigua. ¿Qué lugar prefieres, Asia o Europa?

—¿Importa?

—No, no importa, pero no por ello deja de ser bueno que te pronuncies. Démosle alguna referencia localizadora a la fábula.

—Mejor el Viejo de la Montaña que el Gran Inquisidor —contesté, para satisfacerlo.

—Lo que tú quieras, pero de ti me esperaba Poncio Pilatos —dijo el Flaco, y prosiguió—: De modo que el Señor de los Asesinos les ofrece una oportunidad. Deberán, cada uno de ellos con los ojos vendados, cubrirse al azar con un sombrero de los tres blancos y los dos negros que están amontonados sobre la mesa. Se salvará quien consiga adivinar con razonados motivos el color del cubrecabezas que ha elegido. Sucede que los tres, cada cual sin que lo sepan los otros, extraen, unánimes,

el blanco. Se quitan la venda, se miran. Ahora bien, hay una cosa clara: que sólo puede salvarse el que vea encima de los dos compañeros dos sombreros negros y pueda por tanto deducir por exclusión el color del propio. Pero cada uno de los tres sólo descubre sobre la cabeza de los demás el blanco, el inexorable blanco...

—¿Y entonces?

—Los dos primeros reflexionan durante largo rato y renuncian. Son desombrerados, decapitados. Pero el tercero lo adivina. Te toca a ti decirme cómo y por qué.

—Si yo también lo adivino, ¿puedo confiar en una esfinge benigna? —pregunté, poniéndome serio, mientras una sospecha me invadía, la de que aquella adivinanza fuera o pretendiera ser una parábola. Y añadí—: También para mi mal sirve el mismo porcentaje de supervivencia, lo dicen vuestras estadísticas.

(Era cierto, lo había leído en un tratado de Sebastiano, y se lo había contado a él y a Angelo a la vez. «Uno de cada tres», había dicho, y nos habíamos sorprendido los tres mirándonos melancólicamente, riendo y pensando los tres en lo mismo).

—No es bajo, date por satisfecho. Era más bajo para Deucalión o Don Blasco —contestó, desorientándome hasta el punto de que no se me ocurrió pedirle cuentas de por qué había dejado sin responder mi pregunta de antes, sino que le pregunté:

—¿Don Blasco?

A lo que él:

—Oh, un antepasado mío de Tarragona, un almirante superviviente de la Armada Invencible. Nadó durante tres días y tres noches. Lo encontrarás detrás de ti, sobre la quinta rama a la derecha del árbol...

Y en ese momento entornó sobre los ojos las losas de los párpados, pareció adormilarse sin ninguna consideración.

La música había cesado, mientras tanto, y yo me esforzaba, sin conseguirlo, en resolver el rompecabezas. Sin embargo no me fui, estaba seguro de que no dormía sino que me espiaba desde su oscuridad y esperaba. Entonces me distraje, deambulé por la habitación, curioseando, inspeccionando, unas veces la hojita correspondiente a Don Blasco en el árbol genealógico, otras la fotografía de la mujer traspasada por alfileres en el corazón, o finalmente los gruesos fascículos manuscritos que tenía amontonados sobre una repisa de la estufa, sujetos con una goma. No obstante, de vez en cuando me volvía bruscamente, hasta que conseguí atrapar sus pupilas apuntadas a mi espalda, un instante antes de que se cobijaran de nuevo en su tranquila bolsa.

—¿Te he despertado? —fingí, mientras se me ocurría que todavía no le había preguntado qué le sucedía y si estaba tan mal como parecía. Casi como si hubiera intuido mi pensamiento, dijo:

—Una cirrosis. Moriré antes que tú.

Y una vez más, entre soplos y carraspeos y pizzicati de violoncelo, un gorgoteo muy parecido a una carcajada brotó del fondo de su garganta, mientras la habitual mueca le transformaba la boca.

Se había levantado ahora, había ensartado los pies descalzos, después de batallar sin éxito con los nudos gordianos de sus botas, en un par de deformadas chancletas, y encima de los hombros semidesnudos, sobre la camiseta empapada por el sudor y perforada por los marciales agujijones de su pelambreira, se había echado una toalla. Así disfrazado, arrastrando los pies y ayudándose con el bastón, atravesó la habitación, en dirección a mí, hasta quedar a mi lado frente a la librería. Fue la primera vez que realmente me repugnó: aquella risa, el trozo de carne decrepito y moreno bajo el bonete de seda, el olor de macaco inútilmente combatido por una reciente irrigación de brillantina, todo ello realmente sabía y hablaba de ruina y de despreciable muerte.

—Muchacho —dijo el viejo, y apuntó el dedo sobre un paquete lacrado que se vislumbraba bajo la pila de los Testutt—, aquí está la única y verdadera historia de Marta: testimonios, certificados, interrogatorios. Inventario clínico y catálogo de sus errores. Todo sobre el corazón, la mente y los pulmones. Con mis pensamientos sobre eso, mi estocada secreta y cantidad de arsénico para ti. Dentro de unas semanas lo leerás. Entonces sólo quedarás tú de nosotros tres.

No oculté mi asombro. Y él:

—Sanarás —me dijo—. Te salvarás.

Lo oí con mucha mayor suspicacia que alegría, y me volvieron a la mente los ladrones de antes. Entre otras cosas porque precisamente en aquel instante me había asaltado una superstición al verme reflejado, ay de mí, sin cuello, en el espejo de una cómoda muy baja que estaba a sus espaldas. Pero él se me adelantó de nuevo:

—Atiende, las probabilidades para los tres no son las mismas. Mejor dicho, para los dos primeros son cero. Sin embargo, es su derrota lo que asegura al tercero el hallazgo de la clave. De ahí el preguntarse: ¿ellos no se dan cuenta? ¿Saben que su renuncia y muerte servirá a quien venga después de ellos? ¿No es eso lo que los teólogos denominan satisfacción vicaria? Porque mira, el bellissimo azar del razonamiento del último consiste en apostar la vida sobre el conocimiento del sacrificio de los dos que le han precedido. Sólo con esta condición el chirimbolo cae y el bolo da en el agujero. Te lo repito, es la muerte de los primeros lo que ayuda al tercero a salvarse. ¿Está claro?

Denegué con la cabeza, no se desanimó.

—Suponte —continuó— que te has quedado solo con un sombrero de un color que desconoces y las dos cabezas segadas, de blanco, a tus pies. Prueba a preguntarte qué hubiera ocurrido de ser negro tu sombrero. Ponte en la piel de los demás, piensa con su cerebro.

Comencé a vislumbrar una luz.

—Si mi sombrero hubiera sido negro, bueno, el segundo...

—Se habría salvado, habría entendido que llevaba en la cabeza un sombrero blanco, que sólo podía llevarlo blanco. Porque si también él como tú lo hubiese llevado negro, el primero...

—Exacto, el primero, al ver dos negros...

Aquí la carcajada del Flaco se hizo clamorosa, impertinente.

—¡Frío, tibio, caliente! —gritó casi, y concluyó—: Como ves, todo enigma tiene su espejo. Y en cada trinidad hay una pareja de mártires y un chacal que se aprovecha de ellos. Eres tú, puedes vestirme de nuevo: no era para ti la tercera cruz clavada en el Gólgota de la Rocca... Y ahora basta, vete. Si no, hay esto: *argumentum baculinum*.

Y, burlonamente, apuntó contra mí el bastón.



## XIV. INSEGURIDADES DE ORFEO

Lector, ¿te ha sucedido alguna vez, estando de pie en la escalera mecánica de un gran almacén, ver cómo los peldaños que te separan de la plataforma de llegada se encogen inexorablemente y uno tras otro desaparecen en su vaina? Igual los días de aquel verano. Triste estación, para ser parco. Con aquel sol sin ocaso: una especie de plenario fulgor, cuyo taladro buscaba mis pupilas con el mismo ahínco que una arista de sílice un talón desnudo.

Y sin embargo los días huían. Pero su huida, si bien parecía haber dejado de arrastrarme hacia la meta peor, no cesaba de asustarme. Casi como si una negra humareda de cuervos con revoloteos de mal augurio oscureciese hora a hora la espera vacía del cielo. Es cierto que, ante el impensado regalo de supervivencia que mi cuerpo parecía prometerme —bienes parafernales no previstos en el contrato—, yo no conseguía sustraerme a un sentimiento de descontento y de culpa. Pensando en los compañeros, a los que no iba a ser concedida una idéntica inmunidad; y en mí mismo, en la tarea que me incumbía, sancionada por las palabras del Flaco, de rehacer mis cuentas de arriba abajo y volver a enamorarme de mí. Fuera tregua o indulto lo que tenía que llegar, sabía que me sería fatigoso revisitar la vida, y sus insolencias, el bullicio preocupante de sus comercios. A semejanza de un Po cuyo lecho ha sido alterado por un mal invierno, y que debe buscarse nuevos caminos en el limo, yo sentía toda la fuerza de mi sangre, antes lanzada a la carrera hacia la desembocadura señalada, desperdigarse ahora en mil vericuetos, zanjas y canales, frágiles como la trama de venillas en un ojo. El mañana, por todo ello, volvía, aunque de manera distinta, a presentármeme erizado de pinchos. ¿Con qué miembros, por otra parte, y disposición de ánimo acogería su asalto si todo en mí sufría aún la doble ofensa, tanto de la guerra como del morbo enemigo? ¿Dónde reencontrar mi ser adolescente, cómo sanarlo de aquella infección: la entrada de la idea de la muerte en la intimidad de un corazón inocente? Un incalculable peculio de años, si el médico no mentía, se añadiría a los escasos céntimos que hasta entonces apretaba en el puño. Pero no sabía cómo gastarlo, es algo que les sucede a los nuevos ricos.

Sentados en la galería, al oscurecer, un estremecimiento apenas perceptible de aire nos sorprendió en nuestros linos ligeros. Uno solo. Pero «*Agustu è capu d'inviernu*» sentenció en dialecto, increíblemente, el coronel, recuperando en aquel instante, después de tantas vanidades de guarniciones y de plaza de armas, una antigua e intacta inocencia de facciones campesinas bajo la blanca visera del peinado militar.

Estábamos echados juntos, los cinco que seguíamos vivos, yo, él, Sebastiano, los dos Luigi, cada vez más divergentes, estos últimos, de comportamiento y de humor.

Al Alegre, al antiguo amigo de la Adele, cuyas expansiones, mucho más que la melancolía del Pensativo, me habían ayudado tantas veces a vencer las tautologías del aburrimiento, me dirigí cuchicheando a pedir ayuda para Marta. Había vuelto, en efecto, según el movimiento del columpio, a inflamarme por ella, a escribirle cartas que sabía que no podía enviar, a buscar oídos y consuelos de confesores. Y me había metido en la cabeza volver a verla, no sabía cómo, si él y su nueva amiga no me ayudaban. ¿O bien había otros modos de remendar los contactos? Qué sé yo, un mensaje escrito a lápiz sobre una pared de la Sala de Rayos, una oportunidad durante la misa o en la cantina de la Rocca, ¿qué le parecía?

El Pachá no toleró mis susurros, sino que implicó a grandes voces a los compañeros de armas en la consulta. El otro Luigi comenzó por evadirse, luego consultó en vano la suerte a los habituales *Ossi di seppia*, mientras Sebastiano permanecía en silencio mirando estúpidamente frente a él. Sólo el coronel, olvidado el hábito del jerárquico hielo, y alzando sin embargo en el aire la única mano, como si dirigiera una partitura, accedió a discutir, a persuadir, acalorándose en una tan burguesa estrategia no menos que en una Gran Maniobra de Rojos y Azules de tiempos de paz. Fue suya la propuesta que acogí, una variante del Plan Von Schlieffen.

El siguiente día festivo, pues, obtenido el permiso que se necesitaba y endosado el traje de salida, apenas hubo descendido del tranvía la tropa de los parientes de visita, di media vuelta y me mezclé con ellos, con ellos volví a cruzar la verja, eligiendo, cuando se hubieron dividido en dos flujos divergentes, el que se dirigía hacia el pabellón femenino, con la esperanza, entre tantos colores y estrépitos, de eludir la aduana de las monjas, la mayoría de las cuales, por otra parte, acaso no me habían visto nunca. Llegué así hasta la cabecera de Marta, en la habitación que ella compartía con otra, no menos atenta a estrujar entre los dedos afilados los tirantes de la combinación que a intentar identificar con miradas de reojo al desconocido invitado de la altanera compañera. Pero ésta (¡hela allí, mi locuaz Scherezade de una sola mísera noche!) volvió vivazmente la mirada cuando aparecí a su lado, en el lecho donde vestida yacía en reposo.

—No te sientes ahí —me advirtió después, mientras me disponía a sentarme en una silla de hierro—, sino aquí, cerca de mí. —Y me hizo sitio con mohínes que no me esperaba. Luego, no menos cariñosamente, me cogió entre las manos una de las mías como para sofocarme en la lengua los reproches por su silencio y aliviarme, casi, de toda desconfianza y despecho. No me atreví, sin embargo, a hablarle de mis esperanzas de curación, tanto por miedo de que tuviera una reacción de envidia como porque advertía que si había un hilo que podía mantenerla ligada a mí, éste era la comunidad de nuestras suertes, un hilo que no convenía romper. No tuve que arrepentirme cuando la oí, entre perentoria y suplicante, proponerme escapar juntos, con razones y de acuerdo con un plan como sólo conciben las mentes de los

colegiales o de los desesperados: puesto que para nosotros todo estaba perdido, tanto daba irse por ahí, fuera de la ciudad, a repasar por última vez con los ojos cielo, tierra y mar. Alquilaríamos una moto con sidecar o una antigua dos plazas; sabía que se podía; yo simularía una urgencia por volver a casa, ella se limitaría simplemente a salir sin pedir permiso a nadie, en la confusión de un día de visita. ¿Qué importaban, en nuestras condiciones, las cóleras del Gran Flaco?

Mi primer impulso fue, naturalmente, rehusar. ¿Fuera de la ciudad, nosotros dos? ¿Con tantas diligencias asaltadas, matanzas, escabechinas? Nosotros dos, casos insólitos, especialmente ella, que parecía salir de un libro, inventada... Esto quería decirle, y sin embargo, no sé cómo, por una languidez u ofuscamiento de la razón, sin decir una palabra arranqué un trozo de envoltura del paquete de perfume que le había llevado y encima de él tracé un sí radiante, pueril y gigantesco, que repetí al revés, en todos los espacios posibles, no sin haber esbozado antes un dibujo, ella y yo encima de un Bugatti compitiendo con el viento.

Rojo como un Bugatti pero de menos noble estirpe y sosteniéndose a duras penas, el *cabriolet* de guardabarros unidos en que la esperaba en la parada de la Cuba, la mañana del día previsto. ¡Y qué hermosa me pareció en el momento de saltar del estribo del tranvía y encaminarse hacia mí con paso excitado, haciendo revolotear la falda en movimientos de molinillo en torno a las gráciles y elegantísimas piernas! Me abofeteó afectuosamente con el guante de encaje, con la otra mano sostenía un gran bolso, lleno de fruslerías de mujer. Sacó incluso de él unas gafas de sol, y un largo echarpe de seda, cuando se sentó a mi lado y dejamos atrás la ciudad y, más atrás aún, la Rocca, con su provisión de mortales pestilencias y lamentos.

Habíamos salido por el Ponte dell' Ammiraglio, pero pronto abandonamos la carretera del mar, para vagabundear caprichosamente a lo largo de sinuosos caminos vecinales, recogidos entre muros de guijarros, detrás de los cuales crecían campos de mirtos y olivos silvestres mordisqueados por el ganado. Una pita que se nos apareció de repente encima de una loma, totalmente vestida de fiesta como de cirios un altar, nos detuvo. Y Marta, santiguándose, quién sabe por qué:

—Dicen que florece una vez cada diez años y luego muere inmediatamente. Tal vez quiera significar algo que nos haya correspondido a nosotros verla así.

Se había cubierto la cabeza con el echarpe para protegerse del viento de la carrera, y, en la medida de lo posible, del polvo, y parecía contenta, como también lo estaba yo, del tumulto de visiones y escenas que nuestro viaje nos iba ofreciendo. Así que no nos espantó caer, después de algún kilómetro, en medio de una multitud de campesinos y campesinas en marcha, como informaban las pancartas empuñadas, hacia una ocupación de tierras, en el feudo del barón Basilio Trigona.

Detrás de un guardia rural privado, con indumentaria semimilitar, la procesión de carros y personas se extendía larga y lenta sobre el camino, un mulo tras otro, una cara tras otra, ennegrecidas por la canícula. Parsimoniosos los gestos, y sostenidos por una intimidada alegría. La que experimenta una vanguardia de vencedores,

penetrando en un salón de espejos, con la mano en torno a la empuñadura de una pica. Pero estaban aquellos niños: endiablados ladronzuelos de uva, ángeles despeinados con pistolas de juguete en las manos, desaparecían, aparecían, aunque sin ruido de voces o de risas. A veces montados sobre un margen seco, allí al fondo; otras a través de un campo, aquí cerca, donde perseguían a un macho cabrío de oblongo hocico prognato que rebuscaba entre gramíneas y rastros semiquemados. Sólo se oían las voces de las madres que les llamaban y tenían grandes moños recogidos sobre la nuca.

Recorrimos la hilera en marcha, saludando con amistad, sin recibir a cambio otra cosa que dos dedos en forma de V sobre la visera de la gorra, junto a una oscura sonrisa en la que se mezclaban en partes iguales hostilidad y respeto. Además de un estremecimiento de estupor por aquellos imprevistos rostros ciudadanos asomando de la portezuela.

—¿Somos falsos nosotros o son falsos ellos? —preguntó Marta, cuando les hubimos rebasado, en el polvo del campo.

—¡Vaya pregunta! —repliqué—. Basta con tener hambre para ser auténticos, más auténticos que nadie. Somos nosotros, por el contrario, los peces dentro de la pecera. Es fácil entenderlo.

—Yo pensaba —murmuró— que nuestro estar cerca de la muerte... ¿Qué saben ellos de la muerte?

Exclamé:

—Más que nosotros dos juntos. Y la contemplan con ojos exactos. Mientras que nosotros, embalsamados dentro de aromas de palabras, no hacemos más que acariciar de la mañana a la noche nuestras vanidosas agonías. Sin llegar ya a saber si llevamos sobre la cabeza una corona de espinas o una diadema de carnaval.

—Yo... —dijo ella.

—También tú, también tú, con tu echarpe de Isadora Duncan y tus pegajosos jarabes en el bolso. Mientras que ellos son auténticos, sudan historia, apestan a historia. La misma historia que constantemente nosotros dos nos empeñamos en borrar con una goma barata...

Habría proseguido, pero aquí Marta me interrumpió con su habitual chantaje, la tos. Y cuando se hubo calmado, se puso, con un gesto que entonces ya le había visto hacer varias veces, la mano delante de la cara.

—¿Por qué me acusas si tú confieras la misma culpa? —dijo—. Óyeme —añadió, con una torva solemnidad—, y recuérdalo: sólo yo soy de verdad y lo seré mientras viva. Vosotros, los demás, apenas sois sombras y ficciones que siento respirar y hablar a mi lado. Y la historia sólo os concierne a vosotros, yo no sé qué quiere decir. Entiéndeme: entre todos los miles de millones de siglos pasados y futuros yo no sé encontrar acontecimiento más importante que mi muerte. Y todas las carnicerías y derivas de continentes y estallidos de estrellas son únicamente cancioncillas y comedias en comparación con este minúsculo e irrepetible cataclismo, la muerte de

Marta. Haría cualquier cosa por retrasarla un instante. De puta, de espía, de carcelera. Y quién sabe si no lo he hecho ya.

Estos discursos y otros semejantes nos acompañaron hasta el pueblo vecino, sobre una escarpada plataforma de tierra firme, centinela de las montañas del interior pero todavía a escasa distancia del mar. Pensamos dormir en él, estábamos cansados. Yo, a decir verdad, no demasiado. Pero ella mucho. Quiso, sin embargo, que subiéramos a pie hasta el espolón más alto, a contemplar la llanura que se extendía debajo de nosotros, y las velas en el horizonte, que vacilaban en la penumbra.

—A esta hora en la Rocca me estarán buscando.

—Inexplicable desaparición de una antigua bailarina. —Así, imitando al chico de los periódicos, conseguí hacerla sonreír, y añadí—: Piensa que antiguamente desaparecer era la señal de un privilegio. Sólo les sucedía a los reyes, en la calígene de una tempestad.

—¿Y acaso yo no soy una reina? —bromeó también ella—. Su Desgracia Marta Primera, con un súbdito o dos apenas, que se la juegan al ajedrez.

Se apartó de mí, corrió hacia abajo, donde, mediada la ladera, en lavaderos de piedra, con las iniciales de los amos grabadas, unas mujeres, cantando, enjabonaban ropa de gala: para la fiesta del santo —dijeron, cuando las alcancé—, mañana por la mañana. Intercambiamos con ellas, sentados sobre un poyo, algunos propósitos tranquilos y en cierto modo felices. Después siguieron cantando y, al alejarnos, su canto nos acompañó.

Mientras tanto el aire, aunque el día llegase a su fin, aparecía aún totalmente aturdido de luz. No sólo la del sol, del cual permanecía a occidente, en el centro de una espuma de vapores, entre brazos ya de cenizas, la bárbara púrpura; sino también otra, de un encarnado diferente, que parecía resplandecer de un párpado o corola de cielo encerrado sobre nuestras cabezas, y acompañarnos a lo largo del camino como un surco de espada o de estrella. Y ésta oscilaba sobre las gibas y los pedregales de las colinas del entorno; penetraba en las gargantas pobladas de cardos; se entregaba sobre los terraplenes, donde alguna moribunda cepa, entre dos rompevientos de chumberas nopales, pedía con obstinación algún magro jugo de linfa a la tierra. Entonces volví a pensar en los aparceros y los caudillos en marcha con sus mulos y caballos de manto bayo; en los rudos zapatos de lona con que batían el suelo, en sus ásperos látigos, en los rollos de cuerda y en los picos que sostenían en los hombros. ¿Para rodear con límites unas parcelas de raíces y de terrones? ¿Para edificar encima de ellas alguna casucha, algún simulacro de vida? ¿Tan inútiles, pues, sus pasos como los nuestros? ¿Como el humo de nuestros años dilapidados? ¿Y aquel sol, galeón del rey de España, que se hundía entre llamas en el mar; aquellos parapetos y obeliscos y zozobrantes escuadras de nubes, de las que parecía colgar y pudrirse un trofeo de armiños y de rosas...? ¿Todo imaginario, a excepción de nuestra muerte, como decía Marta?

—Cree sólo en los ojos —me contestó en silencio—. Y si te salvas, intenta mañana parecerte a esos hombres.

Pero sabía que no lo haría.

Cuando la última uña de luz se hubo apagado y el volumen de la noche se nos vino encima, como los pliegues de un gran manto, fue obligatorio regresar. La habitación de la posada era más amplia de lo que cabía esperar y con un balcón abierto a los susurros del campo y del mar lejano, ya totalmente reluciente de la fosforescencia de las noctilucas.

Marta se empeñó en mirar afuera, mientras me desnudaba, sorda a las recomendaciones que le hacía para que dejara de ofrecerse a la humedad que aumentaba. Poco convincentes recomendaciones, a decir verdad. Dado que en aquella aventura ya no me sentía capaz de ser para ella ni gobernador ni guardaespaldas, sino únicamente testigo y notario. Demasiado inútil habría sido seguirla manteniendo por un dedo en equilibrio mortal, con todo el cuerpo abalanzado hacia el precipicio. Y ahora que las violetas de los ojos y los cavernosos oráculos de la tos anunciaban próximo en ella el derrumbamiento final, mientras a mí me había tocado en suerte sustraerme a él, huyendo por una rendija tan fina como un cabello, ahora yo entendía que el precio a pagar era éste: dejar detrás de mí, después de haberme vuelto sólo un momento, todas las insalvables sombras, Sesta, Marta, Eurídice, o como demonios se llamara...

Marta no se movía del rectángulo de la ventana frente al mar.

—Sí —dijo sólo dos veces, sin precisar qué quería decir con eso.

Más tarde, en la oscuridad, a mi lado, me buscó las manos, las quiso sobre ella, en el abdomen, aguantándolas firmemente entre las suyas, donde pudieran sentir como una redondez de la carne en torno a una ligera hinchazón perlácea.

—Si fuera un niño —dijo, y rió, cambiando inmediatamente de diapasón y de tema—. Recuérdame mañana que me lleve las sábanas infectadas. Pagaremos, tengo dinero.

—Magnífico —no pude dejar de burlarme, aunque en mi interior le diera la razón—. Magnífico. Podrás hacerte el ajuar. Pero ¿no sería más sencillo atarse un cascabel al tobillo? Y también más económico.

Pero ella, para obligarme a callar, me puso un dedo sobre los labios, se estrechó contra mi cuerpo, me mordió, me rechazó, me sopló en el oído su fiebre interior. Todo ello tácitas invitaciones a amarla, que el remordimiento no me impidió aceptar.

De la ventana ya no llegaba ningún rumor, salvo uno de ruedas, de vez en cuando, sobre el adoquinado. Pero una luz pálida penetraba rasante, débil como la que esparce la luna antes de asomar sobre la colina. La suficiente para que su frente, bajo la aureola de los cortos cabellos, dibujase un charco de claridad dentro de la negrura de la noche. Entonces, buscándole yo con boca cansada en el cuello un antiguo mordisco amoroso que engrandecer, la oí con una sombra de vanidad en la voz, hablarse, como en la infancia, a sí misma:

—Amén también por esto, Marta, amor mío. Y a partir de mañana, pues, ya buena para la cama, para morir.

Y ya no retuvo los frágiles mecanismos del llanto.

## XV. YO, MARTA Y OTRAS AGONÍAS

Ya antes, entre el sí es no es del sueño, me había parecido escuchar castañuelas y campanilleos lejanos, pero quienes me espabilaron fueron, debajo del balcón, con voces melodiosas y petulantes, los pregoneros del tiro al blanco. Y entonces me retornó a la mente que la noche antes había visto, al cruzar el pueblo, festones de lamparillas de papel y postes de fuegos artificiales alzados a lo largo de la calle mayor, y en una explanada, momentáneamente inmóviles y deshabitados, los vehículos de un tiiovivo. Así que era día de fiesta, perfecto. Llevaba tiempo esperando poder comparar en medio de la gente mis comportamientos con los de los demás y alegrarme la vista con trajes diferentes y coloridos después de tantos uniformes. Por otra parte, ¿acaso no debía volver yo mismo, dentro de poco, a alborotar a coro con los demás en el cafarnaún de la vida? ¿No convenía entrenarse?

A menos que... He aquí que una nueva espina de angustia y de mal augurio me acompañaba desde hacía unas horas; desde cuando, después del amor, reacio a conciliar el sueño por no sé qué calor en las sienes, me había contado las pulsaciones con un dedo, descubriéndolas de nuevo, no ya galopantes, no, pero sí más sostenidas de lo que era lícito esperar. Por lo que me había sobrevenido la sospecha de que, con su eufórica prognosis, el Flaco se hubiera divertido sólo en tranquilizarme, imitando al gato y al verdugo cuyo elogio había sostenido. Para crear de este modo, entre la mujer y yo, una desigualdad, y minar nuestro entendimiento, distanciarme de ella: como luego, en parte, había realmente sucedido.

Pese a esto, me levanté. No me tomé la molestia de despertarla del cubil en que se había acurrucado con la sábana envuelta sobre la cabeza, como la víctima que espera el golpe. Por el contrario, sin hacer ruido, después de dejarle una nota sobre la mesa, salí de la habitación y me dirigí, madrugador, hacia el corazón de la aldea.

Era un poblachón grande y no triste, me pareció. Tan pobre como los del interior, donde torva e infantilmente reinaba Giuliano, pero no triste. A juzgar por las casas pintadas de azul metileno, cada una de las cuales enarbolaba colgante, sobre las miserables puertas, una olorosa pérgola de jazmín. Oscurísimas las caras, pero alegres de jabón reciente, en el momento en que se asomaban entre macetas de hierbabuena a verme pasar. Y ya salían para la primera misa las muchachas como asnillas enjaezadas para la feria del santo. Ceñidas en los corpiños de terciopelo, con faldas de rafia con lazos y medias turquesas, trajes que imaginaba en desuso, caminaban como señoras, distribuyendo a diestro y siniestro la tierna elegancia de sus ojos. Y el humilde telón de fondo de la callejuela de la que desembocan, entre jaulas de gallinas y boñigas esparcidas, en lugar de mortificar la altivez del paso parecía conferirle un suplemento de gloria y de teatro a la escena. Hasta el momento, al menos, en que del altavoz del ferial la canción de antes (*'U sàbbatu si chiama alleria*



*cori / bbiatu cu avi bedda la muggheri...*) fue sustituida por la irreverencia de un buguibugui, y las jóvenes se encendieron de malicias modernas en los ojos y poco faltó para que se pusieran a bailar solas.

Contento las miraba y escuchaba, inmóvil bajo los balcones adornados con colgaduras o recorriendo arriba y abajo el paseo, si así podía llamarse aquella calle. Tampoco se me escaparon, desde los arroyuelos de las callejuelas adyacentes, otros escorzos y relámpagos de existencia inmediata: allí dos manos de mujer sosteniendo una gran fuente de Caltagirone sobre la cual el vendedor hacía llover una cascada de altramuces amarillos; aquí, a través de los cristales de un café, rizadas cabezas enlutadas, inclinadas sobre un tapete verde bandera donde con paciencia se perseguían unas bolas.

«Así es, pues, la vida», pensé. «Harapienta y zumbadora: una pulpa de semillas y de sangre. Y yo la como, la palpo, la huelo. Pero Marta...».

Me encontraba delante de la iglesia, entre la multitud que esperaba la salida del santo. Y he aquí que, precisamente mientras un estruendo de bombos y platillos saludaba el acontecimiento, y ascendían globos por el cielo, y de las ventanas llovían flores, sentí una pequeña mano agarrármeme del brazo y la voz de ella implorar airadamente:

—¡No debes dejarme sola nunca más!

Marta había ido a buscarme y se apretaba contra mi cuerpo, ladeando la cabeza sobre el cuello con cóleras de paloma. Apenas le levanté la barbilla con dos dedos para consolarla, ya le regresaba la sonrisa en el pozo de las pupilas. Y se convirtió en risa más adelante, cuando en una barraca de feria hubo lanzado al vacío sobre las vías, hacia una inalcanzable campana, un móvil artefacto de hierro que al cabo de una carrerilla sin esperanza retornó a sus manos.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Marta, absorta en sus pensamientos, mientras comíamos de pie buñuelos y frituras comprados en un carrito-cocina de la feria. Y sin esperar respuesta, indicándome la oleada de gente de paseo—: ¿Cómo es tu pueblo? ¿Igual?

—Oh, no —me jacté—. Mi pueblo es otra Sicilia. Con manantiales de nombre antiguo en medio del campo, y muchachas como perfiles de jarrones. Allí, una carne más ligera ha crecido sobre la dura osamenta de la isla. El mismo volcán, cuando empuja sus nieves sobre el turquesa, parece uno de esos grabados del Oriente de hace un siglo: un Fujiyama de seda. Tal vez por eso, por haber nacido en la parte griega, yo asumo tan mal la lobrete y el humor trágico de la gente que ves. Con sus escopetas, sus miradas furtivas.

—No te entiendo —contestó—. Para mí sois todos iguales: pequeños, nerviosos, quisquillosos. No conseguiría estar mucho tiempo con uno de vosotros. Ni me gustaría tener un hijo vuestro. —Y se tocó el vientre con la mano.

La frase no era cortés, pero no supe enfadarme demasiado. Al contrario, se me

ocurrió pensar que sería peor sí ella me hubiera correspondido, e implicado en alguno de sus irrespirables aires de perdición. Cuando, en cambio, amándola yo solo y de tan pusilánime y contradictoria manera, bastaba con esperar que la firma de su muerte concluyera plácidamente el expediente, entregándolo para siempre al polvo, en el archivo de mi vida.

Con sumo placer, pues, me sometí a las inquisiciones que practicaba, desde el otro lado de la mesa, mientras, sentados en la terraza de un bar, en las pausas de una Aida de la banda municipal, conversábamos en el centro de un círculo de ojos ávidos y serios.

Me pidió, y era la primera vez que mostraba curiosidad por mis cosas, que le contara mi infancia, cómo es la infancia entre nosotros.

Me abandoné, a bodas me convidan cuando puedo hablar en voz alta de mí.

—En aquellos tiempos —poeticé— amaba la isla como se ama a una persona mayor que juega con nosotros. Ya sé que está escrito en demasiados libros, pero yo sigo conmoviéndome con los verdes paraísos. Me gustaba dormir en los graneros campestres, debajo de las ristras de cebollas y los melones embutidos en los sacos; bañarme en las aguas de los molinos, de las norias; romper de un puñetazo los nidos de avispa arracimados entre la jamba y el arquitrabe. ¿Sabes tú lo que es un chiquillo del Sur a la hora del mediodía? Cuando se tiende con la nuca sobre una piedra para seguir el zigzag de los pájaros atrapados en el cielo; o bien baja a los torrentes para capturar las sanguijuelas que venderá a la curandera; y luego para secarse se revuelve en la hierba... Cuántos conjuros y brujerías sabía entonces. Y hubiera sido suficiente pronunciar uno de ellos, acompañándome con un cuchillo, para cortar el penacho de la tromba marina, cuando la ves retorcerse oscurísima en el horizonte. Pero nunca quise decir aquel conjuro, y ahora que haría falta, lo he olvidado.

Intentaba, fantaseando de esta manera, llenar el vacío que parecía haberse creado entre nosotros y que crecía, como en julio una hendidura en una tierra calcinada. Y también porque me provocaba un suave mareo escuchar, dar cuerpo y sonido al museo de sombras que llevaba desde hacía tanto tiempo en la cabeza.

—¿Sabías de mujeres, entonces? —me preguntó Marta—. ¿Cómo sabías?

—Sabía sí, pero importaban más los amigos. ¡Qué amigos éramos todos! Y cada vez más conjurados y fieles a medida que el mundo ofrecía, sólo al remover una piedra, cada vez más graves motivos de horror. Una obligación nos unía, y era una manera de soslayar la felonía de los años, un querido pretexto para parecernos: estaremos siempre juntos en los caminos de la tierra, como en los Reales de Francia; opondremos al destino, para confundir su puntería, nuestras estaturas gemelas y nuestros nombres cambiados; qué hermoso era amarse en la cara del otro. Hasta que un día, en mitad de una carrera, tuve que arrojarme sobre la hierba, con las manos temblorosas. Aún ahora siento el siroco calentarme las mejillas, removerme las hojas de los cabellos. Reía, no sé qué era. Con los ojos cerrados, con la boca seca, escuchaba mi sangre y sus inundaciones imprevistas. Y he aquí que el corazón me dio

un salto de zorro bajo la mano, grité, supe que yo estaba en la tierra, con mi olor y mi muerte. Pero ya los compañeros me llamaban, ya corría por el campo, borrando bajo los talones las largas hileras de hormigas rojas.

»Después fue todo diferente. Perdí los amigos uno a uno. Aprendí a ir con la gente del campo, a recoger la mostaza, las olivas, las limas: sólo para cansarme las manos, para poder dormir de noche. Aprendí el placer de las grandes caminatas nocturnas, cuando la luz de la luna inunda hasta rebosar el valle y es agradable acompañarse con las largas sombras que origina. Ya no pasaba horas en el balcón inventando, en las nubes, carretas y yuntas de mulas resonantes de cascabeles; sino que paseaba solo entre dos márgenes del sendero, repitiendo lentamente mi nombre hasta saciarme la boca. Desde entonces me dura esta insensatez de los sentidos y un salirseme el corazón del pecho apenas llega el verano. Me parece que alguien, por tanto, un patrono despiadado, confunde adrede en mi camino horas falsas y horas inocentes. Así, como quien anda a tientas jugando a la gallina ciega con desconocidos, bajo mis dedos desilusionados sólo sé encontrar monstruos.

Pero Marta no me escuchaba.

Al atardecer, en el teatro de marionetas, nos sentamos al aire libre sobre unos largos bancos para un entretenimiento insólito que el cartelón anunciaba. No Guerino el Mezquino y tampoco el Compadre Turiddu, sino el final de Troya y la *Muerte de Agamenón rey*. El titiritero que cruzó entre nosotros para ocupar su puesto dentro de la cabina atrajo nuestras miradas. Por la gravedad melancólica y la blancura de los cabellos sobre el tostado semblante de nigromante.

Un forastero, no uno de aquí, nos complacimos en imaginar: un albanés de la Plana de los Albaneses, tal vez, o un profético zíngaro. En tanto que el compadre que, provisto de una mandolina, adornaría con música los vértices de la acción, parecía de más sencillo origen y se sentaba con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, unas veces ojeando la escena, y otras el movimiento y la dificultad de las cuerdas bajo la púa de carey.

Pero a nosotros, a partir del momento en que se oyó el preludio, y el oropel de las corazas brilló sobre el cartón piedra del fortín, un pensamiento nos había asaltado y nos lo comunicábamos con una mirada: que allí enfrente se hablaba de nosotros, no sé quién nos llamaba por nuestro nombre, allí enfrente, a responder en primera persona. Apenas Casandra comenzó a quejarse con la voz lobuna del viejo, y el viento de los árboles de alrededor le arrojó sobre la frente los pelos amarillos, de estopa; apenas el rey hubo vociferado su final: «Ay de mí, soy asesinado por una cuchillada mortal», el rey que había vuelto como nosotros de la guerra y del mal; pues bien, entonces ya no hubo razones para dudar, entre la elocuencia de aquella época aprendida en la escuela y nuestro hoy y ayer, sufrido y hediondo, una correspondencia, quizás premeditada, regía; aquella metáfora nos concernía.

Me pareció entonces que las palabras que oía, cuanto más resonaban de

inextricables cadencias indígenas, más removían en las profundidades un antiguo y familiar presagio: era necesario morir, en la historia de cada cual había una traición, y una navaja emponzoñada con el ajo, y una bota sobre la nuca. Era como dirigirse, con la chaqueta enrollada sobre un brazo, a un bosque de alcornos para un inútil y eterno duelo rústico. Y jamás llegaríamos a ver la cara al enemigo, siempre nos atacarían por la espalda. La voz del titiritero repetía en la sombra: «Ah, los destinos de los hombres, una esponja mojada los borra, como una pintura».

Yo no me volví, en la atmósfera ya avanzada, a observar a los espectadores que antes había visto entrar y sentarse detrás de mí. Sabía lo que me esperaba, un senado que no me era desconocido. Fantasmas grises, sombras vestidas de túnicas blancas como impermeables blancos, no sé si hombres o mujeres, pero no, eran hombres y mujeres a la vez, un jurado de millones en las puertas de una fosa sin fondo. Y me inculpaban, me exculpaban, me gritaban con órbitas apagadas: vete, sálvate al menos tú.

Reconocí entonces, o así lo creí, el engranaje de mi deseo dividido y de mi sueño de todas las noches.

Fue en el último acto cuando las Ménadas se adormilaron y el mundo curó frente al Areópago: en lugar de aquel furor florecía la clemencia, un arco iris de paz. Y sin embargo el sol estaba a punto de morir, resistía en mis manos su lejana caricia. «Qué bien se está», pensé. «Este momento es hermoso». Y alcé los ojos, como de chiquillo, a cabalgar en el cielo la forma taurina de una nube, cada vez más pálida en el viola del crepúsculo que crecía. Me pareció en aquel momento que mi mal, allá en el fondo de las venas, no era más que un resto de sombra y de humo, las escasas letras del nombre de una estación nocturna que la mirada sorprende en un relámpago de ventanilla y de las que se olvida al cabo de un instante. ¿Así que todavía podíamos salvarnos? ¿Ser perdonados, ver convertirse toda nuestra ira y miseria en una crónica de culpas felices? Y las furias que nos infestaban, ¿también ellas querían dormirse después de tanta carrera? Se lo dije a Marta, sin hablar, con sólo ponerle la mano en el hombro. Pero ella, ante esta noticia, o debiera decir sésamo y aguinaldo, que el crepúsculo parecía ofrecernos, opuso un aquiescente e inerte perfil: el de un adulto a un niño que se jacta de oír en una concha el mar.

Así, cuando el teloncillo cayó y la multitud se dispersó, y en las ya solitarias calles linternas de carro, balanceándose, y hombres se alejaban, Marta se separó de mí, se dirigió por su cuenta al coche, me dejó solo algún minuto a custodiar en el crepúsculo, como una yesca de fuego, aquella esperanza de absolución. Luego llegaron unos chicos a desmontar el escenario, a llevarse los bancos; de las bocas de las grutas vecinas nació una miasma de tierra podrida, de flores marchitas; se esparció en el cielo estrellado, con movimientos de morera, la luna. Nosotros descendíamos lentamente, con las luces apagadas, hacia el mar, hasta que la fiesta fue únicamente, detrás de nosotros, un altercado remoto de apresurados resplandores.

## XVI. SANGRE ROJA Y LLUVIA NEGRA

Éste fue el último sorbo de luz para Marta. Ya a lo largo de la calle, al rozarla por azar, me había dado cuenta de que ardía de fiebre. Y los ronquidos secos y crepitantes de la tos que durante el día habían callado quién sabe cómo, eran ahora ininterrumpidos y desgarradores. Busqué donde detenerme. De no haber habido otra razón, porque una avería en los faros no me permitiría, ni con la ayuda de la luna, llegar a la ciudad. A la costa, en cualquier caso, quería llegar, donde más contiguamente se sucedían los lugares de veraneo y mayores parecían las posibilidades de ayuda. Continué, pues, la carrera hacia el mar, y que estaba cerquísima, detrás de aquel velo de olivos, nos lo dijo un muchacho, que se alzó con desconfianza de un umbral de piedra cuando oyó que le llamaba. E inmediatamente después vimos una gaviota suelta, negra y blanca como una golondrina, planear sobre una cima de dunas frente a nosotros. Entonces Marta quiso, con nerviosa testarudez, bajar del coche y permanecer de pie, en el frescor de la noche, contemplando el mar. Había caído la noche, y el mar, que mil veces en el pasado me había parecido que nacía de la curva de las colinas doméstico y balneario como en las guías, no nos escatimó aquí uno solo de sus venenos: ni el borboteo de sus contrabajos rocosos; ni la estereotipia de las olas contra la orilla; ni el secular hedor de calafateos y desastres. Más aún me asustó, entrando en el pequeño puerto, descubrir a través de las puertas semiabiertas, a la luz de la vela, mujeres en círculo, sentadas sobre el suelo de pez, que con manos eternas remendaban redes.

—Atropo, Laguesis..., olvido siempre la tercera... —me esforcé en sonreír, sin que Marta diera señales de entender, atenta como estaba en escrutar la playa como se escruta a un enemigo.

Era decididamente una hora pobre, una hora infeliz. Como siempre ocurre en los crepúsculos del moribundo septiembre sobre una playa sucia de restos de algas y de diarios de agosto. No nos demoramos en soportarla, sino que, cerrado el coche, nos dirigimos, imprimiendo pisadas iguales sobre la zona húmeda de la playa, en busca de un alojamiento. Marta se había envuelto en un chal y caminaba con esfuerzo, colgada de mi brazo, quejándose en voz baja. Yo sentía, en cambio, disipadas las aprensiones de la mañana, y las contradictorias enseñanzas del espectáculo, totalmente presa de una nueva exaltación: suelto en mis movimientos ásperos, ligeramente estimulado por las menudas gotas que la brisa salina me insinuaba en las narices, y en aquel instante finalmente seguro de encontrarme en la cresta de un reflujó amigo que me alejaba milagrosamente del centro del abismo, del atractivo vórtice. Me invadía por momentos un estólido orgullo, como una arrogancia física, especialmente al compararme con la criatura que, paso a paso, estaba acompañando al final. Por cuya suerte, sin embargo, un violento retorno de pena sobrevenía después

inmediatamente, del fondo más oculto de la sangre, mezclándose con aquel bienestar e instigándolo sin tregua a convertirse en vergüenza.

Un búnker abandonado, resto de las previstas defensas contra la invasión, en la menuda ladera de un promontorio, nos ofreció entre sus bloques de cemento un poco de amparo y reposo, cuando ya aparecía el hotelito sobre el mar, vacío ahora de clientes, en el que según las indicaciones del chico podríamos detenernos antes de regresar mañana a la Rocca. Unas pocas figuras y voces, que a través de las oblicuas troneras del fortín llegaban hasta nosotros, nos animaron a proseguir. Pero realmente Marta ya no podía dar un paso. Y más llevándola en brazos que sosteniéndola, conseguí hacerla superar las interminables decenas de metros —abismos entre astros lejanos— que la separaban de una cama.

Se dejó caer vestida como iba, con la superviviente gracia de una figura de danza, pero, de la cena fría que por su voluntad encargué, no probó nada a excepción de un pedacito de melocotón. Con el chal de cachemira echado sobre los hombros, me contemplaba desde la cama mientras comía. Cuando ante un acceso de tos más fuerte que los demás levanté los ojos del plato para interrogarla, me ordenó que me diera vuelta. Pero llegué a tiempo de descubrir sobre el pañuelo, que reponía apresuradamente dentro de la funda de la almohada, el portentoso color de la sangre.

Hubo entonces silencio en la habitación como en un lugar donde no hay nadie. O más bien era el silencio que acompaña las emboscadas del mediodía. Cuando el verdugo advierte en la víctima un alivio y una paz que las cosas, alrededor, ya no poseen: quién sabe por qué se agita en sueños la cabra; qué desgracia hincha la viña como una frente leprosa; por qué enloquece el cielo en los ojos de los volátiles, los ves de repente rozar la hierba, precipitarse.

Me levanté, corrí a su lado, no sabía qué hacer. Estaba claro por sus ojos aterrorizados, por el plúmbeo color del rostro, que algo era inminente, estaba llamando detrás de una pared. Un delgado tabique, oh, cuán delgado, seguía resistiendo, dentro de ella, a la presión de un oculto aluvión. Pero no había esperanza de que no cediera de un momento a otro. Mientras tanto el ansia aumentaba, los esputos sangrientos se hacían más abundantes y frecuentes. Hasta que me encontré sosteniéndole la cabeza, como en los bailes de carnaval a los estudiantes del primer año borrachos de triple-sec, mientras ella sentíase subir a los labios un irrefrenable surtidor de espuma roja, y de muerte. Una hemorragia inmensa, sembrada de burbujitas redondas, le salió del pecho y anegó las sábanas, enfática, exclamativa.

—¡Marta, ayúdame! —grité absurdamente, mientras me llenaba inútilmente las manos de palanganas, de toallas.

No duró mucho, cuando me volví a mirarla había muerto. Y se me ocurrió buscar donde estaba el cuchillo, tantas eran a su alrededor las señales de una salvaje carnicería.

Estaba muerta, ése era ahora su estado natural y pacífico. Como si nunca hubiera sido otra cosa: de repente pétrea, muerta y neutra, una cosa.

Me incliné a limpiarle con el borde de la sábana los labios que seguían manando y me senté junto al cabezal. No llego a imaginar por qué. Sabía que tenía que llamar a alguien, gritar, desesperarme. En cambio sólo sentía en mí una sensación de curiosa languidez, un atasco que era parecido al mismo tiempo a una saciedad y a un hambre, casi como el falso espasmo que se siente donde antes había una extremidad amputada. Y sin embargo encontré fuerzas para cerrarle los ojos y murmurar en aquel momento no una oración, no sabía, sino el versículo de la Biblia encontrado entre los papeles del padre Vittorio, y del cual sentía ahora cómo refulgía su recuerdo en la memoria. Porque las cataratas del diluvio de Dios realmente manaban, cantaban en aquellas puercas sábanas, sin que de ninguna paloma pudiera venir salvación.

Finalmente le di la espalda, me asomé a la ventana a contemplar la playa, donde no había ni un alma, salvo aquel chico de antes, ¿cómo no se había ido a dormir?, que jugaba con la sombra de una barca varada. Levanté la frente. Qué redonda moneda, en lo alto, la luna. Y los colores y las sombras que llovían de ella, blancos y negros de una película muda, conferían a la escena la inverosimilitud de una nieve soñada. De no ser por un viento que sobrevino de alta mar y comenzó a despertar en la resaca, hasta aquel momento tan débil, una voz cada vez más monótona y alta, como el lamento de un animal salvaje, que se parecía a mi propio dolor fúnebre. Y entonces el llanto disolvió finalmente el nudo en el pecho y me recondujo a los labios las viejas cadencias de luto aprendidas en la infancia de grandes campesinas vestidas de negro.

—Marta —comencé—, Marta, escúchame —dije—. ¿Dónde estás ahora, Marta, por dónde caminas? ¿En qué noche? ¿Con qué nombre me llamas, con qué nombre debo llamarte? ¿Hay ríos en el lugar donde ahora vives? ¿Los cruzas a nado? ¿Sobre pasarelas que tiemblan? ¿Y estás sola, sois muchos, te acuerdas todavía de mí? Vuelve en sueños, Marta. Aunque el aire duela bajo tus pies descalzos, y no encuentres labios para decirme las palabras que quieres. Mira cómo me dejas en mitad del camino: una simiente estropeada, una sustancia exclaustrada, un puñado de tierra sobre el que cae la lluvia...

Así, en un rosario de palabras aprendidas de memoria, como era justo, concluía una historia teatral, mal cantada a turnos, un poco cada uno, por dos moribundos inexpertos. De los cuales uno, mezclando hasta el final en un mismo vaso impostura y dolor, lloriqueaba ahora contra la noche; mientras la otra —y cuánta sangre cabía en un cuerpo tan pálido— oponía a aquella cantilena, como respuesta, no sé qué pequeño e invariable ceño y nada más que el bermellón de su vómito supremo. Apagué la luz para borrarlo, y en la habitación, a la claridad de la luna, volví a buscarla con la mirada: parecía dormir, como en la cuna de una ilesa natividad; y sobre el cojín, en torno al rostro que se posaba en él sin dejar huella, de tan ligero que era, la curva en forma de yelmo de los cortos cabellos seguía componiendo una aureola casi de serpientes amansadas.

—Erebo, Eros, Erinias... —El trabalenguas para Adelmo me volvió a la memoria. Porque ahora, siguiendo el ejemplo del Flaco, tendía preferentemente a lo

clásico.

De las horas que siguieron (¡qué extraño cedazo es la mente, cómo elige al azar lo que recuerda!) me quedan únicamente fragmentos de fotogramas, una especie de álbum carbonizado. A ella ya no vuelvo a verla, la cesura de un hule se interpone todo el rato entre su cara, rodeada de cuatro cirios, expuesta sobre la mesa de billar a la agonía viscosa de las últimas moscas, y yo. Pero sobreviven, y me acompañarán siempre, algunos recortes de irónica vivacidad: el balbuceo del médico, procedente de la capital de la provincia, encargado de certificar el fallecimiento; el forúnculo vigoroso, mal cubierto por una compresa, en el cuello del vendedor de ataúdes. Y vuelvo a sentir la sed inextinguible que me asaltó durante el velatorio, en el silencio de la noche marina, y me duraba todavía al día siguiente, mientras esperaba que el Gran Flaco, que había acogido la noticia al teléfono con una suavidad que me pareció sospechosa, enviase de la Rocca a alguien para devolvernos a casa, a mí y a la muerta. Hurgué en su bolso poco después, cuando el hotelero me preguntó, burocráticamente preocupado, su apellido, y me di cuenta de repente de que en aquel Blundo, bajo el cual la reseñaban en la Rocca, yo nunca había creído realmente. Fue la respuesta que llevaba tiempo temiendo, y no podía ya eludir, aquella que el pasaporte me ofreció, rescatado entre barritas de lápiz de labios y limas y fajos de dólares y liras americanas: Levi, un apellido de los que se murmuran al oído. No me pregunté hasta qué punto encajaba con los retazos de biografía que sabía o creía saber de ella; y cuán siniestramente aquel resplandor de estrella amarilla pudiera resarcir su texto. No era tiempo de policía sino de piedad. Y ya llamaban desde abajo...

Sobre el coche fúnebre, venido de la ciudad, el viaje hacia el poniente fue hermoso. Me había sentado junto al conductor, dejando que su ayudante nos siguiera en mi coche, y nuestro minúsculo convoy avanzaba por el litoral, entre chillidos de golondrinas marinas y la tenue e intermitente claridad del sol declinante en los ojos, con un paso moderado de excursión. Él, un antiguo cochero, me habló de su juventud, de los tiempos de las carrozas, cuando cualquier techo negro del vehículo ocultaba más secretos que un confesionario; yo, con abandono, le conté de Marta, de su ingenuo misterio. Hacia el atardecer, a la vista ya de los primeros suburbios, nos sorprendió la niebla. Pequeños bancos algodonosos que venían a romperse contra el capó como las ondas marinas de un lácteo Aqueronte. Esto retrasó la marcha y era ya de noche cuando sentimos cerca, en la curva de siempre, el olor de la Rocca, un olor que reconocería entre mil: de formol y de suave putrefacción.

Finalmente vimos en la entrada, de pie junto a la garita del portero, al Flaco, que me esperaba. Me acogió con la unción de un padre, le bastó un gesto para anular mi insensato *pas de deux* con la bailarina.

—No te justifiques, muchacho —me dijo—. Al fin y al cabo es mejor así. Ha muerto incluso demasiado tarde. Pero nadie tiene oídos para oír la música de la



propia existencia y detenerla en el momento justo. Y para ella ese momento ya había aparecido dos veces.

Comprendió por la avidez con que bebía sus palabras que me hubiera gustado saber más, y añadió:

—Paciencia, ahora no. Por otra parte ya no falta mucho, mi propia música está en las últimas. Una fuga, ha sido, una fuga. He corrido a través de la vida, sin entender nada de ella. Pero ahora, al cabo de una o dos parasangas, está el mar: las saetas de Artajerjes ya no me alcanzan.

No quise asistir a los funerales de Marta. Sí a la quema de sus cosas en el horno crematorio de la Rocca. El Flaco estaba a mi lado, y juntos seguimos con la mirada las batas, las babuchas, los tutús de su baúl de actriz, empujados por el atizador del enfermero hasta introducirse en la cavidad del mecanismo, arder, crepitar, convertirse en cenizas. Un fajo de fotos, que me habría gustado salvar, siguió la misma suerte, y entre las muchas una —donde estaba ella en las rodillas de un *oberleutnant* de uniforme, con una dedicatoria detrás «a Garance», firmada Von Fulano o Von Mengano— me hundió una punta de bayoneta en el vientre, mientras se retorció entre las llamas y el Flaco la comentaba (resulta que para él cualquier cosa, apoteosis o ruina, estaba siempre condenada a convertirse en palabras librescas) con una cita de la que sólo después me pareció captar el sentido:

*così s'osserva in lor lo contrappasso.*

De vuelta en mi habitación me eché sobre la cama a pensar y me dormí a traición, con un brazo apretado sobre los ojos. La habitación estaba a oscuras cuando desperté. Oscura y húmeda. Miré al exterior y vi un cielo tan negro que no entendí lo que estaba sucediendo. Cuando he aquí que un olor que ya había sentido antes, sin llegar a descifrarlo, penetrar en mi sueño, se iluminó de repente, y fue olor de llovizna sobre la hierba, olor de niebla, sofocado aire de temporal lejano. Entonces salí a la galería y me asomé a contemplar el jardín. El jardín estaba oscuro, pero distinguí el brillo de una podadera olvidada en la hierba, percibí la satisfacción de las raíces dentro de la tierra parda y empapada. Ha llovido, de modo que ya ha llegado el otoño. Tengo que irme, me dije, ya he perdido demasiado tiempo entre los muertos, fingiéndome muerto, olvidándome de la ironía. Y me acordé de un viejo de mi pueblo, un Ecce Homo del Viernes Santo, al que pagaban por representar cada año en la plaza de la iglesia una falsa Muerte y Pasión. Le gustaba, después de la representación, pavonearse un poco entre la multitud con el disfraz divino, antes de retornar a su botella de pecador habitual. Quién sabe si está muerto, me dije, quién sabe si el papel está vacante...

Mientras tanto caía de nuevo mansamente la lluvia. Yo permanecía con la cabeza asomada a medias, bajo el agua que goteaba de las gárgolas del tejado, y me sentía

extrañamente contento. O satisfecho, más bien, mientras contemplaba en el jardín cómo el prado seguía empapándose y el agua tecleaba su ligero alfabeto sobre las sillas de hierro puestas boca abajo, sobre el follaje y las agujas de los árboles.

Y me decía que el verano había terminado, y junto con él mi gloria. Y que de tantas fiebres, y frases, y pañuelos empapados en lágrimas y sangre, pronto se habría consumido hasta el recuerdo, habían sido unas vacaciones, una flaqueza del corazón que quería prepararse a morir. Como todas las grandes pestes, también esta ínfima peste mía terminaba con una lluvia. Junto con el agua que manaba de mi pelo y me surcaba las mejillas, el mal se desprendía de mí, partía. Pero con él, todo resto de orgullo; con él, tal vez, la juventud. Mañana me esperaban otros caminos. Fáciles, ruidosos, comunes. La fe a medias, las falsas banderas. Me resignaría a ello, ¿qué otra cosa podía hacer? Puesto que la seducción de la nada era inútil, repugnándole al corazón por tantos indicios dejarse persuadir por ella. Y ni la infelicidad, con su amarga miel, me servía ya.

## XVII. LOS LABIOS Y EL SILENCIO

También esta noche, cinco de noviembre de mil novecientos setenta y uno, vigésimo quinto aniversario de mi salida de la Rocca, me he despertado a medio sueño con el sabor de la sangre en la garganta. He encendido la lamparilla, he escupido como antes, toscamente, en la palma de la mano, para inspeccionar inmediatamente y de cerca cualquier mínima gota. Qué va, nada. Sólo blanquísima, milagrosa, afortunada saliva. Es cierto pues que estoy curado, aunque me cueste darme cuenta de ello y la memoria se empecine todavía en suscitarme en el paladar, después de tantos años, la amenaza de aquel sabor dulzón y fatal. Pulsión de repetición, hubiera dicho el Gran Flaco, que había ido a estudiar a Austria: la hemoptisis como vocación, inclinación viciosa del ánimo...

Había que avisar con el timbre a la monja de turno; dejarse levantar la cabeza poco a poco, para que fuera introducido bajo los hombros un segundo y más elevado cojín; esperar que una bolsa de hielo, escudo y tabernáculo en protección del pecho, obstruyera las termópilas contra el enemigo, ahuyentase la invasión y la silenciosa marea. Mientras tanto, la morfina acudiría a encender círculos de luz cada vez más amplios, corriendo hacia un radiante punto de fuga: pétalos anaranjados deshojados sin tiempo en un aire de feroz silencio. A continuación, la mañana siguiente y los restantes días, el inevitable rito: la investigación de los rayos, las comidas frías, el reposo en cama al menos tres días, cantidad de diarios sobre la almohada, llenos de Montelepri y de Partinichi. Mientras yo, defensivamente, me impresionaba por los titulares más lejanos: Gilda cae, *bomb away*, sobre cabras y naves ancladas en Bikini; Pétiot guillotinado; una muchacha se ha ahogado en el Serchio...

Había vadeado el Serchio años antes, con las botas atadas en torno al cuello, y la ropa y el modelo 91 levantados con el brazo sobre la superficie del agua, cómo es posible morir en un metro de agua, debe de haber un remolino, una perfidia al acecho. Hubiera sido bonito moverse como entonces, desnudos, en el agua; descender a estas playas de aquí, Isla de las Hembras, Valdeses. No podía, ya no podría jamás. Entonces entraba una bañista en mi sueño, con un traje totalmente negro y una gota de mar sobre el muslo sucio de arena, y oscilaba arriba y abajo en el aire, como desde una hamaca de niebla que se meciera lentamente sobre mi cabeza, arriba y abajo siempre, por toda la eternidad. El ventilador hablaba desde un rincón de la habitación, y le desordenaba los cabellos. Y eran los cabellos de Marta, los cabellos de una ahogada.

Después de la muerte de Marta seguí unas pocas semanas más en la Rocca. Había llegado el otoño, con sus gráciles hielos y las hojas secas arremolinadas contra los

cristales. Las diseminaba el viento por la galería, y nosotros las barríamos al alba, minuciosamente. Sólo por hacer algo, por echar una mano. Me habían trasladado a otra habitación, con un compañero diferente, un taciturno separatista que leía *I Beati Paoli* de cabo a rabo y a continuación volvía a empezar. Con los viejos camaradas nos seguíamos viendo en las horas de reposo y de jardín, pero algo había cambiado entre nosotros, estábamos demasiado próximos, con destinos opuestos, a la despedida. Por otra parte, sus muertes se sucedieron con rapidez, fue una limpieza, una liquidación. Sebastiano se mató una mañana, a la hora en que las sirvientas pasan entre cama y cama con un cubo y un paño mojado, y dejan a sus espaldas un amargo hedor de serrín. Murió el coronel, dos días después, por un achaque que llamaron neuma espontáneo. Murió después el Pensativo, el Alegre, como si no soportara permanecer sin compañía. Murió el Gran Flaco, finalmente, el gentilhomme Mariano Grifeo Cardona de Canicarao.

Fue algunos días antes de que yo partiera, y estaba en la habitación con el torso desnudo frente al espejo, mirándome y catalogando las señales de lápiz azul, los comentarios de Vasquez todavía sin borrar después de la última visita. Las miraba y dudaba si conservar algún tiempo aquel blasón de la Mano Negra o borrarlo a fuerza de jabón, de la misma manera que el asesino frota con una piel de gamuza el puño de la pistola. Y he aquí que oí detrás de la puerta la voz de sor Crocifissa que me llamaba. El Gran Flaco estaba en las últimas y quería verme. Deseé, mientras me vestía, llegar demasiado tarde, y sin embargo, contradictoriamente, me apresuré cuanto pude y casi corriendo llegué a la puerta semicerrada, dominada por una tarjeta de latón que sus nombres y sus títulos llenaban hasta los bordes.

Volví a encontrar, al entrar, el mismo abandono de la última vez. Además, había en el aire, pese a que sobre los baldosines del suelo una lengua de sol se retorciera perezosamente, un aliento cálido y carnoso de estufa. Me acerqué a la cama, donde él ofrecía a la mirada con sumisión, finalmente, la decidida pobreza de la barba larga, de la cara color tierra, que se iba corrompiendo a la vista, minuto a minuto. Con qué prisa trabajaba, con qué hábiles dedos, la mala bestia dentro de él, qué urgencia tenía en acabar.

Acerqué una silla a la cama, me senté, era experto en agonías. El viejo no decía palabra, sólo pedía a cada momento con un gesto, y bebía, grandes vasos de agua, secándose después los labios con una compresa de algodón en rama que guardaba dentro de la manga del camisón, como el pañuelo las mujeres. Al final pareció percibir mi presencia, pero sólo para indicarme con los ojos un paquete sobre el mármol de la cómoda. Descubrí entonces que tenía al alcance de mi mano la herencia prometida: el fascículo de Marta, y con él una pila de cuadernillos, los diarios secretos de él. Hojeé uno de ellos, cuyo título en tinta roja (*Soliloquios, Turpiloquios, Somniloquios*) me atrajo. Pero lo abandoné casi inmediatamente cuando vi que estaba lleno de blasfemias y trazos de recuerdos pegados y cédulas y fotos obscenas,

llevando como comentario retahílas de endecasílabos, cuyo mecánico paso de la oca desmentía las inquietudes prometidas por el frontispicio.

—¿Qué debo hacer con esto? —pregunté, inclinándome sobre los ojos cerrados del enfermo, sin recibir respuesta, a no ser que respuesta fuera el movimiento impaciente de su mano que, con el puño cerrado, me golpeó débilmente la pierna. Después, cuando ya no me lo esperaba, oí de golpe su voz, que en un estertor me dijo:

—Envíaselo a mi mujer, idiota.

Pero habíamos llegado realmente al fin. Me miraba ahora con una expresión extraña, dividida entre la indignación y el estupor. Luego, por última vez, citó apagadamente: «Ya siente Orlando que la vista ha perdido» e intentó con los labios incapaces una sonrisa, que se interrumpió a medias, mientras una minúscula gota de humor escapaba de la comisura de la boca al cuello con repugnante lentitud y el supremo gong de la muerte le resonaba en el pecho.

Permaneció así, con una especie de mueca, nada perversa sino amable, pintada en el rostro, un mohín que le conocía, tan vívido que me hizo falta tiempo para entender que se había acabado, y que cada minuto, a partir de aquél, sería idéntico para él: una cadena igual de negros minutos, un río sin orillas de idénticos, eternos, inexistentes minutos.

Fue entonces cuando se oyó en la habitación un breve gruñido, seguido de un silencio. Era sor Crocifissa que comenzaba su llanto. Estaba con él en la Rocca desde los tiempos de la juventud, le estaba perrunamente ligada, hasta el punto de asistirlo con sus manos en la miseria final, cuando defecaba en las sábanas. Y ahora se lamentaba, en dialecto, sin velo, con las grises guedejas sobre la frente, despeinada y monótona como una Virgen arrugada, sosteniéndole la cabeza entre los brazos. Yo me sentía cansadísimo, demasiado cansado para malgastar una sospecha en aquella conmoción de viuda. Al fin y al cabo, en aquel momento no pensaba en otra cosa que no fuera el precioso cuaderno que apretaba en el puño. ¿Qué encontraría —me preguntaba— bajo los sobres de las impasibles cartas dirigidas a Levi Marta, hija de Levi Tullio y de Della Pergola Miriam? ¿Qué escolopendras debajo de aquella piedra? ¿Las pruebas de una culpa sin nombre, de un sufrimiento sin culpa? ¿O qué nuevo conocimiento añadiría a lo que ya sabía de ella; qué imágenes se atreverían a alterar o borrar la única que deseaba que me quedara, de un serafín de fino talle, con ojos como chinas de ébano en el altivo óvalo endulzado por una corta melena de luz?

La estufa estaba al lado, no vacilé.

Me demoré hasta fin de mes para los controles definitivos.

—Rutina —admitió bondadosamente el sucesor del Flaco, un albino imberbe y rosado, un médico nato, que cuando se sacaba la bata parecía un cura secularizado—. En realidad, ya hace un tiempo que podrías haberte ido.

Asentí, ya me había invadido la sospecha de que el Flaco había insistido,

conforme a su naturaleza melancólica y oculta, y menos por ineficiencia que por malicia, en mantenerme prisionero en la Rocca, insuflándome viento entre las pleuras más allá de los plazos que ordena la terapia.

No me detuve en preguntarme por qué. Después, con los años, me fui persuadiendo de que me había querido utilizar turbiamente para introducir una tercera presencia escénica en su, de otra manera, fácil comunidad con Marta. Una piedra de toque, un obstáculo, un germen de peripecia y de teatro, que lo excitaba, tal vez, y que en cualquier caso confería movilidad a sus jornadas. Hasta tal punto llegan a ser feroces los tedios de la soledad y de la senectud. Por otra parte, retenéndome así, él sabía que halagaba mi ahora atemperada claustrofilia y el terror que me asaltaba cuando pensaba que un día debía perder el edredón de aire que hasta entonces me había protegido y casi amorosamente fajado. ¿Quién me aseguraba que, volviéndose a expansionar con la plena respiración, mis cicatrices no se desgarrarían de golpe, como los remiendos de un traje de segunda mano? ¿No volvería a estallar el mal a voz en grito, con el mismo proceso de un tema de sinfonía que, apenas enunciado al inicio, y después perdido, insinuado, recuperado, vuelve finalmente en los últimos compases a sonar con todos los instrumentos?

El nuevo galeno me tranquilizó. Y aunque se le escapara el sentido oculto que yo estaba tentado de atribuir a aquel miedo, encontró las palabras adecuadas:

—A todos les sucede lo mismo. Es un vicio, pero no se necesita mucho para terminar con él. No es momento para hacer un drama.

No era un drama, me convencí de ello. Aunque no podía dejar de titubear frente al nuevo compromiso que me esperaba y que me imponía rescindir mi cómodo cordón umbilical con lo sublime; no sería fácil, de ahora en adelante, transgredir los preceptos de este reciente aprendizaje de muerte, y en lugar de un papel de primer actor, ya escrito, improvisar las frases de un comparsa. Por consiguiente ¡cuán intempestivas y ajenas me parecían ahora la seguridad y la salud que me habían cínicamente hinchado el pecho en la playa, junto a mi condenada compañera! Ya no era de ella, o de todos los demás, de quienes ahora me correspondía divorciar para siempre, sino de una efigie doble, de un *trompe l'œil* de mí mismo, un ectoplasma elusivo que había aprendido a amar, y que debía dejar en prenda a mis espaldas, como el joven evangélico su manto a los esbirros. Así, en puertas del improrrogable epílogo, mi espíritu dudaba, balanceándose entre desilusión y esperanza, sin que jamás cesara de considerar, al mismo tiempo, la curación como una caída y la muerte como un escándalo.

Hubo que decidirse, partir. Fue una madrugada de noviembre, fría. Con las manos ateridas, en la oscuridad, para no despertar a mi compañero de cuarto, hice mis preparativos, ayudado únicamente por la línea amarilla, encendida toda la noche, que se introducía bajo la puerta del corredor.

En la ventana la Conca d'Oro aparecía colmada de niebla, hasta el horizonte.

Aplasté inútilmente la frente contra los cristales, para contemplar conmemorativamente el jardín. Demasiado denso el unguento que la neblina había derramado encima, y sobre el cual, antes de irme, repetí el juego de Marta, escribiendo con un dedo su nombre en el centro de un punzante cuadrado de cruces.

En el parque, el aire, todavía casi nocturno, me erizó la piel con un cierto pellizco amoroso, me sentí como un obrero que sale con su hatillo, volví a experimentar la felicidad casta y limpia de fiebre de estar vivo, despierto en un día joven, de las mañanas del cuartel. Así alcancé la salida, donde sólo me dijo unas pocas palabras el viejo Carabilló en el momento de devolverme, sin mirarlo, el *pase* que yo le ofrecía. Escasas y vernáculos, como siempre: un augurio brujeril de no regresar. «*Acqua davanti*», me dijo, «*e ventu darrerri*», a las que pasivamente respondí con el respetuoso saludo que me había enseñado mi madre y que volvió de nuevo a sonreírme en la memoria: «*Vassa benedica*».

Dirigiéndolo también, pero en voz más baja, para congraciármelas, a las máscaras de mi futuro, me encaminé, pues, a esta otra llamada de quintos, con los dedos de nuevo cerrados sobre el asa de una maleta, y entre los labios, como desafío, un cigarrillo, mientras la verja de la Rocca se cerraba a mis espaldas con un silencio de visillo.

Sólo me restó, después, pasear bajo la marquesina, fumando, en espera del tranvía que me conduciría a la ciudad, y pateando constantemente los pies sobre la acera, para hacerme compañía. Fría, color de estaño, era la carretera, y caminar abajo y arriba de ella era como confundirse hecho una sombra entre las sombras de un pueblo cimerio. Me pareció una de ellas el repartidor en bicicleta que pasó a mi lado con delicadeza de juglar, y se perdió inmediatamente detrás de una curva antes de que consiguiera gritarle que me llevara sobre el cuadro, que se me llevara con él, de un quiosco al otro, con sus paquetes de diarios, a buenas horas.

El tranvía no aparecía, sin embargo. Estaba sólo en el mundo, desprovisto incluso del chuzo del sereno, cuyo familiar ruido me estimulaba en los insomnios de la infancia. Y la ciudad parecía en guerra contra mí, toda ella alquitrán y postes y piedras, un puñado de duras espinas. ¿Cómo me acogerían, ella y el mundo, a mí con mi suciedad invisible? ¿Era una condecoración el tatuaje que llevaba en el pecho, o la señal de una impiedad que había de cubrir con un velo negro? Yo había realizado un viaje, un viaje importante, pero ahora era difícil entender si entre los ángeles o bajo la tierra; y si traía de él un botín de guerra o sólo un poco de cenizas debajo de los grises vendajes de una momia. «*Veni foras*», me ordené con el pensamiento. «Lázaro, sal fuera». Y me sumergí en el aire de fuera, lo sentí con agradecimiento abrirse amigo y recogerme, hacerme lugar dentro de él, como la arena a un cuerpo desnudo.

Entonces, en competición con el aroma de los pinos que me llegaba a bocanadas de encima del muro de protección del hospital, quise engullir un largo sorbo de niebla, hasta irrigar y alimentar con él el más remoto y vulnerable alvéolo: pareciéndome aquel gesto un novísimo bautismo, a partir del cual debía comenzar a

contar la vida que me restaba.

Así, bajo la marquesina, sentado ahora en la cajita del ordenanza, permanecí un rato respirando el vapor del aire, hasta que vi relampaguear desde lejos el primer convoy del día y bajar rápidamente a lo largo de la avenida, deteniéndose sólo un instante en las paradas desiertas, pero acelerando inmediatamente, casi para arrancarme cuanto antes la partícula esperada de remisión y de paz. No había nadie que esperara conmigo, y apenas tuve tiempo, mientras posaba el pie en el estribo, de volverme un instante, antes de que el vehículo arrancara de nuevo, para contemplar por última vez, entre pinos, palmeras y cipreses, la Rocca.

Así se me quedaría después siempre en los ojos, la vieja nave desarmada, sin una luz a bordo ni un rumor, a no ser el de una segadora invisible que cortaba la hierba detrás del garaje; así volvería a verla siempre en mis sueños futuros: un pálido palomar de piedra, una quilla de barco, encallada para toda la eternidad entre las raíces de las trepadoras, con su carga de ahogados. Yo me había escapado, por quién sabe qué descuido o jugada afortunada de los dados, pero, aunque a salvo, más náufrago y más triste. Como un cristal arañado, un parabrisas quebrado por una piedra; rico, pero con una riqueza furtiva e inservible, moneda falsa; joven sólo a medias, y viejísimo la otra mitad, descendería ahora entre los hombres. Me esperaba una vida desnuda, un cero de días previstos, sin una brasa ni un grito. Me correspondía salir del ojo de la aguja del individuo para ser uno de tantos de la calle, que administran humanamente su menuda savia de aliento y de años. Pero, del mismo modo que el histrión jubilado que repone en el guardarropa los disfraces sanguinarios de un Ricardo o de un César, yo depositaría mis coturnos, y las parrafadas en el escenario del héroe que había presumido ser, en un rincón de la memoria. Tal vez por eso me había sido concedida la dispensa, sólo por eso yo me había salvado, y nadie más, de la guadaña: para prestar testimonio, cuando no delación, de una retórica y de una piedad. Aunque ya supiera entonces que preferiría permanecer callado y llevar a lo largo de los años mi perorata preparada debajo de la lengua, como un óbolo de reserva con el que pagar al barquero el día en que me sintiera, a consecuencia de otra y menos remisible decisión o llamada, a las puertas de la noche.



# APÉNDICE

INSTRUCCIONES PARA EL USO «PERORATA DEL APESTADO»

por GESUALDO BUFALINO<sup>[2]</sup>

*Sibi et suis*

## LOS PERSONAJES

*El protagonista*, aquel que dice Yo: perplejo entre una muerte sublime y una salvación mediocre. Sensual, hipócrita, retórico. A fin de cuentas un muchacho conmovedor...

Doble mental del autor, un *stuntman* o especialista, o sea, que se arriesga en lugar suyo, pero sólo se le parece de espaldas. El autor se sirve de él unas veces como brazo secular, otras como amanuense; o también lo condiciona, lo posee, lo encamina a la perdición. En suma, sus relaciones son borrascosas y amorosas.

*El Flaco*: un mediocre mago de Atlante, un pasable Mefistófeles. Pero también un cirujano y charlatán hoffmaniano, con las hopalandas y la logorrea que el papel requiere.

*Marta*: klimtiana, si tuviera que visualizarla. Tal vez a mí me acuciaba instalar en el centro de un verano de diablos mediterráneos una mitología diferente, lombarda o centroeuropea, y ver qué ocurría. Por otra parte, ahora me doy cuenta de que ninguno de los personajes principales es siciliano, el propio Flaco es de origen hispano y ha estudiado en Viena. En cuanto al protagonista, ha leído demasiado para poder ser éticamente aceptable.

*Padre Vittorio*: una improbable y querida sombra. Me gustaría encontrarle, agarrarlo del brazo...

*Recurrencias mítico-heroicas*: Orfeo, Eurídice, Alcestes, Filoctetes, *Agamenón rey*...

arquetipos vagos, fantasmas culturales... Y entonces Sesta podría ser (muerta, quemada, insalvable) una Eurídice perdida para siempre; y Marta una Eurídice socorrida sólo fingidamente por un Orfeo malvado que se vuelve intencionadamente (él sólo quería visitar el Hades...), o un Alcestes que paga vicariamente por el hombre; en cuanto a Filoctetes era, como se sabe, un soldado apestado.

## LA ESCRITURA

Elección de una lengua arqueológica, difunta, obediente a un proyecto de restauración señorial, de una recuperación del alto registro del lazareto donde estaba confinada. Con la atenuante de que se busca, a través de la tensión del timbre, esquivar el peligro de la *toilette* académica; y con la justificación de que la condición de condenados autoriza a los personajes, como a los paroxismos, a las lágrimas, y así a enfatizar golosamente gestos y palabras.

### **Técnicas de escritura usuales:**

*La elipsis:* de nadie se acaba de saber todo. Tanto aquel que dice yo como los demás dejan en manos del lector sólo fragmentos de su pasado, o alguna magra alusión. De Marta se deduce que tal vez fue una *kapo* (una hebrea colaboracionista) sólo por una frase del médico, no se sabe hasta qué punto fiable (pág. 116); en otro lugar (págs. 78, 149) el nombre de Garance, que presupone el conocimiento de un film rodado en 1943 pero presentado sólo después de la guerra, supone una visión privada, quién sabe cómo (pero Arletty era en aquellos años la amante de un oficial nazi...) y abre una rendija de un milímetro en un destino desconocido.

*La alternativa ininterrumpida:* con abuso de correcciones que crecen perpetuamente sobre sí mismas, de repropuestas inagotables (como quien limpia cada vez unas gafas empañadas).

*La dilación viciosa:* según una práctica habitual en los juegos amorosos, y con la idea de que la literatura es también una variante del eros.

*El solo cantable*: abandono y confianza en la palabra. Sí, el universo verbal es el único del que realmente me fío. *Nomina sunt consequentia rerum?* Es cierto lo contrario, en cambio, y las cosas son invenciones y sueños, y las palabras epitafios de sueños.



GESUALDO BUFALINO nació en Comiso, Sicilia, Italia en 1920. Falleció en 1996.

Gesualdo Bufalino. Escritor y poeta italiano (1920-1996) nacido en Comiso, Sicilia. A los 11 años escribió su primer soneto y descubrió a Baudelaire, a partir de una traducción en prosa italiana al francés. En 1939 ganó un premio de prosa latina en Sicilia, que le fue entregado por el duce Benito Mussolini. Combatió en la Segunda Guerra Mundial, siendo apresado por los alemanes al día siguiente del armisticio. Logró escapar, pero al poco tiempo enfermó de tuberculosis y fue internado en un sanatorio cerca de Palermo. Después retornó a su ciudad natal, donde se dedicó a la enseñanza y fue director de Instituto. Desde entonces vivió siempre en esta ciudad italiana. Dedicado sobre todo a la poesía, no escribió su primera novela hasta los 51 años, *Perorata del apestado* (1971), basada en experiencias personales. Aunque fue rescrita varias veces, esta novela no fue editada hasta el año 1981. Por esta obra obtuvo ese mismo año el premio Campiello, uno de los galardones literarios más prestigiosos de Italia. A ésta siguieron, *Museo de sombras* (1982), *Argos el ciego* (1984), *El hombre invadido* (1986) y *Las mentiras de la noche* (Premio Strega, 1988). Es autor además de libro de poemas *La miel amarga* (1982) y del ensayo *Cere perse* (1985). Gesualdo Bufalino, que fue considerado desde la publicación de *Perorata del apestado*, uno de los grandes escritores europeos a la altura de Proust, Joyce y Borges, murió en un accidente de automóvil ocurrido en la carretera estatal que une las localidades de Vittoria y Comiso, en la provincia meridional siciliana de Ragusa.

# Notas

[1] En español en el original. (N. del T.) <<

[2] El texto que sigue fue publicado en una plaquette, fuera de comercio, por Gesualdo Bufalino como obsequio a sus amigos. Por sugerencia del autor, lo hemos incluido en la edición española. (N. del E.) <<